

LA SALIDA MATRIMONIAL

ALGUNAS PUERTAS SOLO SE ABREN UNA VEZ.

SCARLETT R. M.

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: The Marriage Exit
Autor: Scarlett R. M.
Fecha de publicación original: Julio, 2026

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

LA HUIDA DEL MATRIMONIO

Un oscuro suspense romántico con matrimonio ficticio

SCARLETT R. M.

DERECHOS DE AUTOR

Copyright © 2026 Scarlett R. M.

Todos los derechos reservados.

Esta obra es de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se emplean de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción, distribución, almacenamiento o transmisión de cualquier parte de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos de autor, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas u otros usos permitidos por la ley.

Todos los personajes que aparecen en situaciones románticas o sexuales son adultos mayores de veintiún años que actúan de mutuo acuerdo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela de suspense romántico oscuro para adultos contiene control coercitivo ejercido por un antagonista, vigilancia, acoso, chantaje, confinamiento ilegal, manipulación psicológica, duelo, referencias a maltrato doméstico y al asesinato de un hermano en el pasado, tratamiento médico forzado, sedación, sangre, lesiones físicas, fuego, un corrimiento de tierras, violencia con armas de fuego y contenido sexual explícito consensuado.

La historia examina la diferencia entre protección y control. El daño tiene consecuencias, y el consentimiento sigue siendo fundamental en la relación entre los protagonistas.

No hay agresión sexual explícita. Se recomienda discreción al lector.

NOTA DE LA AUTORA

La salida del matrimonio es una historia sobre dos personas a las que se les da excepcionalmente bien tomar decisiones por todos menos por ellas mismas. Explora qué sucede cuando la seguridad se convierte en un sistema, cuando las pruebas se convierten en poder y cuando el amor tiene que sobrevivir a la pérdida de control.

En el centro de todo hay una pregunta sencilla: si quedarse solo tiene sentido cuando marcharse es posible, ¿qué hace falta para construir una vida con la puerta aún abierta?

DEDICATORIA

Para quienes tuvieron que aprender que la protección sin elección es otra forma de encierro.

EPÍGRAFE

Una puerta no es una salida hasta que quien está dentro es libre de elegirla.

ÍNDICE

Advertencia de contenido
Nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras obras de Scarlett R. M.
Nota para los lectores

CAPÍTULO 1

ELISE

El paquete está sobre mi escritorio a las 7:10 del lunes por la mañana, lo que significa que alguien entró en una oficina cerrada sin activar ninguna de las dos alarmas.

Ese es el primer problema.

El segundo es la dirección del remitente.

No hay ninguna.

Exit Line ocupa la tercera planta de un edificio que anuncia preparación de impuestos en la primera y masajes terapéuticos en la segunda. El directorio de latón nos registra como Arden Logistics, lo cual es técnicamente cierto si uno define logística como trasladar mujeres en peligro, niños, dinero, medicamentos y pruebas incómodas de una vida a otra.

La oficina tiene tres salidas.

Escalera delantera. Escalera de incendios trasera. Un estrecho pasillo de servicio detrás de la sala de archivos que desemboca en el cuarto de lavandería del edificio contiguo.

Reviso las tres antes de tocar el paquete.

Nada alterado. Ninguna cerradura forzada. Ni rastro de arenilla en el alféizar. Ningún olor a jabón desconocido, a loción de afeitado ni a lana mojada. La cámara sobre la puerta principal muestra estática entre las 6:42 y las 6:47, y después una imagen nítida de un pasillo vacío.

Cinco minutos bastan para entrar, cruzar seis metros, dejar un objeto sobre mi escritorio y desaparecer.

También bastan para asegurarse de que yo sepa que alguien puede.

Mi teléfono vibra.

IMANI: Llegas temprano.

YO: Estás monitoreando la alarma de la oficina desde la cama otra vez.

IMANI: Estoy monitoreando a mi irresponsable jefa desde un lugar con mejores almohadas.

YO: Define irresponsable.

IMANI: En el trabajo antes del café. También las otras cosas.

Imani Shaw es la directora de operaciones de Exit Line, mi amiga más cercana y la única persona capaz de insultarme mientras confirma que todas las rutas activas de clientes siguen siendo seguras. Sus mensajes llegan con la cadencia despreocupada de alguien que ya ha revisado seis canales cifrados y no ha encontrado nada tan urgente como para admitir que está preocupada.

Fotografío el paquete desde cuatro ángulos.

Papel marrón. Cordel de algodón blanco. Sin cinta adhesiva. Forma rectangular: veinte centímetros de largo, siete y medio de ancho, cinco de profundidad. Sin manchas de aceite, sin abultamientos, sin cables visibles bajo las costuras.

La caligrafía del anverso dice únicamente:

ELISE ARDEN

Las letras se inclinan hacia la derecha y luego se corrigen.

La letra de Maeve Rook.

Lo sé porque hace seis semanas llenó tres páginas de un bloc de notas en mi cocina mientras se negaba a contarme qué estaba investigando. Su M parecía una serie de puertas. Su R tenía un trazo extra que ella llamaba decorativo y yo llamaba evidencia identificable.

Maeve lleva desaparecida setenta y dos horas.

Llamo a Imani.

Contesta al primer tono. —Dime que por fin encontraste el café.

—Paquete sobre mi escritorio. Letra de Maeve. Interrupción de la cámara de seis cuarenta y dos a seis cuarenta y siete.

La suavidad soñolienta desaparece de su voz. —No lo abras.

—No lo voy a abrir.

—Tu tono lo está abriendo.

—Ven ya.

—Doce minutos. Nueve si la ciudad ha aceptado que los intermitentes son legalmente vinculantes.

La llamada termina.

Me pongo guantes de nitrilo, traslado el paquete a la bandeja de recepción reforzada y corto el cordel con una cuchilla de cerámica. Si el objeto contiene un detonador electrónico, la herramienta sin metal reduce un tipo de desenlace fatal sin pretender eliminar los demás.

El papel se despliega.

Dentro hay una grabadora digital gris, una fotografía instantánea y una estrecha tira de papel color crema.

La fotografía muestra una isla bajo la lluvia.

Roca negra. Cedros. Un edificio bajo de cristal oscuro y hormigón que abraza un acantilado. En el reverso, Maeve escribió una sola palabra.

GREYWAKE.

La tira color crema contiene la mitad de un código.

4F9C----

Reconozco la grabadora.

Hace seis semanas, Maeve la dejó caer sobre las baldosas de mi cocina después de preguntar si alguien podía borrar a una persona sin matarla. La tapa de las pilas se rompió. La reparé con una fina línea de cinta plateada en la esquina.

La misma cinta sigue ahí.

Inserto la grabadora en un lector de audio aislado y copio el archivo antes de reproducirlo.

Estática.

Maeve respirando demasiado cerca del micrófono.

Luego su voz.

—Halden Pierce no era un cliente del retiro. Era un donante. Vow House usó su fundación para canalizar dinero a través de Greywake

Wellness Holdings. Si escuchas esto, ya estoy en la isla o saben que intenté llegar.

Una puerta se cierra en algún lugar detrás de ella.

—Greywake es real. Trae a Merrick. Él construyó la jaula.

La grabación termina.

Sin despedida.

Sin explicación de quiénes son ellos.

Sin razón de por qué Maeve quiere que traiga al hermano mayor al que lleva meses evitando.

Reproduzco la última frase.

Trae a Merrick.

Él construyó la jaula.

Unos golpes suenan en la puerta de la oficina.

No es el patrón de Imani.

Uno. Pausa. Dos.

Deslizo la cuchilla de cerámica en la manga y compruebo la cámara.

Merrick Rook está en el pasillo.

Es más alto de lo que el marco de la puerta permite cómodamente, ancho de hombros, con un abrigo oscuro que retiene la lluvia sin parecer mojado. Tiene el pelo casi negro con plata en las sienes. El rostro bajo él es el de un hombre que ha pasado años haciendo que otros bajen la voz: nariz fuerte con una vieja fractura, boca contenida, ojos castaños ambarinos clavados en la cámara.

Su mano derecha cuelga junto al cuerpo. Los dos últimos dedos no se extienden del todo.

Levanta la mano izquierda y muestra la palma vacía.

Desbloqueo la puerta exterior pero mantengo cerrado el cristal de seguridad interior.

—Llegas temprano —digo por el interfono.

—¿Para qué?

—La parte en la que finges que esta visita no la organizó otro.

Su mirada pasa de largo y se posa en la bandeja de recepción.

Reconoce la grabadora.

Ese reconocimiento abre la puerta interior con más eficacia que la confianza.

Libero el cerrojo.

Merrick entra y cierra la puerta tras él. Comprueba el pasillo antes de que se selle; un movimiento automático, no teatral.

—¿Dónde conseguiste eso? —pregunta.

—Buenos días.

—Elise.

Ya sabe mi nombre.

Eso lo hace pasar de inconveniente a peligroso.

—Tienes treinta segundos para explicar cómo encontraste esta oficina.

—Maeve lo documentó.

—No, no lo hizo.

—Te documentó a ti. La oficina vino después.

—Eso no es mejor.

—No dije que lo fuera.

Mete la mano en el abrigo.

La cuchilla cerámica cae en mi palma.

Se detiene.

Lentamente, saca un documento doblado y lo coloca en el borde del escritorio.

Una reserva de Vow House.

Llegada: martes 20 de octubre.

Salida: martes 27 de octubre.

Huéspedes: Merrick Rook y Elise Rook.

Relación: casados, cuatro años.

Programa: Programa de Recuperación.

Tarifa: cuarenta y dos mil dólares, pagados en su totalidad.

—No estoy casada contigo —digo.

—Lo noté.

—¿Quién hizo la reserva?

—Maeve la inició hace doce días. El pago se canalizó a través de una de sus cuentas de producción. La aprobación final vino de la Dra. Lenora Saye.

La famosa terapeuta de parejas aparece en pódcasts, programas matinales y libros de aeropuerto que prometen que el amor puede medirse por el comportamiento, no por la intención. Fundó Vow

House como un programa intensivo exclusivo para parejas de alto perfil que necesitan privacidad.

Aparentemente la privacidad ahora incluye matrimonios falsificados.

—¿Dónde está Greywake?

—Una isla frente a la costa de Washington. Privada. Sin ferry público. Vow House controla el transporte.

—Sabías de ella.

—Conocía las empresas fantasma y las rutas marítimas. No sabía que Maeve estaba allí hasta el domingo.

—Dijiste que ella inició la reserva hace doce días.

—Encontré el registro el domingo.

Suelta la información en dosis precisas, nunca más de lo estrictamente necesario.

—¿Tu empresa diseñó el sistema de seguridad de Vow House?

Una pausa.

—Rook Risk asesoró en una propuesta inicial.

No es una respuesta.

—Maeve dice que construiste la jaula.

Dirige la mirada hacia la grabadora.

Algo se tensa detrás de ellos y luego desaparece.

—Reprodúcela.

—No.

—Es mi hermana.

—Y la grabadora es mía hasta que sepa si dártela la condena a muerte.

Su voz baja de volumen.

—Voy a la isla.

—Enhorabuena.

—La reserva requiere ambos huéspedes.

—Entonces cásate con alguien más cooperativo.

—Te aprobaron a ti específicamente.

—Eso es problema tuyo.

—También tienen los documentos de constitución de Exit Line, dos contratos de arrendamiento, un registro de vehículos y el rastro del pago que usaste para reubicar a Sandra Vale el invierno pasado.

La habitación pierde calidez sin cambiar de temperatura.

Sandra Vale no es su nombre real.

El rastro del pago no es rastreable mediante registros legales.

—Si no llego contigo —continúa—, el archivo se envía a tres agencias y a su marido.

Rodeo el escritorio.

Merrick no retrocede.

De cerca, es quince centímetros más alto de lo que me gustan los adversarios. La vieja fractura de su nariz se tuerce ligeramente a la izquierda. Una línea pálida le cruza la barbilla. Huele a lluvia, café y cedro de un coche que probablemente cuesta más que el edificio.

—Amenazaste a una superviviente para obtener mi cooperación.

—Creé una contingencia.

—Esa es una palabra que usan los hombres cuando el chantaje los avergüenza.

Su mirada baja brevemente a mi mano izquierda.

Mi pulgar ha presionado la cicatriz de la palma.

Me detengo.

—La información de Sandra permanece encriptada —dice—. No se divulga nada si llegamos.

—Y si llegamos, ¿qué te impide usar la misma palanca una vez dentro?

—Nada, salvo los términos que negociemos.

Al menos no ofrece confianza.

Oigo la llave de Imani en la puerta exterior.

Nueve minutos.

Entra con un abrigo color óxido sobre pantalones negros, las trenzas largas recogidas en la nuca. Es más alta que yo, de piel oscura, serena, y lleva una bandeja de papel con cafés en una mano, como si las confrontaciones armadas no debieran interferir con el desayuno.

Su mirada va de Merrick a la reserva y después a mi rostro.

—Traje tres cafés —dice—. El optimismo es humillante.

—Merrick Rook —digo—. Nos está chantajeando para ir a un retiro de parejas fingiendo estar casados.

Imani deja el café.

—Por supuesto. Monday se estaba comportando de forma sospechosa.

Merrick se gira hacia ella.

—Imani Shaw.

—No digas mi nombre como si lo hubieras comprado.

Acepta la corrección sin ofensa visible.

Recojo la reserva.

El documento incluye una lancha privada que sale el martes a las 15:40 desde Halden Marina. El expediente de admisión indica el motivo del tratamiento.

Retraimiento.

Control.

Deshonestidad crónica.

Riesgo principal: fuga.

Lenora me ha asignado el papel de la esposa que huirá y a Merrick el del marido que la detendrá.

Es una suposición o una preparación.

—Condiciones —digo.

Merrick me mira.

—Una: la ruta de Sandra se destruye ahora, no después de la isla.

—De acuerdo.

—Dos: Imani recibe todos los archivos que usaste para encontrar Exit Line.

—Después de que regresemos.

—Antes de que nos vayamos.

Su boca se tensa.

—De acuerdo.

—Tres: no accedes a identidades de clientes, rutas de respaldo ni refugios activos.

—De acuerdo.

—Cuatro: si decido que una mujer en esa isla necesita ayuda, no la usas como palanca, cebo o prueba de tu teoría.

—De acuerdo.

—Y no me tocas sin avisar.

La última condición altera su atención.

No es deseo.

Es cálculo que se vuelve personal.

—Vamos a fingir estar casados —dice.

—Fingir no es permiso.

—Entonces definimos los límites antes de irnos.

Miro a Imani.

Asiente levemente.

No es aprobación.

Es confirmación de que la decisión sigue siendo mía, incluso cuando todas las opciones disponibles tienen dientes.

Firmo la aceptación de admisión.

Merrick toma la página pero no parece aliviado.

Estudia mi firma como si fuera una puerta que esperaba forzar y le inquieta encontrarla abierta desde dentro.

—El retiro cree que eres un riesgo de fuga —dice.

—Porque siempre decido cómo irme.

—Sí.

Coloco la grabadora de Maeve en mi bolso.

La sigue la fotografía de la isla.

Luego el código a medias.

La mirada de Merrick sigue fija en el bolso.

Cree que la decisión nos convierte en socios.

No.

Nos convierte en dos personas que entran en la misma trampa por mujeres diferentes.

Eso no es lo mismo.

CAPÍTULO 2

MERRICK

El segundo mensaje de Maeve empieza con una instrucción que ya he violado.

—No la arrastres a esto. Pregúntale. Deja que diga que no.

Lo escucho a las 5:32 del martes por la mañana en el garaje subterráneo de la sede de Rook Risk.

El edificio que tengo encima alberga veintisiete plantas de oficinas seguras, servidores redundantes, ascensores privados y unos novecientos empleados que creen que el fundador entra por el vestíbulo ejecutivo.

Uso el garaje porque la cobertura de las cámaras es más fácil de controlar.

La voz de Maeve sigue sonando en el auricular.

—Si dice que no, ve solo. Si la reserva no acepta a una sola persona, busca otra ruta. No uses Exit Line. No seas tú la razón por la que tenga que elegir entre una clienta y ella misma.

Se oye un roce en la grabación.

Luego Maeve dice, más bajo:

—Merrick, si estás escuchando esto después de que yo desaparezca, esto no es permiso para convertir la culpa en autoridad.

El mensaje termina.

Permanezco dentro del coche veintitrés segundos.

Luego llamo a Elise.

Responde al primer tono.

—Más vale que alguien esté sangrando.

—Maeve dejó otra grabación.

El silencio sustituye a la irritación.

—Ponla.

Lo hago.

Cuando termina, Elise dice:

—Ya has violado todas y cada una.

—Sí.

—No pareces arrepentido.

—Lo estoy.

—Pareces preciso.

—Las dos cosas no son mutuamente excluyentes.

—Esa es exactamente la clase de frase que dice un hombre antes de que lo echen de un edificio.

Miro la pared de hormigón a través del parabrisas.

—Debería haber preguntado.

—Sí.

—Creí que dirías que no.

—Esa decisión me correspondía a mí.

—Sí.

Hace una pausa.

—¿Estás ensayando a darme la razón?

—No.

—Bien. Todavía no resultas convincente.

La llamada termina con instrucciones de estar en Exit Line a las ocho.

Antes de salir del garaje, contacto con mi director de operaciones.

—Congela todos los registros relacionados con Greywake Wellness Holdings, Vow House y Lenora Saye —digo—. Conserva las búsquedas no autorizadas realizadas con mis credenciales en los últimos catorce días. Conserva mi investigación privada sobre Maeve.

Duda.

—¿Para revisión legal?

—Para custodia independiente.

—¿Quiere que avise al departamento jurídico?

—Todavía no.

La respuesta es un error que reconozco mientras lo cometo.

Lo dejo así.

A las 7:56 entro en Arden Logistics con dos teléfonos que entregaré, un reloj que pienso conservar y una unidad sellada con los archivos que usé para localizar Exit Line.

Imani acepta la unidad sin dar las gracias.

Hoy viste de negro, el abrigo color óxido doblado sobre una silla, las largas trenzas recogidas en la nuca. Tiene la postura de alguien que se queda inmóvil cuando los demás esperan ver miedo.

Elise está junto a una mesa plegable cubierta de ropa, medicamentos, mapas de papel y objetos elegidos porque la electrónica falla o traiciona a sus usuarios.

Mide alrededor de un metro sesenta y cinco sin las botas impermeables. Compacta más que menuda. Pelo castaño rojizo oscuro cortado en línea recta bajo la mandíbula. Ojos gris verdosos que cambian de color según la luz y que nunca se ablandan porque alguien quiera que lo hagan.

La cicatriz pálida de la palma izquierda queda a la vista mientras revisa una cuchilla de cerámica.

Lleva pantalones oscuros, un jersey verde y una chaqueta de lona con suficientes bolsillos interiores para inquietar a la seguridad de cualquier aeropuerto.

—Llegas cuatro minutos antes —dice.

—Te has dado cuenta.

—Me doy cuenta cuando llegan las amenazas.

Imani levanta la unidad sellada.

—Contraseña.

Se la doy.

Conecta la unidad a un ordenador sin conexión, verifica los archivos y empieza a transferirlos a un archivo de custodia legal.

Elise observa el proceso, no a mí.

—¿La ruta de Sandra? —pregunta.

—Eliminada de mis registros. Aquí está el registro de borrado y la confirmación de terceros.

—Los terceros mienten.

—Sí.

—Deja de darme la razón.

—Eso requeriría no estar de acuerdo.

Su boca casi se mueve.

No es una sonrisa.

Prueba de que es posible una.

Imani termina la transferencia y desliza un pequeño objeto sobre la mesa. Es del tamaño de un sello de correos, negro mate, con dos contactos expuestos en uno de los bordes.

—Relé —dice—. Batería de veinticuatro horas si no le pides que busque constantemente. Comprueba si hay red externa cada quince minutos. Si la encuentra, envía ubicación, audio comprimido y los archivos que pongas en cola.

Lo cojo con la mano izquierda.

—¿Alcance?

—Depende del edificio. No lo pongas contra una superficie metálica grande, a menos que tu objetivo sea insultarme desde una isla.

Elise me quita el relé.

—Lo llevo yo.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque si lo llevas tú, decides cuándo transmite.

Una objeción válida.

Me centro en el expediente de cobertura.

Cuatro años casados.

Nos conocimos durante una consulta de recuperación de rehenes.

Ella me acusa de ser controlador.

Yo la acuso de distanciamiento emocional.

Sin hijos.

Finanzas separadas.

Escalada reciente tras la desaparición de mi hermana.

El matrimonio ficticio se basa en hechos tan cercanos a la verdad que el estrés podría delatarlos.

—Necesitamos límites —digo.

Elise cruza los brazos.

—Te di uno ayer.

—El contacto físico requiere más detalle en un entorno vigilado.

Imani se sienta al escritorio con un bloc de notas.

—Esto es responsable o es la peor terapia prematrimonial de Washington —dice—. Continúen.

Elise comienza.

—Nada de apodos cariñosos.

—Una pareja casada que nunca usa ninguno puede parecer ensayada.

—Bien. Cariño. Solo cuando uno de nosotros esté amenazando al otro.

—De acuerdo.

—Cogernos de la mano solo si lo inicio yo.

—¿Y si el personal lo espera?

—Pregunta.

—Mano en la espalda baja en público, con aviso previo.

Lo considera.

—Di mi nombre primero.

—Nada de agarrarme la muñeca.

—Correcto.

—¿Besos?

La habitación se torna más precisa.

Elise me mira directamente.

—Solo si la cobertura lo exige. Pregúntamelo de palabra si puedes. Si no hay tiempo, avísame con suficiente antelación para apartarme.

—¿Y si no te apartas?

—Eso no es permiso permanente.

—Entendido.

Imani anota cada condición.

Elise dice:

—Tus límites.

La gente rara vez pregunta.

La respuesta requiere más reflexión de la que debería.

—No te acerques por detrás sin avisar. No me toques la mano derecha sin previo aviso. No uses a Maeve para ganar una discusión.

La mirada de Elise desciende brevemente a los dos últimos dedos, que aún tienen movilidad reducida desde que una puerta de

seguridad de acero se los aplastó durante la negociación de San Pedro.

—¿Qué pasó?

—Un hombre creyó que dañar al negociador mejoraría su posición.

—¿Y la mejoró?

—No.

—Esa no fue toda la historia.

—No.

Mira a Imani.

—Añade deshonestidad crónica.

Al mediodía, ensayamos la relación en fragmentos.

Dónde supuestamente vivimos.

En qué lado de la cama duermo.

Cómo toma Elise el café.

—Con leche si el café es malo —dice.

—Dijiste que lo tomas solo.

—Lo hago cuando merece seguir siendo él mismo.

Quién de nosotros se disculpa primero.

Ninguno.

Por qué seguimos casados cuatro años.

Elise responde:

—Porque separarnos significaría admitir que habíamos tomado una decisión juntos.

Es mejor que cualquier cosa del expediente.

A las 2:31, Imani nos acompaña a la salida de servicio.

Le da a Elise una bolsa de lona estrecha que contiene la grabadora, la fotografía, la tira de código, el teléfono sin conexión, el abrecartas de cerámica, un botiquín compacto y el transmisor cosido en el dobladillo interior.

—Contacten el martes a medianoche —dice Imani—. Después, al mediodía y a medianoche cada día. Si faltan a uno, inicio la escalada. Si faltan a dos, dejo de ser educada.

—Nunca eres educada —dice Elise.

—Exacto. No tendrán aviso previo.

En Halden Marina, el personal de Vow House espera bajo un toldo gris.

La lancha privada es blanca, baja, diseñada para parecer recreativa aunque transporta más equipo de vigilancia que la mayoría de las oficinas corporativas.

Una empleada se presenta como Mara Venn, directora médica. Alta, de hombros cuadrados, cabello castaño con vetas grises recogido en la nuca. Chaqueta blanca impermeable. Sin joyas visibles salvo una estrecha pulsera médica.

Recoge nuestros teléfonos, bolsas, carteras y documentación.

—El retiro proporciona ropa, medicación y comunicación bajo supervisión —dice.

Elise mantiene el rostro neutro mientras la bolsa de lona abandona su mano.

El transmisor sigue cosido en la chaqueta que lleva puesta.

Venn examina mi reloj.

—Puede quedárselo.

La miro.

—¿Por qué?

—Función médica.

El reloj contiene un código de autenticación ejecutiva de Rook Risk, no una función médica.

Saben lo que es.

Elise advierte el intercambio.

No dice nada hasta que estamos dentro de la lancha.

La cabina tiene seis asientos de cuero, ventanas tintadas y una mesa fijada al suelo. Sobre ella espera una carpeta.

Nuestro expediente de admisión.

Lo abro.

Bajo la primera página aparecen fotografías.

Elise saliendo de un juzgado hace seis meses.

Yo frente al apartamento de Maeve el domingo.

Los dos visibles a través de la ventana de la oficina de Exit Line ayer.

Maeve de pie en el muelle de Greywake hace doce días.

Tomaron las imágenes desde distintos sistemas y distancias.

En la parte inferior del archivo, una etiqueta de clasificación reza:

PROGRAMA DE RECUPERACIÓN

PREAPROBADO POR LA DRA. LENORA SAYE

Elise estudia la fotografía del juzgado.

—Esa audiencia estaba bajo secreto de sumario.

—El exterior no.

—Quien sacó esta foto sabía qué puerta iba a usar.

Paso a la fotografía de Maeve.

Lleva un abrigo azul marino y una mochila de lona. Tiene el pelo largo y pelirrojo bajo una gorra gris. No mira a la cámara, sino a alguien más allá.

Un reloj en la oficina del puerto deportivo marca las 3:40.

La lancha parte puntual.

La lluvia borra la ciudad a nuestra espalda.

Durante los primeros treinta minutos, Elise traza la ruta mediante puntos de referencia visibles. Cuando las ventanas se vuelven opacas, cierra los ojos y se pone a contar los cambios en la velocidad del motor.

—¿Siempre haces eso? —pregunto.

—¿El qué?

—Convertir el movimiento en una ruta de escape.

—¿Y tú siempre conviertes la observación en una pregunta personal?

—Por lo general.

Abre los ojos.

—Sí. Siempre lo hago.

A las 5:04, la lancha entra en aguas más agitadas.

Elise se aferra al asiento un instante y luego lo suelta.

—¿Mareada?

—No.

La respuesta es inmediata y falsa.

Pongo una bolsa de papel a su alcance sin decir nada.

La mira.

Luego a mí.

—Eso no nos convierte en amigos.

—Protege la alfombra.

Esta vez, el gesto de su boca se convierte en una breve sonrisa involuntaria.

A las 5:12, la isla Greywake aparece tras el cristal, que va aclarándose.

Roca negra se alza desde aguas color acero. Los cedros se doblan bajo el viento. Vow House se recuesta contra el acantilado, de cedro, hormigón y vidrio ahumado, con forma de media luna de cara al océano.

El muelle principal se extiende desde una ensenada protegida.

Dos botes eléctricos más pequeños están amarrados cerca.

Un helipuerto vacío corona la pendiente occidental.

Ningún pueblo.

Ninguna casa vecina.

Ninguna ruta visible que no pertenezca al retiro.

Elise mira el edificio.

Su pulgar izquierdo amaga con ir hacia la cicatriz de la palma, pero se detiene.

—Última oportunidad —digo.

Se vuelve hacia mí.

—¿De qué?

—De decirme que quieres irte.

La lancha ya ha entrado en la ensenada.

Las ventanas a nuestra espalda están opacas.

El personal controla la embarcación.

No es una oportunidad real, y los dos lo sabemos.

Elise vuelve la vista hacia Vow House.

—La próxima vez, pregunta antes.

CAPÍTULO 3

ELISE

Vow House no tiene letrero.

Los lugares seguros de su poder rara vez se anuncian.

La lancha llega al muelle a las 5:12 del martes por la tarde. Un empleado asegura el cabo antes de que el motor se apague del todo, y otro abre la puerta de la cabina sin preguntar si estamos listos.

Entra aire frío con olor a sal, lluvia y cedro.

Merrick baja al muelle primero.

No me ofrece la mano.

Bien.

Lo sigo sin llevar nada porque Vow House se llevó todo lo que te hace sentir preparado y lo llamó rendición.

La casa del acantilado se curva sobre nosotros. Listones de cedro oscuro alternan con muros de hormigón y ventanas ahumadas, casi negras. Desde el agua, el edificio parece menos construido que incrustado, una herida pulida en la roca.

Una mujer espera bajo la entrada cubierta.

La Dra. Lenora Saye es más pequeña de lo que parece en televisión. Un metro sesenta y dos, delgada, cabello rubio plateado cortado a la altura de la barbilla. Pantalones color crema, jersey gris carbón, zapatos negros bajos inadecuados para el muelle y, de algún modo, sin una gota de lluvia.

Su rostro es pálido y sereno, sin líneas visibles alrededor de la boca.

O rara vez se ríe o le paga a alguien para borrar las pruebas.

—Merrick —dice.

No Sr. Rook.

Se conocen.

Su pausa dura menos de un segundo.

—Dra. Saye.

Se vuelve hacia mí.

—Elise. Bienvenida a Greywake.

—Me aprobó sin conocerme.

—Su historial era inusualmente completo.

—Eso no es tranquilizador.

—No pretendía serlo.

Su mirada recorre mi chaqueta de lona, botas, cabello y manos. No evalúa atractivo. Inventario.

Un hombre larguirucho se acerca con dos estuches estrechos. Treinta y pocos, quizá treinta y cuatro. Cabello castaño cortado de forma irregular, como si solo hubiera usado medio espejo. Hombros estrechos bajo una chaqueta de mantenimiento. Su rostro parece permanentemente atrapado entre la concentración y la disculpa.

La placa dice:

TOBIN REESE - MANTENIMIENTO

—Pulseras —dice Lenora.

Tobin abre los estuches.

Dentro hay dos anillos de plata mate.

Cada uno es más grueso que una alianza y más ligero de lo que debería. La superficie interior tiene una tira de sensor oscura. Una juntura atrapa la luz del muelle.

La pulsera de Merrick tiene un pequeño rasguño en forma de media luna cerca del borde.

No es nueva.

—Monitorización biométrica —explica Lenora—. Frecuencia cardíaca, temperatura, sueño, respuesta al estrés, proximidad y acceso. Las pulseras sustituyen las llaves de las habitaciones y permiten intervención médica en caso de emergencia.

—¿Quién define emergencia? —pregunto.

—El equipo clínico.

—¿Quién define consentimiento?

Lenora parece casi complacida.

—Pasaremos la semana discutiendo eso.

—No, no lo haremos. El consentimiento no mejora con discusiones a posteriori.

La atención de Merrick se desplaza hacia mí.

Lenora continúa como si no la hubiera interrumpido.

—Quitársela activa una alerta de bienestar. El daño intencionado puede conllevar restricción de movimiento.

Tobin toma mi mano izquierda.

La retiro antes de que me toque.

Se queda paralizado.

—Lo siento —dice.

La disculpa suena sincera.

Ofrezco mi mano derecha en su lugar.

—Dímelo primero.

—Voy a colocar la pulsera en tu dedo. Puede apretarse para la calibración.

—Procede.

El anillo se desliza en mi dedo anular izquierdo, al fin y al cabo, porque el derecho produce un aviso de emparejamiento inválido. El metal se aprieta en la base, luego se afloja medio grado.

Plata fría contra la vieja cicatriz que cruza mi palma.

Merrick acepta su anillo sin comentarios.

Cuando Tobin intenta colocarle la pulsera en la mano derecha, los dedos dañados se resisten. Cambia a la izquierda.

Una pantalla cerca de la entrada muestra nuestros nombres.

MERRICK ROOK

ELISE ROOK

El apellido falso provoca una reacción física que me molesta regalarle al sistema.

Mi pulsera se calienta.

Lenora nota la luz.

—El cuerpo a menudo reconoce la verdad antes que el lenguaje —dice.

—O el metal se calienta contra la piel.

—Prefieres las explicaciones mecánicas.

—Se pueden probar.

Dentro, Vow House es más silenciosa de lo que la tormenta debería permitir.

El vestíbulo central se eleva dos pisos bajo vidrio ahumado. Paredes de cedro. Suelo de hormigón. Muebles blancos sin manchas visibles. Una chimenea sellada detrás de vidrio.

Sin cerraduras decorativas.

Sin llaves ordinarias.

Cada puerta se abre tras leer las pulseras.

El personal viste de gris carbón o blanco. Los huéspedes llevan ropa neutra y suave, diseñada para eliminar señales sociales y hacer que todos parezcan caros.

Nuestro recorrido de ingreso incluye el comedor, las salas de terapia, la biblioteca, el invernadero, el ala médica y los jardines del oeste.

Excluye las áreas de servicio.

Excluye los niveles inferiores.

Excluye cualquier explicación sobre el origen de la vibración de bomba bajo el suelo.

Cuento doce cámaras antes de que Lenora diga:

—No ocultamos la observación.

—Ocultan a los observadores.

—¿Verlos te haría más honesta?

—Los haría responsables a ellos.

Esboza una sonrisa leve.

Merrick permanece a mi lado, nunca lo bastante cerca para tocarme. Su mirada registra las pausas en el habla del personal, los cambios de pavimento, las distancias entre puertas.

Donde yo noto bisagras, él nota vacilación.

La competencia resulta atractiva como lo es un buen cuchillo.

Útil.

Peligroso.

Nuestra suite ocupa el ala oeste.

Tobin nos conduce hasta allí mientras Lenora se queda en el vestíbulo central.

—Las pulseras abren las áreas autorizadas según el progreso del tratamiento —dice.

—¿Y las cámaras? —pregunto.

—Áreas comunes.

La respuesta llega demasiado rápida.

Merrick pregunta:

—¿Suites privadas?

Tobin baja la mirada al suelo.

—Revisen sus documentos de consentimiento.

—Ya lo hicimos —digo—. No autorizaban grabaciones en los dormitorios.

Toca la vieja herramienta negra y roja sujeta a su cinturón. El logo está descolorido, pero reconozco el equipo de Rook Risk que Merrick usó en una demostración hace años.

Merrick la ve.

Su expresión no cambia.

Por eso sé que importa.

La puerta de la suite se abre cuando ambas pulseras se acercan.

Dentro hay una cama de matrimonio grande.

Un sofá estrecho, demasiado corto para Merrick.

Un armario.

Un baño con cristal esmerilado en lugar de puerta maciza.

Una pared entera de ventanas con vistas al océano.

Sin cerrojo interior.

Un espejo oscuro sobre el escritorio.

El espejo refleja la habitación con más claridad que las ventanas. Demasiado oscuro en los bordes. Empotrado en la pared con una estrecha ranura acústica.

Falso espejo.

Tobin coloca ropa doblada en el armario.

—Cena a las siete y media. Las pulseras los guiarán.

—¿Qué pasa si no vamos? —pregunto.

—El equipo clínico viene a comprobar.

—¿Cómo?

Sus ojos se desvían hacia el espejo oscuro.

Luego se apartan.

—En persona.

Se marcha.

La puerta se sella tras él con un chasquido magnético.

Merrick prueba el pomo.

Bloqueado tres segundos, luego se abre.

—Control temporizado —dice.

—O una advertencia.

Inspecciono la habitación.

El armario contiene dos juegos de pantalones oscuros, jerséis, ropa de dormir y un vestido color crema que solo elegiría bajo amenaza.

Los cajones de la mesita de noche están vacíos salvo por artículos de papelería.

El cajón del escritorio se resiste cuando tiro de él.

No está cerrado con llave.

Algo lo traba por detrás.

Saco el cajón del todo.

Una tira estrecha de papel está pegada en la parte de atrás.

La letra no es de Maeve.

El método sí.

Le enseñé a esconder mensajes donde alguien que busca armas no miraría, porque el objeto en sí parece inofensivo.

La nota dice:

NO TODAS LAS SALIDAS SE ABREN HACIA AFUERA.

Merrick lee por encima de mi hombro sin tocarme.

—¿Maeve?

—No es su letra. Sí su método.

—¿Qué significa?

—Que estuvo aquí o que alguien estudió cómo piensa.

El altavoz de la suite se activa.

—Conflicto elevado detectado —dice una voz serena—. Por favor, permanezcan en su lugar mientras el entorno se ajusta.

El cerrojo de la puerta se activa.

Las luces bajan.

El espejo oscuro se vuelve opaco desde el otro lado.

Un leve sonido mecánico proviene del interior del armario.

Una lente enfocando.

Merrick mira hacia ella.

—Nos están grabando.

—Sí.

La pulsera en mi dedo se aprieta una vez.

El sistema no ha aprendido nada sobre mí.

Solo ha aprendido que mi cuerpo rechaza una puerta cerrada con llave.

Eso no es lo mismo que saber por qué.

CAPÍTULO 4

MERRICK

La primera cena en Vow House comienza con ocho parejas y una silla vacía.

Lenora no explica la silla.

Se sienta a la cabecera de una mesa de cedro alargada, bajo luces colgantes que dejan las paredes en penumbra. El personal sirve la comida sin preguntar preferencias. Pescado, verduras, pan, ningún cuchillo más afilado que el borde de una cuchara.

Elise elige el asiento con mejor visibilidad de ambas puertas.

Me siento a su lado tras pronunciar su nombre en voz baja, lo justo para advertirla antes de que mi mano le roce la espalda.

Permite el contacto durante tres segundos.

Luego se aparta.

La actuación es convincente porque la irritación es real.

Frente a nosotros, Graham Vale sirve vino para él y para su esposa.

Ronda los cuarenta y cinco, de pecho ancho y corpulento, con un bronceado que perdura fuera de temporada y el pelo ralo peinado para disimularlo. Lleva una alianza de oro tradicional junto al anillo biométrico, como si una forma de posesión necesitara adorno.

Claire es más joven. Treinta y pocos. Cabello rubio a la altura de los hombros, ojos azules que mantiene bajos cuando Graham habla. Un brazalete dorado le cubre casi toda la muñeca derecha.

Cuando alarga la mano hacia el agua, el brazalete se desplaza.

Aparece un moretón debajo.

Graham le llena la copa de vino.

Ella no bebe.

Él la vacía después de terminar la suya.

Elise ve el moretón.

Su postura se tensa imperceptiblemente.

Lenora comienza sin presentaciones.

—Esta noche identificamos las historias que cada pareja usa para no cambiar.

Nadie responde.

Mira primero hacia Graham y Claire.

—Graham, ¿por qué Claire sigue casada contigo?

Él sonríe como si la respuesta le perteneciera.

—Porque nos amamos.

El anillo de Claire parpadea en ámbar.

Lenora pregunta:

—¿Claire?

—Porque tenemos una vida juntos.

Su banda parpadea en rojo.

Graham coloca su mano sobre la de ella.

La señal vuelve a ámbar.

El sistema recompensa la proximidad sin entender la presión.

Lenora se vuelve hacia nosotros.

—Merrick, ¿cómo supiste que Elise era la mujer con la que te casarías?

El expediente ofrece varias respuestas posibles.

No elijo ninguna.

—Supe que era la mujer con más probabilidades de rechazarme.

Una reacción silenciosa recorre la mesa.

Elise me mira.

Su anillo permanece verde.

La atención de Lenora se agudiza.

—¿Por qué el rechazo era atractivo?

—Porque la aceptación de alguien incapaz de negarse tiene poco valor.

La afirmación es cierta ahora.

No era cierta ayer cuando usé a Sandra Vale para forzar a Elise a venir a la isla.

La contradicción se refleja en su expresión.

—Y sin embargo se casó contigo —dice Lenora.

Elise responde antes que yo.

—Él me devolvió la elección.

La historia construida cambia en tiempo real.

Lenora pregunta:

—¿Lo hiciste?

Miro a Elise.

—Estoy aprendiendo a hacerlo.

Su anillo pasa de verde a ámbar.

El mío hace lo mismo.

El sistema interpreta el cambio como sincronía.

Se parece más a la culpa.

La cena continúa con preguntas diseñadas para convertir la confesión en biología visible.

¿Quién se disculpa primero?

¿Quién se retira?

¿Quién revisa el teléfono del otro?

¿Quién controla el dinero?

Las parejas responden mientras las pulseras ofrecen una segunda narrativa que Lenora considera más honesta.

Elise se vuelve excesivamente educada cuando está enfadada.

—Qué fascinante —le dice a Lenora después de que le informen que su pulso sugiere ansiedad de apego.

Su voz es tan comedida que corta como una navaja.

—No estás de acuerdo —dice Lenora.

—Creo que un pulso tiene menos motivos que la persona que lo interpreta.

—Entonces, ¿por qué el tuyo está elevado?

—El pescado está demasiado cocido.

Claire se ríe.

El sonido es breve e involuntario.

Graham la mira.

Ella se detiene.

Un miembro del personal coloca una servilleta doblada junto a mi plato.

No estaba allí antes.

Dentro hay una nota escrita en letras de imprenta.

MAEVE ESTUVO AQUÍ.

La cierro en el puño.

Elise lo ve.

Paso la nota por debajo de la mesa.

Sus dedos rozan los míos.

El contacto es accidental.

La conciencia de él, no.

Lee la nota sin alterar el gesto y la dobla en el forro de la manga.

Al final de la cena, Lenora asigna las tareas de la noche.

Graham y Claire completarán una conversación de reparación grabada.

Otras dos parejas asistirán a entrevistas individuales.

A Elise le asignan observación en la suite.

A mí, inducción de verdad a medianoche.

—¿Por separado? —pregunta Elise.

—El matrimonio a menudo se ve con más claridad en la ausencia —dice Lenora.

—Qué conveniente para el observador.

—Todo en Vow House está pensado para la observación.

Al menos ya no finge.

Tobin espera fuera del comedor con un estuche técnico delgado.

La vieja herramienta de Rook Risk sigue enganchada a su cinturón.

Lo detengo junto a la puerta de servicio.

—¿De dónde has sacado eso?

Cierra los dedos sobre la herramienta.

—Del inventario de instalaciones.

—Ese modelo nunca se comercializó.

—Entonces tu inventario ha viajado.

—Se fabricaron menos de veinte.

Elise permanece a unos metros, fingiendo estudiar una fotografía de la pared mientras escucha.

—Tu empresa instaló equipos aquí —dice Tobin.

—Esa herramienta no.

Su expresión se vuelve más apologética, algo que empiezo a reconocer como ocultación más que sumisión.

Saca una tarjeta estrecha del estuche y la introduce en el panel de servicio.

El prefijo del número de serie corresponde a un lote de autorización ejecutiva de Rook Risk.

Mi lote.

La puerta se abre.

Tobin cruza el umbral y se vuelve.

—No dejes que pregunte por la llamada —dice.

La puerta se cierra.

Elise se acerca.

—¿Qué llamada?

—Maeve llamó antes de desaparecer.

—Dijiste que te enteraste el domingo de su desaparición.

—Así es.

—¿Contestaste?

La cámara del pasillo gira hacia nosotros.

Ya no hay manera de ocultar la respuesta.

—No.

La expresión de Elise cambia.

Aún no es un juicio.

Una nueva categoría en la que ubicarme.

—¿Por qué?

—Estaba negociando la liberación de un rehén.

—¿Dejó un mensaje?

—Doce segundos.

—¿Qué decía?

—No todo se entendía bien.

—No es lo que te he preguntado.

Las pulseras vibran a la vez.

La voz de un empleado dirige a Elise hacia el ala oeste y a mí hacia la sala de inducción.

Da un paso, pero se vuelve.

—¿Cuánto me has ocultado?

Más de lo que puedo justificar.

—Lo suficiente para que sigas preguntando.

Aprieta los labios.

—Quizá sea lo primero útil que has dicho.

A las 11:58 entro solo en la sala de inducción.

En la sala hay una silla, una mesa y una grabadora.

Lenora espera detrás de la mesa.

Tobin aguarda junto a la puerta con el estuche técnico.

Tiene la vieja tarjeta de autorización en la mano.

Cuando la introduce en el panel de la pared, la pantalla muestra un número de serie de Rook Risk asignado a la instalación de Vow House hace nueve meses.

El número de serie lleva mi aprobación.

CAPÍTULO 5

ELISE

La cámara del armario está pensada para que la encuentren.

Ese es el primer fallo.

El segundo es el ángulo.

Cubre la cama, el sofá y la puerta del baño, pero deja el cajón del escritorio y el espejo oscuro fuera del encuadre principal. Una cámara oculta de verdad priorizaría la invisibilidad.

Esta prioriza que la descubran.

Vow House quiere que sepamos que hay vigilancia suficiente para convertir cada decisión privada en una actuación.

Me subo a la cama y retiro el panel de ventilación sobre el armario.

La lente está detrás, limpia y centrada.

Sin polvo.

Un cable fino desaparece en la pared.

El anillo que llevo en el dedo vibra cuando toco la carcasa.

—Interferencia ambiental detectada —dice el altavoz.

—El tuyo empezó.

Sin respuesta.

Vuelvo a colocar el panel y examino el resto de la suite.

El relé sigue cosido en el dobladillo de mi chaqueta. No ha encontrado ninguna red externa. El teléfono sin conexión está escondido bajo el cajón del armario, con la batería extraída hasta que haga falta.

La nota de Maeve sigue en mi manga.

MAEVE ESTUVO AQUÍ.

Me acerco al espejo oscuro.

El cristal refleja mi jersey verde, los pantalones oscuros, el pelo castaño rojizo cortado recto, y la cicatriz pálida que me cruza la palma izquierda. También refleja la cama donde esperan que interprete un matrimonio para quienes observan desde el otro lado.

Pego la oreja al hueco acústico.

Nada.

Entonces llega una tos a través del conducto de ventilación sobre el escritorio.

Femenina.

Amortiguada.

Viene de abajo, no de al lado.

Retiro la rejilla del respiradero con la cuchilla de cerámica.

Sube aire frío con olor a sal y desinfectante.

Golpeo el conducto metálico.

Tres.

Pausa.

Dos.

Pausa.

Tres.

Patrón de emergencia de Exit Line.

Para clientes que no pueden hablar.

La respuesta llega a los cinco segundos.

Tres.

Dos.

Tres.

Mi cuerpo actúa antes de que termine de pensar.

Me quito el anillo.

El sensor interior se suelta con una presión aguda contra el nudillo.

La alarma de la habitación salta de inmediato.

—Retirada de banda detectada. Por favor, vuelva a colocarse el dispositivo.

Envuelvo el anillo en una toalla y lo dejo junto al respiradero, con la esperanza de que el sensor de pulso capte suficiente calor residual para retrasar la respuesta.

La cerradura de la puerta se activa.

Se oyen pasos acercándose en el pasillo.

El altavoz de la habitación dice:

—Se ha avisado al personal clínico.

Me pongo el anillo de nuevo.

La alarma se detiene.

La puerta se abre antes de que la cerradura termine de liberarse.

Merrick entra.

No es personal clínico.

Tiene el rostro más controlado que cuando se fue, lo que significa que la inducción le ha hecho daño y aún no sabe cómo clasificarlo.

Cierra la puerta.

—¿Qué pasó?

—Me quité el anillo.

—¿Por qué?

—Hay alguien debajo de nosotros.

Mira hacia el respiradero.

—¿Maeve?

—No lo sé. Tos femenina. Respondió al código de emergencia de Exit Line.

Se mueve hacia el escritorio.

—Detente.

Se detiene.

—Cámara —digo.

Sus ojos se desplazan hacia el armario sin mover la cabeza.

Entiende.

Necesitamos una discusión lo bastante grande para justificar nuestra proximidad al respiradero y lo bastante real para mantener ocupados a los observadores.

Merrick empieza mal.

—Retiraste un dispositivo monitorizado sin decirme.

—Esa frase seguro que aparece en nuestro perfil de tratamiento.

—Fue imprudente.

La irritación en su voz no es del todo fingida.

Bien.

—¿Me chantajeaste para traerme a una isla y ahora quieres que te consulte sobre las joyas?

Su mirada se fija en la mía.

—Te traje porque Maeve te nombró.

—Me trajiste porque la reserva requería una esposa.

—Ambas cosas son ciertas.

—Una te importó más.

Se acerca más al escritorio.

—¿Crees que arriesgaría su vida por acceder a tu organización?

—Arriesgaste la de Sandra.

Su rostro cambia.

La discusión se vuelve real.

—Su ruta nunca iba a ser revelada.

—¿Y se supone que yo debía saberlo porque el hombre que la amenazaba hablaba con calma?

—Te di condiciones verificables.

—Después de quitarme la elección.

Baja la voz. —Elegiste venir.

—Después de que pusieras a una superviviente en juego.

Las bandas empiezan a parpadear en ámbar.

El altavoz de la habitación permanece en silencio.

El sistema aprueba el conflicto que puede medir.

La mano izquierda de Merrick se cierra sobre el borde del escritorio. La derecha permanece a un costado, con los últimos dedos incapaces de cerrarse del todo.

—Natalie estaría viva si alguien hubiera actuado antes de obtener el permiso perfecto —dice.

El nombre entra en la habitación como un cable pelado.

Me vuelvo muy educada.

—¿Cómo sabes el nombre de mi hermana?

Se da cuenta del error.

Demasiado tarde.

—Lenora la mencionó.

—¿Cuándo?

—Durante la inducción.

—¿Por qué tiene Lenora información sobre Natalie?

—Reprodujo la llamada de Maeve y me mostró un contrato con mi firma.

—Eso no responde a la pregunta.

—No lo sé.

—Y esperaste hasta una discusión para decir su nombre.

—No debería haberlo hecho.

—No.

La cámara en el armario se ajusta.

Oigo la lente.

Merrick también la oye.

Alza la voz. —Haces esto siempre que el riesgo se vuelve personal. Eliminas el acceso y lo llamas autonomía.

La frase está elegida para los observadores.

También es lo bastante precisa para doler.

—Y tú llamas protección al control porque decir posesión requeriría honestidad.

La banda se aprieta alrededor de mi dedo.

Comienza una vibración.

Tres.

Dos.

Tres.

No del conducto de ventilación.

Del anillo.

Bajo la mirada.

Una pequeña pantalla ha aparecido en la costura interior.

L-2

OBS

Merrick lo ve.

Cruza la distancia restante y toma mi mano solo después de decir: —Elise.

Se lo permito.

Gira el anillo hacia la luz.

La costura contiene un receptor no más grande que un grano de arroz. No es equipo estándar. Añadido después de la fabricación.

—Alguien lo modificó —dice.

—¿Tobin?

—Posiblemente.

—¿Maeve?

—Si tuvo acceso.

La pantalla se desvanece.

Debajo de la suite, la mujer vuelve a toser.

Luego golpea tres-dos-tres contra el metal.

Merrick suelta mi mano.

La ausencia de contacto se registra antes de que pueda decidir si debería.

—Necesitamos el relé —dice.

—No. Necesitamos saber si la señal es un cebo.

—Esa preocupación no te impidió quitarte el anillo.

—Contengo multitudes.

—Eso no suena a ti.

—Era sarcasmo. No te quedes atrás.

Su boca casi esboza algo.

El altavoz se activa.

—Regulación de conflicto exitosa —dice la voz calmada—. Configuración ambiental restaurada.

La puerta se desbloquea.

Las luces se intensifican.

El espejo oscuro se aclara lo suficiente para reflejarnos de pie junto al escritorio.

Merrick vuelve a mirar el anillo.

—Lenora conoce a Natalie.

—Sí.

—Tiene la llamada de Maeve.

—Sí.

—Y alguien debajo de nosotros tiene el código de socorro de Exit Line.

Miro el conducto de ventilación.

—Lo que significa que Maeve esperaba que yo viniera.

—O Lenora.

Ninguna posibilidad nos ofrece un movimiento seguro.

Elegimos uno de todos modos.

Saco el relé del dobladillo de la chaqueta.

CAPÍTULO 6

MERRICK

Lenora reprodujo doce segundos de la última llamada de Maeve durante la inducción.

La voz me sigue hasta la suite.

—Merrick, necesito que contestes. No te estoy pidiendo que arregles—

La grabación termina antes de la última palabra.

Sé lo que vino después porque el mensaje de voz quedó en mi teléfono hasta el domingo.

Todo.

Dijo: No te estoy pidiendo que arregles todo.

Escuché el mensaje después de la liberación del rehén, llamé dos veces, nadie contestó, y dejé pasar tres horas más antes de pedirle a operaciones que la localizara.

Maeve sabe lo rápido que respondo al silencio.

Diseñó el retraso para hacerme entender que yo lo había elegido.

Dentro de la suite, Elise ha convertido el cordón de la persiana en una línea de transmisión.

El transmisor, del tamaño de un sello, está pegado al extremo lastrado con cinta plateada de reparación. Un fino contacto expuesto recorre el cordón, lo que permite que el transmisor use el núcleo metálico como antena.

—Imani no mencionó esa función —digo.

—Imani no menciona todas las funciones cuando un consultor de seguridad hostil está escuchando.

—Razonable.

—Deja de aprobar a mis amigos.

Baja el cordón por el conducto de ventilación.

El vendaje aún no forma parte de su mano. Eso vendrá después. Por ahora, la vieja cicatriz sigue siendo el único daño visible.

Debería contarle todo lo que Lenora me mostró antes de que escuchemos cualquier otra cosa.

Empiezo por la parte menos propensa a acabar con nuestra cooperación.

—Lenora tiene un contrato con mi firma electrónica. Autoriza la captura conductual ampliada en Vow House.

Elise sigue introduciendo el cordón en el conducto.

—¿Lo firmaste?

—No.

—¿Podrían haberlo hecho tus credenciales?

—Sí.

—¿Tu empresa construyó el sistema original?

—Parte de él.

Se detiene.

El transmisor cuelga en algún lugar debajo de nosotros.

—Parte no es una medida.

—Rook Risk aprobó arquitectura de seguridad restringida hace nueve meses. Control de puertas, detección de angustia, ubicación de emergencia y alertas médicas. Los límites escritos requerían consentimiento informado, retención local, sin evaluación conductual, sin acceso remoto excepto en emergencias y sin grabación en habitaciones privadas.

—¿Visitaste la isla?

La pregunta se acerca demasiado a la parte que no estoy listo para responder.

—La empresa realizó una auditoría.

—¿Tú?

—Elise—

—Eso es un sí.

No lo confirmo.

La omisión se vuelve visible entre nosotros.

Vuelve a centrarse en el cordón.

—¿Qué quería Lenora?

—Permiso para restringir tus movimientos si tu comportamiento indicaba riesgo de fuga.

—¿Y?

—Me negué.

—¿Por qué?

La respuesta no debería ser difícil.

—Porque nadie gana el derecho a decidir por otro adulto recopilando más datos.

Su mirada se alza.

La frase pertenece a la persona que afirmo ser.

Mis acciones no siempre la respaldan.

—¿Le dijiste que no estamos casados? —pregunta.

—Sí.

—Bien. Al menos una mentira se volvió ineficiente.

Me acerco al escritorio y me quedo en el lado opuesto.

—Dijo que Maeve creía que yo necesitaba una mujer capaz de dejarme.

La expresión de Elise cambia.

—¿Maeve dijo eso?

—No con palabras que ella usaría. Le dije a Lenora que Maeve prefiere menos sílabas.

Un pulso tenue recorre el cordón de la persiana.

El transmisor se ha conectado a una red interna.

Elise conecta el otro extremo al lector aislado.

Sin señal externa.

Aparece la ubicación interna.

OBSERVACIÓN INFERIOR

HABITACIÓN 42

La pantalla no muestra ninguna ruta en el mapa.

Comienza el audio.

Una bomba.

Agua moviéndose por tuberías.

La respiración de una mujer.

Ya no solo la tos. Inhalación lenta, exhalación difícil. Tela moviéndose contra una superficie.

Elise se inclina hacia el lector.

Escucho intentando identificar características vocales.

La edad no puede determinarse con fiabilidad. La respiración está controlada como la controla la gente asustada cuando cree que el sonido tiene consecuencias.

Entra un susurro.

—Cuarenta y dos.

Luego una voz masculina más alejada.

—El archivo todavía está pendiente.

Pasos.

Una puerta.

La mujer respira de nuevo.

Elise da un golpecito en la entrada del micrófono.

Tres.

Dos.

Tres.

El relé envía el patrón por el cable.

Durante dos segundos, nada vuelve.

Luego nos llegan tres impactos débiles.

Dos.

Tres.

Viva.

La palabra se forma antes de que las pruebas confirmen quién es.

—¿Maeve? —digo mirando el lector.

Elise se gira bruscamente.

—Nada de nombres.

Correcto.

El audio cambia.

Un sonido mecánico, seguido de agua vertiendo en un espacio más amplio.

La respiración de la mujer se acelera.

Vuelve la voz masculina.

—Muévela antes de la sincronización.

Otra persona pregunta:

—¿Marea alta?

—Todavía no. Saye quiere que la pareja avance.

La pareja.

Nosotros.

Nuestra investigación no se desarrolla a pesar del plan de Lenora.

Forma parte de él.

La señal se distorsiona.

Elise intenta estabilizar la línea.

—¿Puedes amplificarla? —pregunto.

—No sin aumentar el riesgo de detección.

—Ya saben que estamos buscando.

—Saber y localizar la herramienta son cosas distintas.

Tiene razón.

Me molesta que eso se esté volviendo tan importante a nivel operativo.

Una voz nueva entra en la grabación.

Tobin.

Reconozco la disculpa implícita en su tono.

—Su banda no debería seguir activa.

El primer hombre responde:

—No está transmitiendo arriba.

—Entonces, ¿qué es eso?

Silencio.

Han detectado la señal del relé.

Elise tira del cable.

Se engancha.

Tira más fuerte con ambas manos.

El extremo lastrado golpea metal abajo y luego empieza a subir.

El audio se convierte en una serie de impactos.

Una mano se cierra sobre el relé desde abajo.

Alguien susurra tan cerca que sobrecarga el micrófono.

—Siete minutos.

Luego lo suelta.

Elise recupera el relé.

La cinta plateada está húmeda de condensación.

Una mancha de óxido marca una esquina.

Sin sangre.

El lector sin conexión retiene ocho segundos de audio en búfer tras la desconexión.

Bomba.

Respiración.

Una puerta que se cierra.

Luego la línea se corta.

CAPÍTULO 7

ELISE

Merrick duerme en el suelo como si la incomodidad demostrara que es de fiar.

No lo demuestra.

Pero es difícil ignorarlo.

Me despierto a las 6:14 con una mano bajo la almohada y la otra aferrada al abrecartas de cerámica que cogí del mostrador de recepción. La habitación sigue en penumbra, el océano tras la ventana reducido a una franja gris en movimiento. La lluvia azota el cristal en diagonal.

Merrick está tumbado entre la cama y la puerta de la suite.

No la bloquea.

Se ha colocado a un metro de distancia, dejando el paso libre desde mi lado del colchón hasta el pomo.

Ha doblado el abrigo bajo la cabeza. Un brazo descansa sobre el estómago. El otro reposa a su lado, la mano derecha dañada abierta contra la alfombra.

Nada en esa posición resulta cómodo.

Todo es deliberado.

Me incorporo sin despertarlo.

La almohada del otro lado de la cama está intacta. Recuerdo haber dejado la mitad del colchón libre después de recuperar el transmisor de Imani del conducto de ventilación.

No lo invité a usarla.

Tampoco le dije que durmiera en el suelo.

La distinción me resulta irritantemente importante.

Abre los ojos antes de que baje los pies.

Sin confusión. Sin sobresalto. Pasa del sueño al estado de alerta tan rápido que debe pasarle factura después.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Las seis y catorce.

Mira el reloj.

Marca las 6:15.

—Estás perdiendo facultades.

—El reloj cambió mientras hablabas.

—Qué conveniente.

Se incorpora. El movimiento le tensa la camisa sobre los hombros, que se afloja cuando se sienta. Durmió vestido, salvo los zapatos. La tela oscura está arrugada por un lado, el pelo negro aplastado sobre la sien izquierda.

Lo hace parecer menos artificial.

No inofensivo.

Humano, por desgracia.

—¿El transmisor? —pregunta.

—Funcionando. Once por ciento de pérdida de batería.

—¿Alguna conexión externa?

—No. Encontró la red interna, no a Imani.

—¿Y la Habitación Cuarenta y Dos?

—Ninguna señal nueva.

Su expresión sigue controlada, pero la mirada se le va hacia el suelo, como si pudiera hacer visible la habitación que hay debajo de nosotros.

Me levanto.

El altavoz de la suite se activa antes de que ninguno de los dos llegue al baño.

—Buenos días, Sr. y Sra. Rook. El desayuno comienza a las siete. El trabajo de hoy se centra en la confianza, la entrega y la dependencia guiada.

Merrick me mira.

—Tus temas favoritos —digo.

—Prefiero el desayuno.

La cámara del armario se reajusta.

Levanto una mano hacia ella. —Nos estamos regulando de maravilla.

El altavoz no responde.

A las 6:48, llevo pantalones negros, un jersey gris pizarra y botas impermeables bajas. Dejo la chaqueta porque el edificio está recalentado y porque el transmisor queda más seguro en el dobladillo cosido del jersey.

Merrick se pone una camisa color carbón y pantalones oscuros. Lleva las mangas bajadas, los puños abrochados. La ropa lo hace parecer más la versión de sí mismo que sale en las revistas junto a titulares sobre gestión de crisis, y menos el hombre que durmió en una alfombra para dejar libre una salida que no pensaba usar.

Me pilla mirándolo.

—¿Qué?

—Tu esposa está evaluando si cumples el código de vestimenta.

—¿Y lo cumplo?

—Pareces caro y emocionalmente inaccesible.

—Parece apropiado.

Me doy la vuelta antes de que vea la respuesta en mi cara.

En el desayuno, el asiento de Claire está vacío.

Graham se sienta solo, untando mantequilla en una tostada con precisión agresiva. El moretón de la muñeca de Claire brilla por su ausencia, igual que el resto de ella.

Lenora ocupa la cabecera de la mesa, vestida de azul pálido. No menciona a la huésped ausente hasta que se ha servido el café.

—Claire está descansando —dice.

Graham levanta la vista de la tostada. —Tuvo otro episodio.

La palabra «otro» está pensada para restar credibilidad a cualquier cosa que Claire pueda decir después.

—¿Qué tipo de episodio? —pregunto.

Su atención se posa en mí y se demora lo suficiente para dejar claro que considera la pregunta una ofensa porque viene de una mujer.

—Privado.

Lenora junta las manos junto a su plato. —El ejercicio de hoy puede ser especialmente útil para parejas que tienen problemas con

las intromisiones.

Merrick coge el café.

Lo prueba y pone cara de profunda traición.

Le quito la taza, añado leche y se la devuelvo.

El gesto es automático.

La mirada que me lanza no lo es.

—¿Qué? —pregunto.

—Has alterado mi café.

—Ibas a bebértelo solo por principio.

—Lo bebo solo.

—Este no.

Se le tuerce la boca.

Al otro lado de la mesa, Lenora observa.

Me doy cuenta demasiado tarde de que el intercambio parece íntimo.

No intimidad teatral. La pequeña, la imprevista.

Aparto la mano de la taza.

Lenora sonríe.

—El conocimiento doméstico suele sobrevivir donde el lenguaje emocional fracasa.

—Es café quemado —digo—. No un acto de amor.

Tobin entra por la puerta de servicio con una caja de madera llena de bandas de tela oscura. Tiene el pelo húmedo, como si hubiera cruzado el patio sin paraguas. Un rasguño reciente le cruza un nudillo.

No mira a Merrick.

Coloca una venda junto a cada pareja.

Lenora espera a que todos terminen de comer.

—La confianza no es un sentimiento —dice—. Es una conducta que se ejerce cuando no hay certezas.

Por una vez, estoy de acuerdo con ella.

Eso vuelve la frase más peligrosa.

—Uno de los dos renunciará a la vista. El otro lo guiará por los jardines del oeste y lo traerá de vuelta al vestíbulo central. Quien guía no puede tocar salvo que se lo pidan.

Graham ríe por lo bajo.

—Claire odia este ejercicio.

Lenora se vuelve hacia él.

—Entonces quizá debería preguntarse por qué.

No dice nada.

El personal trae a Claire a la sala.

Lleva el pelo rubio recogido. El mismo jersey crema de anoche, pero la pulsera de oro ya no está. El moretón tampoco se ve, oculto bajo un vendaje ancho.

Su rostro parece sereno hasta que ve a Graham.

Entonces un hombro se le sube hacia la oreja.

Se sienta a su lado sin mirar a nadie.

Lenora asigna los roles.

Cuando llega a nosotros, dice:

—Merrick renunciará a la vista.

—No —digo.

La sala se queda en silencio.

Lenora me observa con interés profesional.

—¿Por qué?

—Porque usted espera que él se resista a la dependencia.

—Y lo hace.

—Eso lo convierte en su experimento, no en el nuestro.

Merrick me mira.

Continúo antes de que pueda interferir.

—Me la pondré yo.

La mirada de Lenora se agudiza.

—¿Confías en que él te guíe?

—No.

Algunos invitados se remueven.

Cojo la venda.

—Pero confío en mí misma para darme cuenta de cuándo deje de seguir las instrucciones.

Merrick se levanta.

—¿Qué instrucciones?

Me pongo de pie a su lado.

—Me avisas antes de que cambie la superficie. Me avisas antes de escaleras, pasajes estrechos u obstáculos por encima de la

cintura. No me empujas por los hombros.

—¿Y si estás a punto de caer?

—Di mi nombre.

—¿Y si eso falla?

—Atrápame sin bloquearme los brazos.

Me sostiene la mirada.

—De acuerdo.

Me pongo la venda.

La oscuridad pesa distinto cuando se elige.

Eso no la vuelve cómoda.

La tela huele levemente a detergente y lavanda. Debajo, la banda de mi anillo pulsa una vez cuando el sistema registra el ejercicio.

La voz de Merrick llega desde un poco a mi izquierda.

—Dos pasos adelante. Suelo plano.

Avanzo.

El comedor se transforma en sonido. Las sillas chirrían. Alguien susurra. Graham le dice a Claire que deje de ponerse difícil antes de que Lenora le recuerde que guiar no es dar órdenes.

Merrick dice:

—Umbral en un paso.

Mi bota topa con metal elevado.

—Exterior. Camino de piedra. Mojado.

El aire frío me golpea la cara.

La lluvia ha parado, pero las gotas siguen cayendo de los árboles. El jardín huele a cedro, tierra y sal. La grava cruje en algún lugar a mi derecha.

Merrick dice:

—Gira diez grados a la izquierda.

—¿Diez?

—Aproximadamente.

—¿Negocias secuestros con aproximadamente?

—Uso calzado diferente.

Una risa me escapa antes de decidir si la permito.

La oye.

Su siguiente instrucción llega más queda.

—Tres pasos. El camino se estrecha.

Trazo la ruta con las suelas de mis botas.

Piedra durante veintidós pasos.

Un puente de madera, seis pasos de largo.

Piedra otra vez, en suave descenso.

Viento desde la izquierda.

Pared del edificio cerca a la derecha, a juzgar por el eco de nuestros pasos.

Merrick sigue mi ritmo en lugar de marcarlo.

En el primer giro, otra pareja nos adelanta. La mujer respira demasiado rápido. Su compañero no para de decir «te tengo» en un tono que sugiere posesión más que apoyo.

El anillo se me calienta en el dedo.

Respuesta de estrés.

Datos extraídos de un cuerpo que nunca aceptó convertirse en prueba.

Merrick dice:

—Detente.

Me detengo.

—¿Por qué?

—Rama baja.

—¿A qué altura?

—A la de tu frente.

Alzo la mano y encuentro agujas húmedas unos siete centímetros por encima de mi pelo.

Podría haberme cogido del codo.

No lo hizo.

Continuamos.

El sendero de piedra cambia bajo mis pies. Más liso. Un grado más cálido a través de las botas.

Superficie interior.

Sin umbral.

—Hemos entrado en un pasaje cubierto —digo.

—Sí.

—No mencionaste ninguna puerta.

—No había.

El aire me roza la mejilla izquierda.

Una abertura estrecha o una rejilla de ventilación.

Un olor atraviesa el cedro.

Agua salada.

No de lluvia. Sal concentrada, atrapada.

Desinfectante debajo.

Metal calentado por la corriente.

Me detengo.

Merrick también.

—¿Qué? —pregunta.

—Hay una puerta cerca.

—No veo ninguna.

—Un panel, entonces.

Giro la cabeza lentamente.

El aire me llega ahora desde la derecha, intermitente y frío.

La bomba bajo nuestra suite.

O una igual.

Levanto una mano.

—¿Puedo tocar la pared?

—Sí. A sesenta centímetros a tu derecha.

Me muevo hasta que mis dedos encuentran cedro, luego sigo la veta.

Una junta vertical.

Demasiado estrecha para una puerta normal, pero recta desde la altura del hombro hasta el suelo.

Mi anillo vibra una vez.

No es el patrón 3-2-3.

Una alerta de proximidad.

—Hay un punto de acceso aquí —digo.

Merrick se acerca. Oigo el roce de la tela, pero no siento contacto.

—¿Panel de acceso? —pregunta.

—Búscalo.

Oigo sus zapatos moverse.

Una mujer choca con mi hombro izquierdo.

Claire.

La reconozco por el perfume que llevaba en la cena, algo floral enterrado bajo jabón medicinal.

Su mano se cierra sobre la mía.

No busca equilibrio.

Me está entregando algo.

Noto papel contra la palma.

—Sigue caminando —dice con un tono demasiado alegre.

Graham llama desde varios metros.

—¿Claire?

Me suelta.

—Aquí estoy.

Su voz se quiebra en la última palabra.

—Elise, cinco pasos adelante —dice Merrick.

Ha oído lo suficiente para entender.

Cierro los dedos sobre el papel y continúo.

El camino vuelve al aire libre, luego asciende. Cuento giros y superficies hasta que llegamos al vestíbulo central.

—Umbral —dice Merrick—. Después llano.

Entro.

—¿Puedo quitármela?

—Sí.

La luz vuelve de golpe.

Merrick está a menos de treinta centímetros, una mano abierta cerca de mi cintura pero sin tocarme. La lluvia ha oscurecido los hombros de su camisa. Una gota reposa sobre la vieja fractura de su nariz antes de deslizarse hacia su boca.

Soy la primera en apartar la mirada.

Las parejas se congregan en el vestíbulo mientras el personal recoge las vendas.

Claire y Graham no están.

Abro la mano entre nuestros cuerpos.

La nota está escrita en la esquina de una servilleta de papel.

NO TE OFREZCAS VOLUNTARIA PARA EL RECOMPROMISO.

Merrick la lee.

—¿Dijo algo más?

—No.

—¿Adónde fue?

Un empleado cierra las puertas del jardín oeste.

A través del cristal, veo a dos personas con uniformes gris carbón guiando a Claire por el patio. Graham las sigue a tres metros, hablando con Lenora.

Claire se vuelve una vez.

No hacia él.

Hacia nosotros.

Después el personal se la lleva de nuestra vista.

En el almuerzo, Graham ocupa otra mesa.

Han retirado la silla de Claire.

Su vaso de agua, su tarjeta con el nombre y su servilleta doblada han desaparecido.

—¿Dónde está su esposa? —le pregunta Merrick.

Graham sigue cortando la carne.

—Decidió marcharse.

—No se ha movido ningún barco —digo.

El cuchillo se detiene.

—Helicóptero —responde.

—La plataforma es visible desde el jardín oeste.

Se le enrojece el rostro.

—Esto no es asunto suyo.

Lenora se acerca antes de que suba el tono.

—Claire necesitaba otro tipo de cuidados.

—¿Fuera de la isla? —pregunto.

—Su partida es confidencial.

Miro hacia el muelle a través de la pared de cristal.

La lancha no ha regresado.

Las dos embarcaciones más pequeñas siguen amarradas.

El helipuerto está vacío.

Merrick apoya las yemas de los dedos sobre la mesa, cerca de las mías.

Sin tocarme.

Preparado.

La mirada de Lenora oscila entre nosotros.

—A veces —dice—, marcharse físicamente es otra forma de seguir atrapado.

Me levanto.

—Entonces, ¿dónde está Claire?

—A salvo.

La palabra sale sin vacilación.

Así es como la gente aprende a temerla.

Más tarde, en el pasillo frente a nuestra suite, me detengo ante el directorio digital de huéspedes.

Cada pareja figura por habitación y programa de tratamiento.

GRAHAM Y CLAIRE VALE - PROGRAMA DE RECUPERACIÓN

El nombre de Claire sigue activo.

Junto a él, el campo de estado ha cambiado.

EN TRATAMIENTO.

CAPÍTULO 8

MERRICK

Tobin miente cuando tiene miedo y dice la verdad cuando cree que sonará insignificante.

Descubro el patrón a la 1:18 p. m. junto a un carro de toallas dobladas.

Está reponiendo ropa blanca en el pasillo este aunque la placa de instalaciones prendida de su camisa no incluye limpieza. Sus movimientos son demasiado rápidos para ser rutinarios. Esquinas desalineadas. Toallas apiladas por tamaño, pero no por color.

Intenta parecer ocupado.

Me detengo al otro lado del carro.

—¿Dónde está Claire?

—No me encargo de las asignaciones clínicas.

Verdad.

—¿Quién lo hace?

—La Dra. Saye.

También verdad.

—¿Dónde tiene lugar el Recompromiso?

Sus dedos se tensan alrededor de una toalla.

—Nunca he asistido.

Verdad de nuevo, e irrelevante.

—Modificaste mi anillo.

La toalla se desliza media pulgada.

—No.

Mentira.

La coloca en la pila, corrige el borde, lo corrige de nuevo.

Elise permanece en el salón central con Lenora y los demás huéspedes, participando en un ejercicio escrito llamado Responsabilidad Relacional. El título solo ya debería considerarse una técnica coercitiva.

Acordamos que tendría dieciocho minutos.

No diecinueve.

Si no regreso, ella no me buscará de inmediato. Creará un desacuerdo visible, pedirá privacidad y usará el movimiento resultante para trazar otra ruta.

El plan fue suyo.

Seguirlo requiere más esfuerzo que diseñar el mío propio.

—Las cámaras tienen puntos ciegos —dice Tobin sin mirarme.

—Las pulseras no.

Levanta la cabeza.

Espero.

—Dijiste eso anoche.

—Entonces ya lo sabes.

—Sé que quieres que crea que el movimiento se rastrea de forma continua.

—Así es.

—¿Resolución de ubicación?

Su mirada se desplaza hacia una cámara domo oscura al final del pasillo.

—Mejor en las zonas de huéspedes.

—¿Peor en las áreas de servicio?

No dice nada.

Me acerco un paso al carro de toallas.

Mi anillo vibra.

Proximidad a una puerta restringida.

Tobin lo nota.

—No lo hagas.

—¿Qué hay detrás del panel que encontró Elise?

—No sé de qué panel hablas.

—El pasaje del jardín oeste. Exposición a sal. Ventilación separada.

Su rostro permanece inexpresivo, pero su mano izquierda busca la vieja herramienta Rook en su cinturón.

No para usarla.

Para asegurarse de que sigue ahí.

—Tu empresa construyó este lugar —dice.

La acusación es tan queda que suena a simple información.

—Mi empresa diseñó sistemas de emergencia limitados.

—Tú lo aprobaste.

—Una configuración diferente.

—Eso es lo que todos dicen cuando la configuración funciona.

La frase no suena a doctrina de Lenora.

Suena a experiencia propia.

—¿Qué te hizo? —pregunto.

La mano de Tobin abandona la herramienta.

—Nada.

Mentira.

—¿Qué hizo Lenora?

Sus ojos se encuentran con los míos.

Marrones, inyectados en sangre, más viejos que el resto de su rostro.

—No a mí.

El ascensor de servicio suena detrás de él.

Aparta el carro a un lado.

Dos empleados salen con contenedores sellados marcados para residuos médicos. Ninguno nos mira.

Una mancha oscura marca la base de uno de los contenedores.

No es sangre. Óxido, posiblemente. Mezclado con agua salada.

Cuando el ascensor se cierra, digo:

—Claire sigue en el edificio.

—No conozco a Claire.

—¿Maeve?

Su expresión lo delata antes de que pueda hacerlo su voz.

—Ya te lo dije. No conozco a nadie llamada Maeve.

Mentira.

—¿Te pidió ella que modificaras el anillo?

—No.

Otra mentira, pero el miedo que la acompaña es diferente.

Protección, no autopreservación.

—Crees que empeoraré las cosas si me lo cuentas.

—Tú haces que las cosas se muevan.

—¿Qué significa eso?

—Algunas cosas sobreviven porque nadie las arrastra a la luz.

—Y algunas mueren ahí.

Su mirada baja hacia mi mano derecha.

Los dedos destrozados.

—Tu hermana dijo que dirías algo así.

Se da la vuelta.

Detengo el carro antes de que pueda empujarlo.

No su muñeca.

No su hombro.

El marco metálico.

—Hablaste con ella.

Tobin mira mi mano sobre el carro.

Luego a mí.

—Hizo preguntas —dice.

—¿Cuándo?

—No.

—Ya confirmaste que estuvo aquí.

—Confirmé que hablaba demasiado.

—¿Está viva?

Sus labios se separan.

Se oyen pasos acercándose desde el fondo del pasillo.

Tobin retira mi mano del carro empujando el metal, sin tocarme.

—El acceso de servicio se reinicia a la una y media —dice—. Para la sincronización de mantenimiento.

—¿Qué se reinicia?

—Todo.

Empuja el carro y pasa de largo.

El reloj de pared marca la 1:24.

Tengo seis minutos.

El panel restringido junto al ascensor no acepta accesos de huésped. Mi anillo parpadea en ámbar cuando me acerco.

El viejo reloj Rook en mi muñeca contiene una semilla de autenticación física. Fue diseñado para anular sistemas en emergencias si una instalación perdía acceso a la red.

Usarlo generará un registro.

No usarlo deja a Maeve en la Habitación Cuarenta y Dos.

Sostengo el reloj contra el panel.

Durante dos segundos, no sucede nada.

Luego el panel muestra una pantalla negra y una línea de texto blanco.

AUTENTICACIÓN LEGACY SENTINEL DETECTADA

Aparece una segunda línea.

CLAVE EJECUTIVA: M. ROOK

La puerta se desbloquea.

Sin alarma.

Eso me preocupa más.

Entro y la cierro detrás de mí.

El pasillo de servicio es más estrecho que el de huéspedes: hormigón sin acabar a un lado y paneles aislantes al otro. Las tuberías discurren por el techo. El aire huele a ozono, detergente y piedra húmeda.

Mi anillo muestra una advertencia de ubicación, luego se queda en blanco.

Tobin dijo la verdad.

El rastreo se degrada aquí.

Sigo el pasillo hasta un terminal de seguridad integrado en la pared.

La interfaz me resulta familiar antes de terminar de cargar.

Rook Sentinel.

El prototipo original fue creado para residencias de embajadas e instalaciones corporativas seguras. Combinaba control de acceso, señales de socorro y localización de emergencia. Sin interpretación conductual. Sin puntuación matrimonial. Sin grabación en habitaciones privadas.

La versión en este terminal ha sido reconstruida sobre la misma base.

SENTINEL VOW - SISTEMA DE RECUPERACIÓN CONDUCTUAL

Me desplazo por los perfiles activos.

Líneas base de estrés.

Patrones de sueño.

Frecuencia de interrupción del habla.

Cumplimiento de proximidad.

El sistema no graba intimidad.

Graba resistencia.

El perfil de Claire aparece bajo una categoría restringida.

VALE, CLAIRE - RETENCIÓN DE RECOMPROMISO

Estado: Sedada.

Ubicación retenida.

Campo de consentimiento: Autorización conyugal.

Lo leo dos veces.

Graham autorizó el confinamiento médico en su nombre.

Ninguna revisión legal competente permitiría esto.

Ningún médico ético lo aceptaría.

El temporizador en la esquina cambia a 1:28.

Busco a Maeve.

Sin resultado.

Pruebo la identidad falsa que Elise pudo haber creado. No conozco el nombre, un problema que yo mismo creé al amenazarla antes de hacer las preguntas correctas.

Busco Habitación Cuarenta y Dos.

El sistema devuelve una categoría en lugar de una habitación.

GRADUADA 42

Archivos restringidos.

Uso la clave ejecutiva.

La carpeta se abre.

Una fotografía.

Maeve aparece de pie ante una pared blanca, con ropa gris que nunca le he visto. Le han cortado el pelo rojo de forma irregular a la altura de los hombros. Un moretón ensombrece el lado izquierdo de su rostro. Sus ojos miran directamente a la cámara.

Viva cuando se tomó la imagen.

La marca de tiempo es de ayer a las 3:11 a.m.

Mi cuerpo responde antes que el pensamiento. Un movimiento hacia delante. Una mano contra la pared. El aire que escapa demasiado rápido.

Maeve está viva.

O lo estaba hace treinta y cuatro horas.

El archivo no incluye nombre de nacimiento.

GRADUADA 42

ENTRADA: VOLUNTARIA

ESTADO: ARCHIVO PENDIENTE

VENTANA DE TRANSFERENCIA: PRÓXIMA MAREA ALTA

Abro el horario de mareas.

Dentro de cinco días, 4:42 a.m.

La misma hora impresa en el programa de la última mañana que entregan a cada pareja: horas antes de nuestra salida programada.

Archivo podría significar retención de datos.

Transferencia sugiere una persona.

Busco graduadas anteriores.

Cuarenta y una entradas.

Algunas muestran fechas de regreso.

Algunos muestran cuentas cerradas.

Siete no indican destino.

Tres corresponden a personas cuyas muertes recuerdo de casos mediáticos.

Accidente náutico.

Sobredosis.

Caída desde el balcón de un hotel.

El reloj del terminal marca las 1:29.

Aparece una advertencia.

SINCRONIZACIÓN DE MANTENIMIENTO EN 00:45

Fotografío la pantalla con la función offline de mi reloj.

El sistema lo detecta.

CAPTURA NO AUTORIZADA DETECTADA

Las luces del pasillo cambian de blanco a rojo.

Cierro el archivo y desconecto la clave ejecutiva.

La puerta detrás de mí se traba.

Un altavoz se activa sobre mi cabeza.

—Sr. Rook —dice Lenora—. Siempre ha preferido entrar en los sistemas por sus puntos débiles.

Miro la cámara de seguridad sobre el terminal.

—Dejó activa la clave heredada.

—Sí.

—Quería que encontrara esto.

—Quería saber qué pregunta haría primero.

—¿Qué pasa en la marea alta?

Una pausa.

—Graduación.

—¿Qué significa eso?

—Vio los registros.

—Vi etiquetas.

—Las etiquetas son útiles cuando la verdad haría difícil actuar.

—Así justifican el daño las instituciones.

—Y así lo previenen los negociadores de crisis.

El reloj de pared marca las 1:30.

El terminal se reinicia.

Todos los archivos desaparecen.

La puerta de servicio se desbloquea.

Regreso al pasillo de huéspedes justo cuando Elise dobla la esquina con paso controlado.

No corre.

Su rostro está compuesto.

Sin embargo, su anillo parpadea en rojo.

—Llegas doce segundos tarde —dice.

—Maeve estaba viva ayer.

La frase la detiene en seco.

No pregunta si estoy seguro.

Lee la certeza en mi rostro.

—¿Dónde?

—Registrada como Graduada Cuarenta y Dos. Archivo pendiente en la próxima marea alta.

—¿Qué significa Archivo?

—No lo sé.

—¿Dónde está Claire?

—Retención de Recompromiso. Sedada. Autorización conyugal.

La mano con cicatrices se cierra a su lado.

—¿Cuántos más?

—Cuarenta y un archivos de graduados. Siete sin destino. Tres posiblemente relacionados con muertes.

Mira más allá de mí, hacia la puerta de servicio.

—¿Los descargaste?

—No.

—¿Por qué?

—El sistema detectó la captura. Lenora lo reinició.

—Usaste tu reloj.

—Sí.

—Ella permitió el acceso.

—Sí.

Esa es la parte que importa.

Cada descubrimiento útil ha sido preparado de antemano.

Elise vuelve a mirarme a los ojos.

—¿Qué no me estás diciendo?

Pienso en la arquitectura completa de Sentinel visible en el terminal.

El logotipo.

La autenticación ejecutiva con mi nombre.

El hecho de que reconocí la estructura lo bastante bien para navegar por ella sin instrucciones.

—El sistema de mi empresa está debajo del suyo —digo.

—¿Cuánto?

—Aún no lo sé.

Es técnicamente cierto.

Su expresión me dice que la verdad técnica está perdiendo todo su valor.

Desde el salón detrás de ella, Lenora nos llama por nuestros nombres.

Elise permanece donde está.

—¿Cuándo es la marea alta?

—En cinco días. A las cuatro cuarenta y dos de la mañana.

Su anillo parpadea en ámbar, luego en rojo.

El edificio nos ha localizado de nuevo.

Se acerca un paso, transformando nuestra confrontación en lo que parece un intercambio íntimo entre esposos.

Para la cámara, puede parecer íntimo.

Su voz no lo es.

—Tienes cinco días para dejar de responder a mis preguntas con la mínima porción de verdad que crees que me satisfará.

Luego apoya la mano en mi pecho y sonríe hacia el empleado que se acerca.

CAPÍTULO 9

ELISE

El jardín me dice adónde fue Maeve porque alguien cometió el error de creer que el lenguaje decorativo es invisible.

A las tres de la tarde, la lluvia se ha convertido en niebla. Vow House nos libera para lo que Lenora llama reflexión de pareja no estructurada, lo que significa que los huéspedes pueden moverse por las zonas exteriores autorizadas mientras sus anillos registran la distancia entre ellos.

Merrick y yo salimos del salón principal uno al lado del otro.

Sin hablar.

Nuestra discusión en el pasillo fue tan real que el silencio no requiere actuación.

El jardín oeste contiene doce placas de metal junto a senderos, bancos y vistas del océano cuidadosamente elegidas. Cada una lleva una frase terapéutica.

AFRONTA LO QUE TE ASUSTA.

QUÉDATE DONDE LA VERDAD PUEDA HALLARTE.

CRECE A TRAVÉS DE LA HERIDA.

El lenguaje es tan vago que sobrevive en tazas, calendarios y las paredes de instituciones que cobran por semana.

Maeve odiaba el lenguaje vago.

Una vez dio por terminada una entrevista porque un político usó la frase «viaje de sanación» cuatro veces sin identificar quién había sido herido.

Me detengo junto a la tercera placa.

Alguien rayó una línea corta debajo de la letra Á en AFRONTA.

No es desgaste natural. Demasiado recta.

La siguiente placa tiene una marca debajo de la R.

Luego una tercera debajo de la B.

Á.

R.

B.

Recorro con la mirada el sendero que tengo delante.

Una placa cerca del invernadero dice LA REPARACIÓN COMIENZA CON EL RETORNO.

Un rasguño debajo de la O y otro debajo de la L.

ÁRBOL.

Merrick se detiene a mi lado.

—¿Qué?

Sigo caminando.

—No mires las placas como si importaran.

—¿Importan?

—Ahora me miras a mí como si importaran.

—¿Qué debería mirar?

—El océano. Intenta parecer emocionalmente abrumado.

—Estoy emocionalmente abrumado.

—Más fotogénico.

Se vuelve hacia el acantilado.

La niebla se enreda en las canas de sus sienes. Lleva el cuello de la camisa abierto, sin corbata, las mangas dobladas una vez a pesar del frío. La vieja lesión en la mano se hace más visible sin un puño que la oculte.

Parece un hombre de pie en medio de las consecuencias de su propia arquitectura.

Quizá por eso la imagen funciona.

Sigo las letras marcadas.

ÁRBOL.

NORTE.

CRISTAL.

El invernadero se alza en el extremo norte del jardín autorizado, con el techo perlado de lluvia. Las enredaderas cubren la mitad del exterior. Sobre la entrada hay una cámara del personal.

—Maeve dejó indicaciones —digo.

—¿Al invernadero?

—O alguien que usa sus métodos lo hizo.

—Tus métodos.

Lo miro.

No finge que la distinción sea inofensiva.

—Sí.

La última vez que seguí un mensaje sin avisar a nadie, la dirección de Natalie cambió antes de que llegara la policía. El recuerdo no pertenece aquí, pero mi cuerpo almacena la geografía junto con el dolor. Una cocina. Una nevera blanca. Una puerta trasera que se abría hacia dentro y se atascaba contra una silla caída.

No todas las salidas se abren hacia fuera.

Saco el pequeño lápiz que nos dieron en el retiro y escribo en el reverso de una hoja de ejercicios del jardín.

Invernadero. Marcas debajo de letras. Voy a entrar. Tú vigila el pasillo. Siete minutos.

Se lo entrego a Merrick.

Sus ojos recorren la frase.

—Me avisas antes de ir.

—No te pongas sentimental.

—No me estaba poniendo.

—Estabas a punto.

—Iba a preguntar por qué siete minutos.

—Porque cinco es muy poco y diez significa que vendrás a buscarme.

—Eso sigue siendo posible.

—Ocho minutos, entonces.

—Siete.

Entro antes de que la conversación se convierta en prueba de compromiso.

El invernadero es más cálido que el jardín. La condensación difumina las paredes de cristal. Los bancales elevados contienen hierbas medicinales, verduras de invierno y flores elegidas por su capacidad de sobrevivir en condiciones adversas sin perder su aspecto delicado.

La cámara sobre la puerta gira cuando me muevo hacia la izquierda.

Una segunda cámara cubre el pasillo central.

La pared del fondo no tiene ninguna.

Paso junto a hileras de romero y eléboro, fingiendo leer las etiquetas. Al fondo, un armario de cedro descansa bajo un banco de trabajo.

El armario tiene cierre electrónico.

Junto a él crece un limonero en maceta que no debería prosperar tan cerca del aire salado.

ÁRBOL.

NORTE.

CRISTAL.

Muevo la maceta.

Detrás, han sustituido un panel de cristal por acrílico. La esquina inferior cede bajo la presión.

Deslizo el abrecartas de cerámica en la juntura y levanto.

El panel se abre hacia dentro.

Detrás de la pared del invernadero hay un estrecho espacio de servicio, de menos de un metro de profundidad. En los estantes hay tuberías, controles de riego y una bolsa de lona.

La bolsa pertenece a Exit Line.

Gris con una tira azul cosida en el interior del asa.

Diseñé ese marcador para que los clientes pudieran identificar los kits de emergencia sin etiquetas.

Mis dedos se tensan alrededor de la tela.

Dentro hay dos pares de calcetines de lana, pomada antibiótica, comida envasada, pastillas potabilizadoras, cinta americana plateada, una tarjeta de transporte prepagada y una grabadora digital.

Los calcetines están húmedos.

Alguien ha usado este kit recientemente.

Saco la grabadora.

Un archivo.

Veintitrés segundos de duración.

Una mujer habla en susurros.

—Pensé que los espejos eran para observación. Hay habitaciones detrás. Gente que se sienta a observar las sesiones. Lenora dijo que podría marcharme para siempre si la ayudaba a demostrar que él me mataría.

Una respiración.

Luego otra.

No con el mismo ritmo.

La mujer que habla respira deprisa, por la boca.

El segundo sonido es más lento y está más cerca del micrófono.

Hay alguien más en la habitación con ella.

La mujer continúa.

—Dijo que un accidente nos liberaría a las dos.

La grabación termina.

La reproduzco otra vez.

La segunda respiración no cambia.

Una observadora.

O quien está grabando.

Maeve, quizás.

Algo metálico se mueve fuera del invernadero.

Miro la hora.

Cinco minutos.

Demasiado pronto para que sea Merrick.

Voces de hombres entran por la puerta principal.

—Vi movimiento en la parte de atrás.

—La Dra. Saye dijo que llegarían hasta aquí.

La frase elimina cualquier ilusión de que el compartimento permaneciera oculto para Lenora.

Vuelvo a guardar los artículos de emergencia excepto la grabadora y dos tiras de cinta plateada.

La cámara cerca del pasillo central gira hacia la pared del fondo.

No puedo salir por la puerta principal sin pasar junto a los guardias.

El panel de acrílico da a una cavidad de servicio que se extiende por detrás del invernadero. Me cuelo dentro y bajo el panel.

Las tuberías me oprimen los hombros. El aire huele a tierra y agua estancada.

Oigo pasos en el invernadero.

Una mano abre el armario de cedro.

Otra mueve el limonero.

—Se han llevado la grabadora —dice uno de ellos.

—Deja el resto.

—¿Los detenemos?

—No. Ella quiere saber qué hacen con ella.

El panel de acrílico se mueve.

Retrocedo por la cavidad de servicio.

Tres metros.

Cuatro metros y medio.

El espacio se estrecha junto a una unidad de calefacción. El jersey se me engancha en un tornillo. Tiro de él y la tela se rasga cerca del dobladillo.

El relé cosido en el interior sigue en su sitio.

Más adelante, una luz pálida entra por una abertura vertical.

Empujo.

Una pequeña puerta de servicio da a un almacén lleno de sacos de tierra y macetas vacías.

Merrick está dentro.

Tiene una mano en alto, como preparado para detener la puerta antes de que le golpeara.

Su otra mano descansa cerca de mi cintura, pero no me toca.

—¿Cómo? —pregunto.

—El invernadero comparte un muro de servicio con esta habitación.

—Encontraste la salida.

—Seguí a dos guardias que intentaban que no los siguieran.

Se oyen pasos en el pasillo exterior.

Cierra la puerta de servicio y me guía hacia un armario de suministros estrecho.

Su mano se detiene cerca de mi espalda.

Asiento.

Me toca a través del jersey rasgado, con firmeza pero sin brusquedad, y entramos.

El armario está diseñado para una sola persona.

No somos una sola persona.

La puerta se cierra.

La oscuridad absorbe los estantes, las fregonas y los cubos a nuestro alrededor. Merrick está detrás de mí porque no había espacio para darse la vuelta. Su pecho no me toca la espalda, pero su calor sí.

Una mano se apoya por encima de mi hombro.

La otra permanece a su costado.

Ajusta la postura para evitar que los dedos dañados presionen contra la estantería.

Los guardias entran en el almacén.

—Comprueba la puerta exterior.

—Tiene alarma.

—El compartimento también.

Sus voces se acercan.

Aprieto la grabadora contra el estómago.

La respiración de Merrick cambia cuando los hombres se detienen frente al armario.

No más rápida.

Más silenciosa.

Su cuerpo se prepara sin moverse.

El pomo de la puerta se mueve.

La mano de Merrick se posa en mi cadera.

Sin atrapar.

Advirtiendo.

El pomo gira hasta la mitad y se detiene.

Una radio suena fuera.

—Vuelvan al pasillo oeste. Vale está despierta.

Los guardias se van.

Ninguno de los dos se mueve de inmediato.

La mano en mi cadera permanece abierta. Su pulgar descansa sobre la costura del pantalón, inmóvil, sin fingir que el contacto significa menos de lo que significa.

Me vuelvo consciente de cada punto donde no nos tocamos.

Mi espalda y su pecho.

Mi muslo y el suyo.

El costado de mi cuello y el aliento que él desvía con cuidado.

Esto no es atracción.

Es adrenalina con buenos pómulos.

La explicación sería más convincente si no me hubiera fijado ya en su boca antes de que entrara nadie.

Extiendo la mano hacia la puerta.

Su mano me suelta de inmediato.

La pérdida de contacto parece una decisión tomada sin consultarme.

Abro el armario.

—Siete minutos —dice él.

—Técnicamente ocho.

—Estabas atrapada en una pared.

—Me retrasé.

Su mirada baja hasta el desgarro de mi jersey.

—Estás sangrando.

Bajo la vista.

Un arañazo superficial me cruza el costado, donde me enganchó el tornillo. Nada grave.

Merrick saca un pañuelo doblado del bolsillo.

Por supuesto que lleva uno.

—¿Puedo? —pregunta.

—No necesita tratamiento.

—Eso no es una respuesta.

Le quito el pañuelo y me lo presiono yo misma contra el arañazo.

Su expresión sugiere que esta no es la ayuda que tenía en mente.

—¿Qué encontraste? —pregunta.

Levanto la grabadora.

Antes de que pueda reproducirla, la puerta del invernadero vuelve a abrirse.

Nos ocultamos detrás de la pila de sacos de tierra.

Entra un guardia solo.

Va directo al panel de servicio, saca la bolsa de lona, comprueba el contenido y vuelve a colocarla.

Falta la grabadora.

Lo nota.

No busca.

En cambio, mira directamente a la cámara y dice:

—Se la han llevado.

Se activa un altavoz sobre su cabeza.

Responde la voz de Lenora.

—Bien.

El guardia se marcha.

Merrick mira la grabadora que tengo en la mano.

—Pretendía que encontráramos el testimonio —dice.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para cambiar lo que creemos que significa Archivo. O hacernos creer que lo descubrimos por nuestra cuenta.

Escucha la grabación una vez.

Cuando termina, rebobina los últimos cinco segundos.

—La segunda respiración —dice.

—Un observador detrás del espejo.

—Posiblemente.

—Tienes otra interpretación.

—La segunda persona podría estar manejando la grabadora.

—Maeve.

—Si fue ella quien recopiló los testimonios.

Miro a través del cristal del invernadero hacia Vow House.

El edificio refleja el jardín, los árboles y a dos personas demasiado juntas en un cuarto de almacenaje.

No revela nada de su interior.

—Lenora nos está dando pistas —digo.

—Cree que las pistas nos llevarán adonde quiere.

—Entonces dejamos de preguntarnos qué significan.
—¿Qué preguntamos entonces?
Me guardo la grabadora en la cinturilla, bajo el jersey desgarrado.
—¿Qué necesita que hagamos a continuación?

CAPÍTULO 10

MERRICK

Lenora llama al ejercicio nocturno Verificación de Intimidad.

La frase suena a algo redactado por un comité que jamás ha tenido intimidad con nadie.

A las ocho en punto, las parejas se reúnen en una sala circular bajo un techo de cristal ahumado. Sin mesa. Sin lugar donde desviar la mirada. Seis sillas dispuestas en parejas alrededor de una línea blanca pintada en el suelo.

Claire y Graham no asisten.

Su ausencia se ha convertido en otro objeto que todos notan y nadie nombra.

Elise se sienta frente a mí.

El desgarro de su jersey está reparado con una de las tiras plateadas del kit de emergencia. La cinta forma una línea estrecha a lo largo del costado, industrial y desafiante. Rechazó la ropa de repuesto que le ofreció el personal.

El cabello castaño rojizo se le curva bajo la mandíbula, todavía irregular por la niebla. Los ojos le parecen más verdes bajo la luz tenue, aunque la expresión sigue siendo gris.

Mantiene la misma postura que en el reflejo de la cámara del armario: compacta, contenida, un pie listo para moverse.

Lenora se sitúa en el centro del círculo.

—La mayoría de las parejas creen que la intimidad es información —dice—. Confiesan historias, preferencias, traiciones. Luego se preguntan por qué el conocimiento no produce cercanía.

Una pantalla detrás de ella muestra nuestras pulseras biométricas.

Frecuencia cardíaca.

Temperatura.

Proximidad.

Elise mira los datos y luego a mí.

Su pulso es siete latidos más rápido que el mío.

Se da cuenta de que me doy cuenta.

Sube dos más.

—El cuerpo distingue la actuación de la verdad —dice Lenora.

—No —responde Elise—. El cuerpo distingue estímulos. Usted proporciona la interpretación.

Varios invitados se vuelven hacia ella.

La expresión de Lenora sigue siendo paciente. —¿La interpretación le asusta?

—La interpretación deficiente sí.

—¿Y la suya es siempre mejor?

—No. La mía es libre.

Alguien se ríe, pero se calla cuando Lenora le dirige la mirada.

—Comenzaremos con los Rook —dice.

Por supuesto.

El anillo de Elise parpadea en ámbar.

El mío sigue en verde.

Lenora señala la línea blanca entre nuestras sillas.

—Acérquense.

Ninguno de los dos lo hace.

—Su perfil de tratamiento describe el distanciamiento físico como un riesgo matrimonial primario.

—Nuestro perfil es inexacto —dice Elise.

—Entonces demuéstrenlo.

La sala escucha.

Las cámaras visibles no se mueven, pero oigo el leve movimiento de los objetivos detrás del techo ahumado.

—¿Qué constituye una prueba? —pregunto.

Lenora sonríe.

—Un gesto que ninguno de ustedes pueda desestimar como estrategia.

—Esa definición le permite rechazar cualquier cosa inconveniente.

—Les permite a ustedes dos dejar de usar la inteligencia como distancia.

La mirada de Elise se encuentra con la mía.

Está enfadada con Lenora.

También está calculando.

El acceso al archivo que encontramos en el sistema puede depender de umbrales biométricos. Las pulseras desbloquearon espacios para invitados tras la escalada emocional en nuestra suite. Vow House recompensa la vulnerabilidad observable con acceso y luego lo llama progreso terapéutico.

Elise mira la línea entre nosotros.

Entiendo lo que está considerando.

Pero no me corresponde a mí decidir.

Me levanto y acerco la silla hasta que mis zapatos casi tocan los suyos.

Mantiene los hombros rectos.

Bajo la voz.

—¿Puedo besarte?

La pregunta es tan queda que los demás invitados no oyen las palabras.

Los micrófonos sí.

Elise examina mi rostro como si buscara una cláusula que he ocultado.

—¿Por qué? —pregunta.

—El sistema espera intimidad física.

—Esa es la respuesta operativa.

—Sí.

—¿Cuál es la otra?

La sala se desvanece por disciplina, no por magia. Lenora. Cámaras. Invitados. Cada instrumento a la espera de clasificar el siguiente movimiento.

Podría mentir.

La mentira sería más fácil para ambos.

—Quiero saber si me devolverás el beso.

Se le entreabren los labios.

Sin respuesta inmediata.

Luego: —No pongas las manos en mi cuello.

—De acuerdo.

—No me sujetes las muñecas.

—No lo haré.

—Si me aparto, me dejas.

—Sí.

Me mira la boca, luego vuelve a mirarme a los ojos.

—Puedes besarme.

Me inclino hacia delante tan despacio que puede detenerme antes del contacto.

No lo hace.

Mi boca se encuentra con la suya.

La primera impresión no es suavidad.

Es contención.

Elise se queda inmóvil durante medio segundo, evaluando presión, ángulo, distancia. Las manos siguen en los brazos de la silla.

Mantengo las mías a los costados.

El beso podría terminar ahí.

Convincente para las cámaras. Controlado para poder negarlo después.

Entonces ella se acerca más.

Su boca se abre contra la mía, apenas, pero deliberadamente.

La distinción reorganiza cada pensamiento útil.

Le toco la cintura con la mano izquierda.

Apenas.

Ella no se aparta.

Sus dedos se cierran sobre la pechera de mi camisa.

El agarre es práctico al principio, para anclarse.

Luego me atrae más.

Noto el calor donde nuestras rodillas se tocan. Las pulseras laten contra nuestras manos, recopilando datos de algo que no crearon.

Cambio el ángulo del beso.

Elise responde.

Ya no está actuando.

Su pulgar presiona bajo el cuello de mi camisa. El pequeño gesto encierra más intimidad de la que las cámaras merecen.

Su respiración se entrecorta, no un jadeo teatral, solo una interrupción que parece molestarle haber dejado escapar.

Siento el momento en que vuelve a ser consciente de la sala.

Sus dedos empiezan a cerrarse con más fuerza.

Me aparto.

Ella me sigue dos centímetros antes de detenerse.

La mirada que me lanza contiene sorpresa e irritación a partes iguales.

Espero.

Su mano sigue en mi camisa.

La suelta lentamente.

Lenora dice:

—Interesante.

Elise se vuelve hacia ella.

—Eso fue privado.

—Lo hicisteis en grupo.

—Os permitimos observar. Eso no lo convierte en vuestro.

La pantalla detrás de Lenora cambia.

Ambos perfiles biométricos brillan en blanco.

SINCRONÍA DE PAREJA VERIFICADA

Un tono suave emana de nuestros anillos.

Mi pulsera muestra un nuevo nivel de acceso.

PERMISO DE ARCHIVO - 22 MINUTOS

Elise lo ve.

Su expresión no cambia.

Lenora continúa la sesión con otra pareja.

Seguimos sentados cuatro minutos.

El tiempo suficiente para no parecer ansiosos.

No el suficiente para que mi cuerpo olvide la presión de la mano de Elise contra mi camisa.

Cuando Lenora indica a la siguiente pareja que se miren, Elise se levanta.

—Necesito agua.

—Voy contigo —digo.

—Control crónico —responde en voz alta, manteniendo la tapadera.

—Deshonestidad crónica.

Salimos de la sala discutiendo.

La puerta del archivo está detrás de la biblioteca central, camuflada como un panel de la pared. Nuestras pulseras la desbloquean juntas.

Dentro, la temperatura desciende.

Estantes estrechos albergan unidades encriptadas en lugar de papel. Una terminal ocupa la pared del fondo. Sin silla.

El temporizador de acceso marca dieciocho minutos.

Elise se dirige a la terminal.

—Todavía puedo saborear el café que no deberías haber bebido —dice.

El comentario llega sin contexto.

La miro.

Mantiene la atención en la pantalla.

—¿Es una queja?

—Aún no lo he decidido.

—¿El café de esta mañana?

—Obviamente.

—Esperaste once horas para mencionarlo.

—Estaba ocupada.

—Dentro de una pared.

—Entre otras cosas.

La interfaz del archivo se abre.

Busco Graduada Cuarenta y Dos.

Acceso denegado.

Elise introduce el código del mensaje dividido de Maeve.

4F9C7B2A

La pantalla cambia.

Aparece una carpeta.

ROOK, MAEVE - INGRESO

El primer vídeo comienza automáticamente.

Maeve camina por el muelle de Greywake hace doce días.

Lleva un abrigo azul marino, un gorro de punto gris y una mochila de lona. Su cabello es más largo que en la imagen que vi antes, le llega más allá de los hombros.

No está retenida.

Nadie camina a su lado.

En la entrada del edificio, Tobin le coge la bolsa.

Maeve dice algo que la cámara no capta.

Él mira por encima del hombro y luego le permite quedarse con la grabadora.

—Vino voluntariamente —dice Elise.

—Al principio.

El metraje avanza por el registro.

Maeve entra con un nombre falso.

El campo de identidad está parcialmente oscurecido, pero veo las primeras letras.

MARA ELL--

Elise se mueve a mi lado.

—Lo reconoces.

—Me preguntó una vez qué nombre sobreviviría a una búsqueda básica de registros.

—Tú lo creaste.

—Creé un ejemplo.

—Ella lo usó.

—Sí.

En la voz de Elise no hay disculpa.

Hay culpa.

No son lo mismo.

Los vídeos muestran a Maeve en las comidas, en entrevistas y en un ejercicio en el jardín. Está sola, haciéndose pasar por la esposa de un hombre que llegaría más tarde.

Las grabaciones se cortan.

Ninguna salida.

Ningún transporte.

Ningún movimiento visible hacia Observación Inferior.

Elise retrocede en la grabación.

—Busca en las cámaras exteriores.

Abro el archivo del muelle correspondiente a los once días siguientes.

Ninguna imagen de Maeve saliendo.

Ningún helicóptero.

Ningún traslado en barco, ni con su identidad falsa ni con la real.

—Nunca salió de la isla —digo.

—Eso ya lo sabíamos.

—Ahora podemos demostrar entrada sin salida.

—Si las imágenes están completas.

Aparece una segunda carpeta bajo el registro de ingreso de Maeve.

ROOK RISK - VISITA AL SITIO

Elise la ve antes de que pueda cerrar la ventana.

En la miniatura aparezco cruzando el mismo muelle hace nueve meses.

Clima diferente.

Mismo edificio.

Llevo una chaqueta de Rook Risk y un maletín de equipo rígido.

La marca de tiempo es clara.

Elise no se mueve.

—¿Qué es eso?

—Una evaluación del sitio.

—Me dijiste que revisaste planos preliminares.

—Lo hice.

—¿Desde la isla?

—En parte.

El temporizador de acceso llega a nueve minutos.

Ella abre el vídeo.

Camino junto a Lenora por el vestíbulo principal. Tobin nos sigue con el equipo. En el ascensor de servicio, valido el panel ejecutivo

con mi reloj.

Observación Inferior aparece en la pantalla.

Elise detiene las imágenes.

—Sabías cómo entrar.

—Conocía la ruta original.

—Estuviste en ese ascensor.

—Sí.

—¿Hasta dónde llegaste?

Recuerdo hormigón sin terminar. Una sala de control acristalada. Módulos médicos vacíos descritos como alojamiento de emergencia.

Recuerdo firmar un informe de finalización restringido.

Recuerdo haber decidido no inspeccionar un pasillo sellado porque Lenora dijo que la construcción no había terminado.

—Lo suficiente —digo.

Su rostro adopta esa quietud que he aprendido a temer.

La puerta del archivo se desbloquea a nuestra espalda.

Personal acercándose.

Elise cierra la carpeta y se vuelve hacia mí.

—¿Cuántas veces planeabas hacerme descubrir la verdad sin ti?

CAPÍTULO 11

ELISE

Merrick responde a mi pregunta en el pasillo del archivo porque se acerca personal y los hombres como él prefieren confesar cuando no hay tiempo para un interrogatorio.

—Realicé una auditoría de seguridad in situ hace nueve meses.

Las palabras salen en voz baja, controladas e insuficientes.

La puerta se abre detrás de nosotros.

Tobin entra con una mujer del personal clínico. Es alta, de hombros cuadrados, y viste de blanco en lugar de gris carbón. Una placa plateada la identifica como DRA. MARA VENN - DIRECTORA MÉDICA.

Su mirada pasa del terminal a nuestros rostros.

—El acceso al archivo está destinado a revisiones guiadas.

—Nuestras pulseras desbloquearon la puerta —digo.

—El acceso no implica uso sin restricciones.

—Eso sería un problema de diseño.

Merrick se acerca más, pero no se interpone.

La distinción importa.

—Estábamos buscando material relevante para nuestro matrimonio —dice.

La Dra. Venn lo examina.

—¿Lo encontraron?

—Sí.

Lo miro.

Al menos esa respuesta es honesta.

Nos escolta fuera del archivo sin tocarnos a ninguno de los dos. Tobin cierra la marcha, con la mirada fija en el suelo.

Antes de que la puerta se cierre, levanta la mano derecha.

Una llave de latón, estrecha, descansa entre dos dedos.

Luego desaparece en su manga.

Quiere que sepamos que la tiene.

O quiere que las cámaras vean que nos la muestra.

En Vow House, ambas posibilidades siguen siendo útiles.

Regresamos a la suite a las 22:17.

La puerta se cierra con llave detrás de nosotros.

Me quito los zapatos, los coloco junto a la cama y empiezo a guardar los pocos objetos que aún controlamos.

No porque espere irme esta noche.

Sino porque ordenar objetos le da forma a la ira.

Grabadora.

Teléfono sin conexión.

Relé.

Fotografía.

Tira de código.

Abrecartas.

Dos trozos de cinta plateada.

Merrick permanece cerca de la puerta.

Sabe que es mejor no acercarse.

—¿Qué auditaste? —pregunto.

—El sistema de control de acceso, la monitorización de coacción y la infraestructura de localización de emergencias.

—In situ.

—Sí.

—Entraste en Observación Inferior.

—En el nivel de observación original.

—¿Cuántos niveles?

—Uno en los planos que aprobé.

—¿Y en el edificio?

—Vi uno.

Me doy la vuelta.

Su postura es demasiado compuesta. La camisa aún recta excepto donde la agarré durante el beso. El cabello oscuro ligeramente revuelto en la frente. La boca igual que antes, aunque la mía recuerda exactamente cómo se movió.

Eso es lo bastante inconveniente como para resultar ofensivo.

—Sabías que había un nivel de observación debajo de nosotros —digo.

—Sabía que había habido uno hace nueve meses.

—Me dejaste bajar nuestro único relé por un conducto de ventilación para demostrar algo que ya sabías.

—Sabía que el nivel existía. No sabía que seguía activo ni que había alguien dentro de la Habitación Cuarenta y Dos.

—Podrías habérmelo dicho antes de que pusiera el relé en riesgo.

—Sí.

El acuerdo detiene la siguiente frase que había preparado.

Presiono el pulgar contra la cicatriz en la palma.

No.

Abro la mano.

—¿Qué más?

—El sistema que aprobé no incluía grabación en habitaciones privadas, puntuación conductual, autorización médica conyugal ni la clasificación de Graduado.

—Eso es lo que se excluyó. Pregunté qué más sabes.

Mira el espejo oscuro.

La cámara detrás de él probablemente está grabando cada palabra.

—Aquí no.

Suelto una risa.

No porque algo sea gracioso.

—Sigues moviendo la verdad a la siguiente ubicación segura.

—Intento evitar que Lenora sepa lo que sabemos.

—Ella diseñó el camino que nos llevó al archivo. Lo sabe.

No responde.

El silencio lo confirma.

—Quería que te viera en ese video —digo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para separarnos.

—Entonces, ¿por qué darle la satisfacción mintiendo?

—Omití la visita antes de entender cómo se conectaba con Maeve.

—Entendiste lo bastante para reconocer su sistema, sus paneles de acceso y su equipo de personal.

—Creí que mi participación era una vulnerabilidad que ella podría explotar.

—Lo es.

—Lo sé.

—No. Lo sabes ahora porque ella lo usó.

El altavoz de la habitación guarda silencio.

Que no intervenga significa que Lenora considera esto productivo.

Cojo la grabadora del invernadero.

—Reproduce el vídeo otra vez.

—Ya no tenemos acceso.

—La captura sin conexión de tu reloj.

Su mirada se afila.

—Solo grabé imágenes fijas.

—Fotografiaste el terminal en el pasillo de servicio. Habrías grabado el archivo si tu reloj te lo hubiera permitido.

Una pausa.

Luego toca la esfera del reloj y proyecta una pequeña imagen sobre el escritorio.

No es un vídeo.

Una secuencia de fotogramas fijos capturados cada cinco segundos.

Maeve entrando.

Tobin cogiendo la bolsa.

Merrick llegando nueve meses antes.

La marca temporal sigue visible.

Amplío el fotograma del archivo.

Un reloj cuelga de la pared, detrás de Maeve.

Marca las 4:18.

La marca temporal de la cámara indica las 4:25.

—Siete minutos —digo.

Merrick mira ambas horas.

—El reloj de pared va atrasado.

—O las imágenes están adelantadas.

—¿Para ocultar qué?

—Siete minutos.

Paso las imágenes fijas.

La secuencia de admisión parece continua, pero la posición de Maeve cambia demasiado entre dos fotogramas. En uno está junto al mostrador de recepción. Cinco segundos después, según la grabación, está cerca del pasillo de servicio, a cuatro metros y medio, con Tobin de frente.

No es imposible.

Pero algo falla de otra manera.

El ángulo de sus hombros cambia sin transición.

Amplío la imagen.

Maeve tiene la mano extendida hacia él.

Algo metálico reposa en su palma.

Una llave.

No una tarjeta electrónica.

De latón, estrecha, desgastada en la cabeza.

Del mismo tipo que Tobin nos mostró fuera del archivo.

—Merrick.

Se inclina sobre el escritorio.

Su hombro casi roza el mío.

Esta vez no me aparto. La fotografía importa más que marcar distancias.

—Le dio una llave —dice.

—No. Ella se la dio a él.

Paso al siguiente fotograma.

La mano de Maeve está vacía.

La de Tobin, cerrada.

El reloj de pared marca las 4:19.

La marca temporal del vídeo indica las 4:26.

—Los siete minutos que faltan se ocultan desfasando el reloj de la habitación —digo—. Cualquiera que revise las imágenes asume que la discrepancia es deriva del hardware.

—¿Por qué no alterar la marca temporal de la cámara?

—Porque el archivo de seguridad firma las marcas temporales automáticamente. Los relojes de las habitaciones son analógicos.

Merrick busca otras habitaciones en sus imágenes almacenadas.

Comedor.

Sala de inducción.

Vestíbulo central.

Cada reloj visible marca siete minutos menos que la marca temporal del sistema.

No es un fallo.

Es un método.

—Las grabaciones editadas mantienen la hora interna del edificio —dice—. Los testigos recuerdan los relojes que vieron.

—Y el archivo afirma que los hechos ocurrieron siete minutos después.

—Un traslado podría producirse en ese intervalo.

—O una agresión. O medicación. Lo que necesiten eliminar de la secuencia.

Cojo la grabadora y reproduzco el testimonio del invernadero.

La respiración de la segunda persona sigue ahí, bajo las palabras de la mujer.

Al final, se oye un sonido tenue antes de que el archivo se corte.

Metal contra metal.

Una llave depositada sobre una superficie dura.

Puede que Maeve grabara a la mujer y luego entregara la llave a Tobin.

—¿Por qué Maeve le daría acceso? —pregunta Merrick.

—Porque confiaba en él.

—Él negó conocerla.

—Porque tiene miedo.

—O porque ayudó a encarcelarla.

Miro la imagen fija de Tobin.

Los hombros estrechos curvados hacia delante. La cabeza girada hacia la cámara. Una mano acepta la llave mientras el resto de su cuerpo parece a punto de alejarse de ella.

—¿Qué te dijo? —pregunto.

Merrick me lo cuenta.

Las cámaras tienen puntos ciegos. Las pulseras no.

Ya no.

Tu hermana dijo que dirías algo así.

Esta vez no omite nada. Percibo los momentos en que la explicación lo tienta y él la rechaza.

No restaura la confianza.

Cambia la dirección del daño.

—Necesitamos las imágenes originales —digo.

—El archivo puede retenerlo antes de la edición.

—Y el desfase de siete minutos nos indica dónde buscar.

—Si recuperamos el acceso.

—No necesitaremos el archivo de parejas. Los archivos originales pertenecen a seguridad.

—El terminal de servicio se reinició cuando lo usé.

—Porque entraste con la clave ejecutiva que Lenora esperaba.

Aprieta los labios.

—¿Qué sugieres?

—Entramos por Tobin.

Suena un tono en el altavoz.

—Sr. y Sra. Rook —anuncia la habitación—, las condiciones meteorológicas han suspendido todo el transporte marítimo hasta nuevo aviso.

La tormenta ha empeorado al otro lado del cristal. La lluvia azota la ventana en ráfagas. Las luces del muelle desaparecen tras la cortina de agua.

Aunque tuviéramos acceso a un barco, el canal podría ser intransitable.

El altavoz continúa.

—El trabajo de mañana requerirá separación temporal. Por favor, revisen sus asignaciones individuales.

La pantalla del televisor se enciende.

Aparecen dos nombres.

MERRICK ROOK - REVISIÓN DE OBSERVACIÓN, ALA ESTE

ELISE ROOK - CONDICIONAMIENTO DE PÉRDIDA, CLÍNICA OESTE

Merrick lee mi asignación dos veces.

—¿Qué es el Condicionamiento de Pérdida?

—El título sugiere que no habrá sutilezas.

—No vas a ir.

Me vuelvo hacia él.

Reconoce el error antes de que yo diga nada.

Se corrige.

—No creo que debas ir.

—Mejor.

—Elise.

—Si me niego, cambiarán de estrategia. Si asisto, puede que llegue al ala clínica.

—Saben el nombre de Natalie.

—Sí.

—La usarán.

—Sí.

Baja la voz.

—Eso no es razón para entrar en esa habitación.

—Es precisamente la razón por la que necesito saber qué tienen.

—No necesitas demostrar que puedes soportarlo.

—No voy a soportar nada. Voy a observar cómo usan la información.

Mira la cámara detrás del espejo y luego vuelve a mirarme.

—¿Y si la puerta se cierra con llave?

—Un golpe si necesito que la eches abajo.

—Dijiste que no podía echar abajo la puerta de la suite.

—Esta puede ser más endeble.

—Hablo en serio.

—Yo también.

La tormenta sacude el cristal.

Durante un momento, ninguno de los dos habla.

La cinta blanca que recorre mi jersey rasgado refleja la luz, una reparación tosca sobre un arañazo superficial. Merrick la mira y luego me mira a la cara.

—Debería habértelo dicho antes de venir —dice.

La disculpa es escueta.

No le sigue ninguna explicación.

Eso hace que sea más difícil descartarla.

—Deberías haberlo hecho.

—Creía que la información estaba más segura si yo controlaba cuándo salía a la luz.

—Todavía lo crees.

—Sí.

La respuesta llega de inmediato.

No es una defensa.

Un diagnóstico que aún no sabe cómo arreglar.

Bajo la vista hacia el fotograma fijo de Maeve mientras le entrega la llave a Tobin.

—Entonces mañana —digo— empiezas a creer en algo diferente.

El televisor cambia.

Mi asignación se expande por la pantalla.

CONDICIONAMIENTO DE PÉRDIDA

MATERIAL PRINCIPAL: NATALIE ARDEN

CAPÍTULO 12

MERRICK

Elise me ata una tira de hilo verde alrededor de la muñeca izquierda antes de que nos separen.

El hilo viene del dobladillo deshilachado de su jersey. Lo arranca con los dientes, lo enrolla dos veces por encima de mi reloj y lo anuda con la fuerza justa para que sienta el pulso latir bajo él.

—¿Qué significa esto? —pregunto.

—No significa nada.

—Entonces, ¿por qué lo llevo puesto?

—Las cámaras tienen que creer que significa algo.

Desde el desayuno, lo único que ha cambiado es que se ha puesto las botas. La cinta plateada de reparación sigue visible a lo largo de su costado, brillante contra la lana verde oscuro. Se ha recogido el pelo detrás de una oreja, pero ya se le ha vuelto a caer.

Dos miembros del personal clínico esperan cerca de la puerta de la suite.

Ninguno habla.

Elise baja la voz.

—Si me ves tocarme la cicatriz, necesito que vigiles las salidas. Si extiendo la mano izquierda, estoy mintiendo. Si me tapo el anillo con el pulgar, hay alguien más escuchando.

—Siempre hay alguien escuchando.

—Entonces estaré muy ocupada.

Miro hacia el espejo ahumado.

—¿Y si me necesitas?

—Lo sabrás.

—Eso no es un plan.

—No. Es incertidumbre.

Lo dice con la precisión suficiente para que entienda la lección que quiere darme.

No la aprecio.

El miembro del personal más cercano a ella señala hacia el pasillo.

—Sra. Rook.

—Elise —corrige ella.

La mujer no responde.

Elise sale al pasillo y mira hacia atrás.

Durante medio segundo, la actuación desaparece.

Ningún comentario sarcástico. Ninguna instrucción táctica.

Solo la conciencia de que la próxima puerta puede cerrarse entre nosotros.

Luego se va.

Mi escolta me lleva hacia el este.

Vow House ha ajustado la iluminación interior para compensar la tormenta, pero el resultado hace que los pasillos parezcan artificiales en lugar de luminosos. Luz blanca a lo largo de los suelos. Cristal oscuro en lo alto. La lluvia golpea las paredes exteriores, pero a través de las ventanas ahumadas no se ve nada del exterior.

La sala de Revisión de Observación contiene tres sillas.

Una para mí.

Una para Lenora.

Una silla vacía orientada hacia las cámaras.

Hoy Lenora viste de negro. El cambio es tan pequeño que parece accidental, y tan deliberado que no puede serlo.

—Siéntese donde quiera —dice.

Elijo la silla más cercana a la puerta.

Ella elige la vacía.

La puerta se bloquea cuando el miembro del personal clínico se marcha.

Una pantalla de pared se activa.

Aparecen seis transmisiones en directo.

Comedor.

Jardín.

Muelle.

Dos suites de invitados.

La sala de Condicionamiento de Pérdida.

Elise aparece sola en la última imagen.

La silla está atornillada al suelo. No se ven ataduras. Sigue llevando el anillo. Un monitor detrás de ella muestra el nombre de Natalie.

—¿Qué pretende conseguir esta sesión? —pregunto.

—Observar qué sucede cuando usted no puede intervenir.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única parte que le concierne.

Lenora cruza las piernas.

—Su esposa cree que puede sobrevivir a cualquier cosa si entiende el mecanismo. Usted cree que todo mecanismo se vuelve manejable en cuanto tiene acceso.

—Elise no es mi esposa.

—La besó como si la distinción se hubiera vuelto un inconveniente.

La imagen de la cámara muestra a la Dra. Venn entrando en la sala de Elise.

Elise no mira primero a la doctora.

Mira la puerta.

Luego el techo.

Luego el estrecho borde de acero bajo el reposabrazos.

Reconociendo el terreno.

Noto la muñeca tensarse bajo el hilo verde.

Lenora lo nota.

—Ella le ha dado un símbolo.

—Un trozo de ropa estropeada.

—Los símbolos suelen nacer de cosas rotas.

—No me interesa su interpretación.

—Está aquí porque la interpretación siempre ha sido su arma predilecta.

Pulsa en una tableta.

La pantalla cambia.

Unos documentos sustituyen cuatro de las imágenes.

Contratos con el membrete de Rook Risk.

Informes de configuración de Sentinel.

Mensajes internos.

Uno de ellos lleva mi firma electrónica.

CAPTURA DE COMPORTAMIENTO AMPLIADA APROBADA PARA REVISIÓN PILOTO.

—Yo no aprobé esa redacción —digo.

—Sus credenciales sí.

—Las credenciales no son intención.

—Dígaselo a todos los clientes cuyos datos entraron en este edificio.

Examino los metadatos.

La aprobación se produjo hace seis meses, tres meses después de mi inspección de las instalaciones.

Ese día yo estaba en Ginebra.

Mi token ejecutivo se quedó en Seattle.

Alguien usó un certificado de autenticación clonado o una estación de trabajo interna.

—¿Quién tuvo acceso a esto?

—Sus empleados.

—¿Cuál de ellos?

—Asume que hay un único traidor porque a las organizaciones les resulta más fácil perdonar cuando la corrupción tiene un rostro.

Amplío el archivo.

El rastro documental pasa por una filial que no reconozco.

Una filial que Maeve pudo haber encontrado.

—¿Qué quiere? —pregunto.

Lenora apaga los documentos.

—La red de Elise.

—No.

—No ha escuchado la oferta.

—No necesito hacerlo.

—Puedo eliminar todo vínculo entre su empresa y Vow House.

—No.

—Puedo devolverle a Maeve.

Mi atención se desvía hacia ella antes de que pueda evitarlo.

Lenora sonríe sin calidez.

—Ahí está. Una negociación.

—¿Dónde está?

—A salvo, por ahora.

—¿Viva?

—Vio la fotografía de ayer.

—Una fotografía no es una persona.

—Tampoco lo son los archivos que Elise protege, y sin embargo lo arriesga todo por ellos.

En la pantalla, la Dra. Venn coloca una grabadora sobre la mesa frente a Elise.

Lenora continúa.

—Déme los nombres reales y las ubicaciones de Exit Line. Identificaré qué mujeres corren peligro real y cuáles reaccionan a conflictos conyugales corrientes.

—No está capacitada para hacer esa distinción.

—Lo llevo haciendo quince años.

—Retiene a mujeres bajo autorización conyugal.

—Algunas personas dejan de ser fiables cuando están asustadas.

—El miedo no transfiere la propiedad.

—Elise ha falsificado documentos, movido activos, interferido en acuerdos de custodia y ocultado a personas de sus cónyuges legítimos.

—Entonces denúnciela.

—Sabe por qué no lo he hecho.

—Porque quiere las rutas.

—Quiero un sistema que no dependa de una mujer agotada que decide quién merece una salida.

La afirmación contiene suficiente verdad como para ser efectiva.

Elise ha construido una organización en torno a sí misma. Lo vi en la infraestructura. Demasiadas redundancias que remiten a su criterio. Demasiadas decisiones que se vuelven imposibles si ella desaparece.

Lenora percibe el reconocimiento.

—Está de acuerdo.

—Estoy de acuerdo en que Elise necesita recursos. Usted no es uno de ellos.

La imagen de Loss Conditioning se amplía.

La Dra. Venn habla, pero el audio sigue silenciado.

Los ojos de Elise no se apartan de la grabadora.

Su mano izquierda descansa abierta sobre el muslo.

Plana.

Está mintiendo.

Sobre qué, no puedo saberlo.

Lenora toca la pantalla y activa el sonido.

La voz de la Dra. Venn llena la sala de observación.

—Su hermana llamó a la línea de emergencia a las 23:48.

Elise responde:

—Natalie llamó a varias líneas.

—A la suya primero.

—Yo no tenía línea de emergencia entonces.

—No oficialmente.

La mano con la cicatriz sigue plana.

Una fotografía aparece detrás de ella.

Natalie Arden a la salida de un supermercado. Cabello oscuro más largo que el de Elise, los mismos ojos, boca más suave. Un abrigo rojo. Una bolsa de papel apoyada en la cadera.

La imagen fue tomada sin que ella lo supiera.

Los hombros de Elise cambian.

Menos de dos centímetros.

Lo percibo a través del edificio.

—¿Cómo obtuvo esa fotografía? —pregunto.

Lenora no me mira.

—Rook Sentinel.

Se me encoge el estómago.

—Imposible. El sistema original no recopilaba vigilancia externa.

—Su intermediario de datos sí.

—¿Qué intermediario?

—Pregúntele a Elise qué pasó cuando su hermana cambió de dirección.

En la pantalla, la Dra. Venn reproduce un audio.

La voz de una mujer.

Natalie.

—Elise, estoy bien. Deja de vigilar el edificio. Él no sabe dónde estoy.

La grabación crepita.

—Cambié la ruta como dijiste. Usé las escaleras de atrás. Creo que me estás asustando más de lo necesario.

La mano abierta de Elise empieza a cerrarse.

Luego se detiene.

La Dra. Venn pregunta:

—¿Tenía razón?

Elise mira directamente a la cámara.

No a Venn.

A mí.

Se cubre el anillo con el pulgar.

Alguien más está escuchando.

Me levanto.

Lenora permanece sentada.

—Siéntese.

—No.

—Si entra en esa sala, confirmará todo lo que Elise piensa de usted.

—Si continúa con esta sesión, confirmará todo lo que ella piensa de usted.

—Ella eligió asistir.

—No eligió que le mostraran grabaciones secretas de vigilancia de su hermana muerta.

—Natalie tampoco.

Las palabras me detienen.

—¿Qué significa eso?

Lenora cambia la pantalla de nuevo.

Aparece un registro del sistema.

ARDEN, NATALIE - EVENTO DE RIESGO DETECTADO

Fecha: hace cuatro años.

Hora: 23:52.

Fuente: análisis conductual de terceros.

Estado: Derivado a admisión de Rook Risk.

Mi empresa recibió una alerta antes de que Natalie muriera.

No supe su nombre hasta ayer.

Pero el registro existía.

—¿Cuánto tiempo después de este evento la asesinaron? —pregunto.

Lenora mira el reloj.

—Siete horas.

Un sonido se oye a través de la transmisión del Loss Conditioning.

Metal raspando.

Elise se ha inclinado hacia delante.

La Dra. Venn dice:

—Le dijiste a tu hermana que estaba a salvo.

El pulgar de Elise abandona el anillo.

Su palma gira hacia arriba.

No es una señal que hayamos establecido.

Aparece sangre en ella.

Cierra la mano.

La transmisión de la cámara salta.

Siete minutos desaparecen del código de tiempo.

Cuando la imagen vuelve, la silla de Elise está vacía.

Su anillo reposa en la sangre sobre el asiento.

Llego a la puerta antes de que Lenora se levante.

El panel rechaza mi pulsera.

—Ábrala.

—Está atravesando una respuesta de duelo controlada.

—No está en la sala.

—No puede salir del ala clínica sin autorización.

—Entonces alguien se la ha llevado.

Lenora dirige la mirada a la pantalla.

La reacción es mínima.

Genuina.

Ella no ordenó esta parte.

Golpeo el panel de la pared con la base de mi reloj.

La clave ejecutiva se carga.

ACCESO DENEGADO - PRIORIDAD CLÍNICA

Lo golpeo de nuevo.

Mis dedos dañados se doblan mal alrededor del borde. El dolor recorre la vieja fractura.

El hilo verde se oscurece donde se engancha con el reloj.

—Sr. Rook —dice Lenora—, si fuerza esa puerta...

Me vuelvo hacia la lente que hay sobre nosotros.

—Su sistema acaba de perder a una mujer en un ala clínica cerrada.

Eso apela a su lado institucional.

Abre la puerta.

Salgo antes de que pueda poner condiciones.

El corredor este está vacío.

Dos miembros del personal clínico corren hacia el ala oeste. Los sigo a distancia hasta que giran hacia el pasillo central, y entonces uso la puerta de servicio junto al archivo.

Mi pulsera pierde precisión de ubicación a los tres metros.

El corredor de servicio se bifurca.

Una ruta sube.

La otra desciende por detrás de los espejos.

Un panel de acceso de latón junto a la ruta inferior muestra un reloj.

14:07.

Mi reloj marca las 14:14.

Siete minutos.

Tomo la ruta inferior.

El corredor se estrecha detrás de las salas de Loss Conditioning. A través de una ventana de observación a oscuras, veo la silla de Elise.

Sangre en el brazo.

Sangre en el asiento.

Ni rastro de Elise.

Han retirado el anillo.

Un sonido llega desde más adelante en el pasaje.

Tres golpes.
Dos.
Tres.
Me detengo.
El patrón se repite desde detrás del siguiente espejo.
No a través de la ventilación.
De una persona lo bastante cerca como para oír mis pasos.
—¿Elise?
No hay respuesta.
Solo tres golpes.
Dos.
Tres.
Entonces suena la alarma de incendios.

CAPÍTULO 13

ELISE

La Dra. Venn espera que el duelo me haga menos observadora.

En cambio, el duelo vuelve todo dolorosamente específico.

La habitación mide nueve pies de ancho por once de largo.

La silla está fijada al hormigón con cuatro pernos empotrados.

La grabadora está a dieciséis pulgadas, fuera de mi alcance.

El espejo cubre toda la pared a mi derecha.

No hay cámara visible porque el espejo es la cámara.

La voz de Natalie suena de nuevo en la grabadora.

—Elise, estoy bien. Deja de revisar el edificio.

Mi hermana sonaba cansada.

No aterrorizada.

Eso es lo que recuerdo con más claridad de nuestra última conversación. No miedo. Irritación. Había pasado tres semanas siguiendo mis instrucciones y quería una noche en la que el peligro no fuera la persona más importante de la habitación.

Le dije que el nuevo apartamento era seguro.

Le dije que la dirección no se había filtrado.

Le dije que lo había comprobado.

Siete horas después, un vecino encontró la puerta abierta.

La Dra. Venn está sentada frente a mí. Se ha quitado la bata blanca y deja ver una blusa azul marino y unos antebrazos fuertes. Su cabello castaño con vetas grises está recogido en la nuca. Parece una doctora que ha pasado años ganándose la confianza de personas asustadas.

Puede que sea exactamente eso.

Eso no hace que la habitación sea más segura.

—¿Tenía razón Natalie? —pregunta.

—¿Sobre qué?

—Sobre que le metiste más miedo.

—Sí.

La respuesta cambia su postura.

Esperaba resistencia.

Apoyo la mano izquierda contra el muslo.

Si Merrick está mirando, sabe que estoy mintiendo.

La mentira no es que le metí más miedo a Natalie.

Lo hice.

La mentira es que me arrepiento de todo.

El miedo la mantuvo viva durante diecinueve días después de que su marido encontrara el primer refugio.

Me arrepiento del vigésimo.

La Dra. Venn acerca la grabadora. —Construiste Exit Line porque no pudiste salvarla.

—La construí porque los sistemas existentes fallaron antes que yo.

—Falsificas registros.

—Sí.

—Obstruyes el acceso legal.

—Cuando el acceso legal se usa para localizar a alguien que huye del maltrato.

—Tú decides quién sufre maltrato.

—No. Ellas deciden si marcharse.

—¿Y si regresan?

—Las ayudo de nuevo si lo piden.

Sus ojos se desvían hacia el espejo.

Alguien detrás está escuchando.

Cubro el anillo con el pulgar.

El movimiento es lo bastante pequeño como para parecer un gesto de nerviosismo.

—¿Y si regresar va a matarlas? —pregunta Venn.

—Entonces les doy información honesta.

—¿Y permites la elección?

—Sí.
—¿Incluso la muerte?
—Elegir no requiere mi permiso.
Parece decepcionada.
No profesionalmente.
Personalmente.
—Suenas como Lenora antes de Vow House —dice.
Eso importa.
—¿Cuánto hace que la conoces?
—Lo suficiente.
—Eso no es lenguaje clínico.
—Esto no es terapia.
Por fin, una frase honesta.
La grabadora empieza a reproducir un archivo diferente.
Una operadora de emergencias.
Un hombre dando la dirección de Natalie.
La fecha es la noche en que murió.
No sabía que existía esta grabación.
Miro el reloj digital sobre la puerta.
1:54 p.m.
La pantalla interna de mi anillo mostraba las 2:01 cuando entré.
Siete minutos.
La sesión se está grabando según el reloj de la habitación. Más tarde, pueden eliminar lo que quieran y conservar una secuencia falsa.
Necesito que crean que el condicionamiento funcionó.
Mi respiración cambia primero.
Más superficial, deliberadamente irregular.
Miro al suelo en lugar de a la puerta.
La Dra. Venn se inclina hacia delante. —¿Elise?
—Necesito que pares la grabación.
—¿Por qué?
La pregunta es demasiado rápida.
Quiere una petición que pueda denegar.
—No puedo...

Corto la frase y presiono la palma izquierda contra el borde de acero bajo el brazo de la silla.

La cicatriz vieja roza primero.

El dolor llega nítido.

Tiro con más fuerza.

La piel se abre cerca de la base del pulgar.

La sangre se extiende sobre el metal.

La Dra. Venn se pone de pie.

—Elise, abre la mano.

La cierro.

El anillo registra el pico.

Ámbar.

Rojo.

—Detenga la grabación —digo.

—Necesito examinar la herida.

—No.

Da un paso hacia mí.

Retrocedo hasta donde me lo permite la silla atornillada y dejo que el hombro choque contra la pared.

La actuación no requiere mucha invención.

La habitación está cerrada con llave.

La voz de Natalie continúa.

La sangre me calienta los dedos.

—Por favor —digo.

La palabra es para el micrófono.

La Dra. Venn alarga la mano hacia mi muñeca.

Giro la mano bruscamente y mancho de sangre el brazo de la silla y su manga.

Retrocede.

No por la sangre.

Por la violencia que implica quedar marcada con ella.

Me quito el anillo.

La alarma de la habitación se activa.

La Dra. Venn se gira hacia el panel de la puerta.

Esa es la apertura de siete segundos que necesitaba.

Empujo la grabadora bajo la silla con la bota, me subo al asiento y lanzo el hombro ileso contra la esquina inferior del espejo.

No se rompe.

Se mueve.

Medio centímetro hacia dentro.

Cristal de observación montado sobre una bisagra de mantenimiento.

La Dra. Venn me agarra el jersey.

El lado reparado se rasga de nuevo.

Me escurro fuera de él, dejando la prenda en su mano, y empujo el panel de cristal con más fuerza.

El pestillo oculto cede.

La oscuridad se abre detrás del espejo.

Me arrastro al otro lado.

La Dra. Venn me atrapa el tobillo.

Pateo hacia atrás una vez; el talón golpea su antebrazo en lugar de su cara. Me libero.

El panel se cierra entre nosotras.

Estoy dentro de un pasillo de cuarenta y cinco centímetros de ancho.

Sin paredes acabadas. Cables, soportes de acero, plataformas estrechas detrás de cada espejo. Auriculares cuelgan de ganchos. Las pantallas muestran transmisiones en vivo de las habitaciones contiguas.

La gente no solo graba las sesiones.

Se sientan aquí y escuchan.

La alarma de incendios se activa cuando tiro del interruptor manual junto al panel.

Las luces rojas reemplazan a las blancas.

Las puertas se liberan para la evacuación.

O deberían.

Una tubería de rociadores pasa por encima de mí, pero no sale agua.

El sistema ha aislado el pasillo.

Me envuelvo la mano ensangrentada con el jersey rasgado y avanzo.

El pasillo desciende.

En la primera intersección, encuentro estantes con discos etiquetados.

Nombres de parejas.

Números de sesión.

Entrevistas de graduados.

Una pequeña pantalla muestra archivos activos.

Introduzco ROOK, MAEVE.

Un resultado.

Grabado ayer a las 3:16 a.m.

Me pongo los auriculares.

Maeve aparece en una habitación de hormigón.

Le han cortado el pelo rojo hasta los hombros. Un moratón ensombrece el lado izquierdo de la cara. Está sentada contra una pared con una manta alrededor, sosteniendo la cámara como si la hubiera robado.

—Elise —dice.

Mi nombre en su voz llega a un lugar al que el condicionamiento no llegó.

—Si viniste, lo siento.

Mira hacia una puerta fuera del encuadre.

—Usé la identidad que me mostraste. Sé que no me diste permiso. Necesitaba entrar sin que Merrick me encontrara primero.

Se frota un ojo con el talón de la mano.

—Si vino Merrick, todavía no te ha dicho lo suficiente.

La frase no es solo una acusación.

Es una instrucción.

—Hay una ruta de servicio antigua desde la casa del cuidador. Tobin conoce parte de ella. No confíes en los mapas electrónicos. La isla fue excavada en el acantilado antes de que Lenora la comprara.

Se oye un ruido fuera de la habitación de Maeve.

Baja la voz.

—Claire no es el primer Recompromiso. El Archivo no son datos. Es lo que sucede cuando Lenora decide que alguien no puede volver.

La puerta detrás de ella se abre.

Maeve mira directamente a la lente.

—No bajes a buscarme hasta que puedas sacar las pruebas.

La grabación termina.

La copio al teléfono sin conexión usando un cable del estante.

Oigo pasos en el pasillo, detrás de mí.

Dos personas.

Una pesada.

Una más ligera.

Me quito los auriculares y continúo hacia abajo.

La alarma cubre parte de mi movimiento, pero no lo suficiente.

—Deténgase —dice un hombre.

Reconozco la voz del invernadero.

Giro en el siguiente espejo y presiono el mecanismo de liberación.

El panel se abre a una sala de asesoramiento vacía.

Me deslizo al otro lado, lo cierro y cruzo hacia la puerta visible.

Cerrada con llave.

El altavoz de arriba se activa.

—Elise —dice Lenora.

Sin título.

Sin apellido falso.

—Podemos ayudarte con la herida.

—Vosotros la causasteis.

—Tú elegiste el borde.

—Vosotros construisteis la habitación.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

El pomo no se mueve.

El humo se filtra bajo el espejo de observación.

No es fuego.

El sistema de alarma ha soltado humo artificial en el pasillo para dirigir a los ocupantes hacia las salidas controladas.

Uso el abrecartas de cerámica contra el panel de la puerta.

Cubierta de plástico.

Dos cables.

No sé lo suficiente para desactivar una cerradura clínica sin riesgo.

Sé lo suficiente para provocar un cortocircuito.

El panel chisporrotea.

La cerradura cede.

Entro en el pasillo oeste.

Tres miembros del personal se giran hacia mí.

Corro.

Sin elegancia.

Una bota resbala en el suelo pulido. El hombro me golpea contra la pared. La herida se abre más al apoyarme con la mano izquierda.

La sangre marca el cedro.

Llego al cruce detrás del vestíbulo principal.

Un hombre sale por la puerta de servicio.

Merrick.

Lleva las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos, el hilo verde aún atado sobre el reloj. Su expresión es serena hasta que ve la sangre.

Entonces el control se convierte en esfuerzo.

Saco el abrecartas.

Se detiene en seco.

—Elise.

—No te acerques.

—No lo haré.

El personal entra en el pasillo del fondo.

Merrick mira más allá de mí, calcula la distancia y vuelve a mirarme a la cara.

—¿Puedes correr?

—Sí.

—¿La verdad?

—No.

—¿Puedo tocarte?

—Todavía no.

Se aparta y abre la puerta de servicio sin hacer ademán de tocarme.

Cruzo primero.

Él me sigue y cierra.

El pasillo está a oscuras salvo por las luces rojas de alarma. La visión empieza a cerrárseme por los bordes debido al dolor y la

adrenalina.

Camina a mi lado sin tocarme.

—Tu mano —dice.

—Sé dónde está.

—¿Es profundo el corte?

—No lo sé.

—¿Puedo mirar?

Dudo.

Luego abro la mano.

La sangre llena las líneas de la palma y recorre la vieja cicatriz.

La expresión de Merrick cambia en torno a los ojos. Sin furia dramática. Sin promesas de matar a nadie.

Parece un hombre que recibe una información que desearía poder rechazar.

—¿Puedo vendártela?

—Sí.

Saca el pañuelo del bolsillo y lo presiona con cuidado contra la herida.

Su mano derecha sostiene la mía; los dedos dañados no pueden cerrarse del todo.

Ninguno de los dos menciona la simetría.

—Maeve está viva —digo.

Su pulgar se detiene junto a mi muñeca.

—Encontré una grabación de ayer.

—¿Dónde?

—En el archivo de observación.

—¿La copiaste?

Levanto el teléfono desconectado.

Un levísimo gesto de alivio le cruza el rostro.

—Reprodúcela.

—Aquí no.

La alarma se detiene.

El silencio llega demasiado rápido.

Desde el pasillo exterior llega la voz amplificada de Lenora.

—Emergencia resuelta. Todos los huéspedes deben volver a sus habitaciones asignadas.

Merrick mira hacia las escaleras de servicio.
—¿Adónde llevan?
—Abajo.
—Entonces subimos.
Cierro los dedos en torno al pañuelo.
—Maeve dijo que la ruta antigua empieza en la casa del cuidador.
Me mira.
—Tobin.
—Sí.
Se oyen pasos en el pasillo de servicio, detrás de nosotros.
Merrick me ofrece la mano ilesa. Abierta. Sin acortar la distancia.
La tomo.

CAPÍTULO 14

MERRICK

Elise necesita cuatro puntos de sutura.

No puedo ponerlos sin equipo.

Puedo limpiar la herida, cerrarla con tiras adhesivas y evitar que pierda más sangre mientras ella me explica que la distinción entre necesitar tratamiento y aceptarlo sigue siendo suya.

Nos escondemos en un aseo de personal en desuso en el nivel de servicio superior. La habitación tiene un lavabo, un banco de metal, un armario con productos de limpieza y un espejo demasiado corriente para ocultar a nadie.

Cierro la puerta manualmente con el pestillo de latón.

Elise se sienta en el banco con una camiseta interior negra porque la Dra. Venn todavía tiene el jersey verde rasgado. La camiseta deja al descubierto el arañazo superficial a lo largo de su costado y la musculatura compacta de sus hombros. Su mano izquierda descansa con la palma hacia arriba sobre el lavabo.

La sangre corre rosada a través del agua.

Su rostro ha perdido color, lo que hace que el gris verdoso de sus ojos resulte más pronunciado. El cabello castaño rojizo, húmedo, se le pega a una mejilla. Se niega a apartarlo porque tiene ambas manos ocupadas.

—¿Puedo apartarte el pelo? —pregunto.

Me mira.

—Esa no era la pregunta médica que esperaba.

—Me impide verte la cara.

—¿Necesitas verme la cara para tratarme la mano?

—Necesito saber si vas a desmayarte.

—No voy a desmayarme.

—Calculaste mal la puerta por quince centímetros.

—Eso fue un desacuerdo arquitectónico.

—Elise.

Aparta la mirada.

—Sí. Apártalo.

Le coloco el pelo detrás de la oreja.

El contacto dura menos de un segundo.

A mí me afecta más tiempo.

Abro el pequeño paquete de primeros auxilios que saqué del armario de pared. Los suministros son inadecuados, pero están sellados.

—¿Puedo limpiar la herida?

—Sí.

—Esto va a doler.

—Gracias por mantener el factor sorpresa.

Vierto antiséptico sobre el corte.

Sus dedos se tensan contra los míos.

No se aparta.

La herida cruza la vieja cicatriz cerca de la base del pulgar, lo bastante profunda para reabrir el tejido pero no los tendones. Puede mover todos los dedos.

—¿Cuándo te hiciste esta cicatriz? —pregunto.

—Otra emergencia.

—Esa respuesta se está convirtiendo en una costumbre tuya.

—Fue un cristal. En el apartamento de Natalie.

Espero.

No continúa.

Su reserva no es una invitación a volver a preguntar.

Seco la piel y aplico tiras de cierre.

—La grabación de Maeve —digo.

Elise coloca el teléfono sin conexión en el banco y la reproduce.

Oigo a mi hermana disculparse por usar la identidad falsa.

La oigo decir que no le he contado lo suficiente a Elise.

Oigo cómo define Archive sin entrar en detalles.

Lo que sucede cuando Lenora decide que alguien no puede volver.

La frase crea posibilidades que no dejo asentarse.

—Estaba viva ayer —dice Elise cuando termina la grabación.

—Sí.

—Eso es todo lo que sabemos.

—Sí.

—Lo estás haciendo.

—¿El qué?

—Reducir la esperanza a un hecho lo bastante pequeño para controlarlo.

Aseguro el vendaje alrededor de su mano.

—La esperanza no es operativa.

—Lo es cuando la gente asume riesgos por ella.

—¿Es eso lo que hiciste en la sala de condicionamiento?

—Asumí un riesgo porque Lenora tenía grabaciones de Natalie.

—Te cortaste.

—Usé las expectativas de la sala.

—Te hiciste daño.

Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía.

Elise retira la mano.

—No te pedí tu aprobación.

—No.

—No tienes derecho a parecer traicionado porque usé mi propio cuerpo.

—No estoy traicionado.

—¿Entonces qué sientes?

La respuesta está demasiado expuesta para darla sin riesgo.

Miedo.

No a la sangre.

A encontrar a otra persona desaparecida después de elegir la crisis equivocada.

—Necesito que puedas usar las dos manos —digo.

Su expresión se cierra.

Una respuesta sincera habría sido menos útil.

Termino el vendaje.

—Elise, la propuesta original de Sentinel incluía un nivel de observación seguro.

—Lo sé.

—También incluía dos salas médicas de emergencia y un refugio de crisis.

—Dijiste un nivel de observación.

—No te hablé de las salas.

—¿Por qué?

—Creí que la distinción era irrelevante hasta que Maeve mencionó el Archivo.

—Inténtalo de nuevo.

Lo dice sin enfado.

Eso es peor.

Apoyo las dos manos en el borde del lavabo.

—El proyecto era mío.

Su atención se clava en mí.

—No era solo un contrato de Rook Risk. Diseñé la arquitectura original después de que secuestraran a un cliente protegido de un centro de bienestar sin zona segura interior. Creí que un nivel oculto podría mantener con vida a los huéspedes de alto riesgo durante un ataque.

—¿Construiste los pasillos ocultos detrás de los espejos?

—No. Esos aparecieron después de mi auditoría.

—¿Las cámaras en las habitaciones privadas?

—No.

—¿El acceso biométrico?

—Sí, pero solo para alertas médicas voluntarias.

—¿La Observación Inferior?

—Inspeccioné el nivel principal antes de la apertura.

—¿Cuánto?

—Todas las salas terminadas.

—¿Había un pasillo sellado?

Recuerdo la barrera de obra.

Puerta cortafuegos gris. Sin tirador de nuestro lado. Lenora diciendo que los trabajos de estabilización del acantilado seguían sin terminar.

—Sí.

Elise asiente una vez.

—Maeve está detrás de ella.

—Posiblemente.

—Dices posiblemente cuando temes que la certeza exija algo de ti.

—Lo digo cuando las pruebas son incompletas.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

La frase de Lenora.

Elise también la reconoce y hace una mueca.

Llaman a la puerta del baño.

No es el protocolo del personal.

Tres.

Dos.

Tres.

Me sitúo junto al marco.

—¿Elise?

Ella sostiene el abrecartas de cerámica en la mano ilesa.

Descorro el cerrojo manual.

Tobin entra.

Está empapado. El pelo castaño pegado a la frente, la camisa de mantenimiento oscurecida por la lluvia, los hombros temblándole de frío o de miedo. Cierra la puerta y deja una llave de latón sobre el lavabo.

La cabeza de la llave está verde de corrosión.

—Llave de incendios —dice—. Sistema antiguo.

Elise la coge con la mano derecha.

—¿La que te dio Maeve?

La mirada de él se desplaza hacia el vendaje de ella.

—Sí.

—Mentiste.

—Sí.

La respuesta directa la sorprende.

—¿Dónde está? —pregunto.

—Ahora no lo sé.

—¿Dónde estaba?

—En la casa del cuidador. Las dos primeras noches.

—¿Por qué se fue?

—No se fue. Seguridad encontró la habitación.

—¿Quién la ayudó después?

Tobin apoya las dos manos en el lavabo.

Tiene los nudillos en carne viva, un corte reabierto.

—Bajó.

—¿A la Observación Inferior?

—Por la ruta antigua. Debajo de la casa vieja.

—¿Qué es el Archivo?

Su rostro cambia.

—Nunca vi ninguno.

—Esa no era mi pregunta.

—Es como llaman al final.

Elise dice:

—¿La muerte?

—No lo sé.

—Murió gente.

—Lo sé.

—¿Cómo?

Tobin mira hacia la puerta.

—Mi marido firmó el ingreso conmigo hace tres años. Lenora lo grabó todo. Su adicción. El dinero que le robó a su jefe. El accidente.

—¿Qué accidente? —pregunto.

—Murió un hombre.

—¿Lo mató tu marido?

—Él conducía.

Tobin cierra los ojos un instante.

—Lenora lo mandó fuera de la isla después de que aceptáramos trabajar aquí. Lo tiene en algún lugar de Oregón. Recibo una llamada al mes. Si me voy, envía la confesión a la policía y le dice a la familia que yo lo escondí.

—Lo escondiste —dice Elise.

—Sí.

Sin defensa.

Sin pedir compasión.

—¿Qué quieres de nosotros? —pregunto.

—Sacad las pruebas. Impedid que ella lo alcance antes que yo.

—No puedo prometer inmunidad.

—No la pedí.

—Puedo conservar los registros, ponerte en contacto con un abogado y documentar tu cooperación.

—¿Lo protegerás?

—Si Lenora intenta hacerle daño o secuestrarlo, sí. No lo ocultaré de una investigación legítima.

Tobin mira a Elise.

Ella no suaviza la oferta.

—Eso es más honesto que cualquier cosa que Lenora prometió —dice él.

Señala la llave de latón.

—La casa del cuidador está al norte del invernadero. Sigue el sendero inferior hasta donde el camino se bifurca junto a la barandilla rota. Las cerraduras electrónicas no se abren después de medianoche. Esa llave abre el panel de incendios.

—¿Por qué medianoche? —pregunta Elise.

—Reinicio del sistema. Mueven a la gente cuando las ubicaciones de los huéspedes se bloquean para la sincronización.

—Los siete minutos —digo.

Tobin asiente.

—Los relojes se desajustan antes de los traslados.

Suena una radio afuera.

Su rostro queda inexpresivo.

—Tengo que irme.

—Ven con nosotros —dice Elise.

Niega con la cabeza.

—Si desaparezco ahora, los moverán a todos.

Abre la puerta, luego se detiene.

—Maeve dejó algo en la casa. Dijo que sabrían cómo abrirlo juntos.

La tormenta ha empeorado para cuando llegamos al sendero norte.

Elise lleva una chaqueta impermeable del personal sobre la camiseta negra. Las mangas le quedan demasiado largas; lleva un puño doblado para alejarlo del vendaje. Llevo el teléfono sin conexión y la grabadora dentro de mi camisa para protegerlos de la lluvia.

El sendero desciende entre cedros hacia el acantilado.

El barro se desplaza bajo cada paso.

Elise va delante.

Mantiene la mano izquierda en alto contra el pecho. Tantea cada superficie con el borde de la bota antes de apoyar el peso.

—Deberías ir detrás de mí —digo.

—¿Por qué?

—Si te resbalas, puedo sujetarte.

—Si te resbalas tú, me convierto en un ancla decorativa.

—Mi peso es una ventaja.

—No sobre barro.

Tiene razón.

Otra vez.

Llegamos a la barandilla rota a las 6:03 p. m.

El sendero se divide.

Un ramal sube hacia una estructura oscura parcialmente oculta entre los árboles.

El otro bordea el acantilado.

Elise señala la ruta inferior.

—Huellas.

Dos pares.

Uno estrecho.

Uno pesado.

Lo suficientemente recientes como para que la lluvia no haya borrado los bordes del talón.

Seguimos.

La primera roca golpea el sendero tres metros más adelante.

No cae de forma natural.

Lanzada o soltada desde arriba.

—Atrás —digo.

Elise se gira.

La pendiente se mueve.

Barro, ramas y piedras sueltas se desprenden de la ladera.

La alcanzo antes de que lo haga la roca más grande.

Mi brazo izquierdo se cierra alrededor de su cintura. Tiro de ella hacia el muro de contención y giro, interponiendo mi espalda entre ella y los escombros.

Algo me golpea en el costado derecho.

El aire abandona mis pulmones.

El muro me atrapa el hombro.

Mis costillas absorben el resto.

Durante varios segundos, respirar se convierte en un proceso administrativo que mi cuerpo se niega a realizar.

Elise me empuja.

—Merrick.

No puedo responder.

Mete una mano bajo mi brazo y me obliga a apartarme del muro.

—Mírame.

Lo hago.

Su rostro está a centímetros del mío, la lluvia resbalándole por la mandíbula.

—¿Puedes respirar?

—Sí.

La palabra sale incompleta.

—La verdad.

—No bien.

Presiona con cuidado a lo largo de mi costado derecho.

El dolor se agudiza bajo las costillas inferiores.

—Sin deformidad —dice—. Probablemente magulladas. Quizá fisuradas.

—Pareces decepcionada.

—Prefiero lesiones a las que pueda insultar.

Un segundo movimiento en la pendiente.

Continuamos antes de que quien provocó la caída pueda acercarse.

La casa del cuidador aparece a las 7:11 p. m.

Una planta. Cedro desgastado. El tejado combado hacia el océano. Ventanas tapiadas desde dentro.

La llave de latón abre un panel de incendios oxidado junto a la puerta trasera.

Elise gira una palanca manual.

El cerrojo cede.

Dentro, el aire está más cálido de lo que debería.

Una taza reposa sobre la mesa de la cocina.

Ya no sale vapor, pero la cerámica sigue tibia.

Junto a ella, una mancha oscura en el suelo.

Elise la toca con dos dedos.

Sangre.

Todavía pegajosa.

Una puerta se cierra detrás de nosotros.

El cerrojo gira.

Entonces el olor a gasolina invade la cocina.

CAPÍTULO 15

ELISE

La gasolina es útil porque anuncia intenciones antes del fuego.

La huelo cerca de la puerta trasera, bajo las tablas del suelo, junto a la pared oeste.

Tres puntos separados.

No es un accidente.

Merrick se apoya en la encimera de la cocina con una mano presionada contra el costado derecho. Ha recuperado aliento suficiente para fingir que está bien, pero no el suficiente para resultar convincente.

—¿Puedes moverte? —pregunto.

—Sí.

—¿Rápido?

—No.

La honestidad ahorra tiempo.

Pruebo la puerta trasera.

Cerrada electrónicamente pese al panel de apertura manual del exterior.

La puerta delantera ha sido tapiada desde dentro. Clavos atraviesan los travesaños hasta el marco. Quien preparó la casa quería que entráramos por un solo acceso y no saliéramos.

—¿Ventanas? —pregunta Merrick.

—Tablas. Posible, pero lento.

—Encuentra lo que dejó Maeve.

—¿Ese es tu plan?

—Todavía no han encendido el combustible.

Un clic suena bajo el suelo.

El relé de ignición se arma.

—Corrección —dice él—. Encuéntralo rápido.

El rastro de sangre comienza cerca de la mesa y continúa hacia un pasillo estrecho.

Bastante fresca para pertenecer a quien usó la taza.

Maeve.

O alguien que pretendía hacernos pensar en ella.

Lo sigo hasta un pequeño dormitorio.

Sin cama.

Estanterías metálicas cubren las paredes.

Carpetas.

Fotografías.

Cajas etiquetadas con nombres.

ARDEN, ELISE

ROOK, MERRICK

ARDEN, NATALIE

SHAW, IMANI

Mi cuerpo entiende la invasión antes de que mi mente la procese.

Imani saliendo de su apartamento.

Natalie en el supermercado.

Yo frente a un juzgado.

Merrick entrando en un hospital hace cuatro años con la mano derecha envuelta en gasa empapada de sangre.

Nuestras historias organizadas como material de entrenamiento.

Un monitor en la estantería del fondo muestra un plano de la planta.

Una señal verde parpadea bajo la casa.

M.R.

Merrick está en el umbral detrás de mí.

El anillo es visible en su mano.

La señal no puede ser él.

—Maeve —digo.

—O un dispositivo con su perfil.

—¿Hope está operativo ahora?

Me mira.

—Temporalmente.

El código que Maeve dividió entre nosotros aparece en un teclado bajo el monitor.

Ocho campos vacíos.

Introduzco 4F9C.

No pasa nada.

Merrick se acerca, respirando con cuidado.

—Solo tu mitad.

—Lo recuerdo.

Introduce 7B2A con la mano izquierda porque la derecha sigue presionada contra las costillas.

La pantalla se desbloquea.

Comienza un vídeo.

Maeve llena el encuadre.

La grabación es más antigua que la que encontré en el pasillo de observación. Todavía tiene el pelo largo. Sin moretón.

—Si estáis viendo esto juntos, o es una buena noticia o la prueba de que ambos sois imposibles.

Su boca se curva brevemente.

Luego la expresión desaparece.

—Vine aquí porque Lenora tiene registros de cuarenta y una personas que pasaron por lo que ella llama Graduación. A algunos los escondieron de sus maltratadores. A otros los chantajearon para que volvieran. A otros los mataron.

Merrick se mueve a mi lado.

Maeve continúa.

—Cree que el consentimiento pierde sentido cuando una persona está lo bastante asustada. Decide cuál es el resultado más seguro y lo impone.

El olor a combustible se intensifica.

—Pensé que podría conseguir los archivos e irme. Estaba equivocada.

Maeve mira hacia alguien fuera del encuadre.

—Tobin me ayudó a llegar a la casa antigua. Si todavía está vivo, no lo hagáis elegir entre vosotros y su marido.

Una luz de advertencia aparece en el monitor.

IGNICIÓN EN 03:00

—Copia el archivo —dice Merrick.

Conecto el teléfono desconectado de la red.

La transferencia comienza.

Maeve se acerca a la cámara.

—No me rescatéis.

La frase duele porque suena como Elise, imagino que piensa Merrick.

Duele porque suena como Natalie.

—Liberadlos —dice Maeve—. Las personas en las habitaciones inferiores, los registros, todo. Si bajáis solo por mí, Lenora usará a los demás para obligaros a elegir de nuevo.

El vídeo termina.

La transferencia alcanza el cuarenta por ciento.

Busco en las carpetas junto al monitor.

Perfiles de clientes.

Nuestra reserva.

El paquete entregado en mi oficina.

Fotografías tomadas antes de que Maeve desapareciera.

Cada paso preparado.

Lenora no reaccionó a nuestra investigación.

La orquestó.

El monitor cambia.

Una transmisión en vivo sustituye el mensaje de Maeve.

Lenora está de pie en el vestíbulo central de Vow House.

—Elise Arden —dice.

Mi nombre real atraviesa la casa abandonada.

—Merrick Rook.

Se acerca al monitor.

Lenora mira directamente a la cámara.

—Ambos han superado las expectativas.

El temporizador de ignición marca dos minutos.

—¿Qué quiere decir? —pregunto.

—Quería evaluar cómo respondíamos juntos.

—¿Evaluarnos para qué?

Lenora responde desde la pantalla.

—Todo sistema falla cuando una persona se vuelve indispensable. Elise construyó salidas que nadie más puede operar. Merrick construyó sistemas de contención que nadie más puede controlar.

Los archivos a nuestro alrededor cobran sentido.

No quiere eliminar nuestros sistemas.

Quiere unirlos.

—Ustedes son mi pareja final —dice Lenora—. La mujer que puede borrar a cualquiera y el hombre que puede encontrarlos.

El rostro de Merrick se vuelve impenetrable.

Aun así, entiendo lo suficiente.

Una llama aparece bajo la puerta del pasillo.

No es una explosión.

Una línea controlada de fuego que sigue el rastro de gasolina.

La transferencia alcanza el setenta y cuatro por ciento.

—Desconecta —dice Merrick.

—Todavía no.

—El fuego está en el pasillo.

—Veintiséis por ciento.

—Elise.

—Maeve dijo que primero las pruebas.

—No dijo que te quemaras con ellas.

La alarma del suelo empieza a sonar.

El humo entra en el dormitorio.

Abro el panel contra incendios montado junto al monitor.

Han instalado nuevos controles electrónicos sobre un mecanismo de latón más antiguo.

La llave corroída encaja debajo de ellos.

La giro.

Nada.

Merrick apoya una mano contra la pared y me ayuda a girar el cilindro rígido.

El dolor le atraviesa el rostro.

La llave cede.

Un mecanismo de liberación suena bajo el suelo.

El monitor alcanza el noventa y dos por ciento.

Una sección de estantería se desplaza hacia afuera.

Detrás, escalones de piedra descienden.

Asciende aire frío con olor a agua salada y tierra húmeda.

La transferencia se completa.

Retiro el teléfono.

Merrick señala hacia la abertura.

—Tú primero.

—Tus costillas.

—Por eso soy más lento. Tú vas primero.

El fuego alcanza la entrada del dormitorio.

Desciendo.

Merrick me sigue y cierra la estantería tras nosotros.

Oscuridad.

Los escalones de piedra terminan en un túnel excavado directamente en el acantilado.

El agua chapotea alrededor de mis botas.

Una luz del techo parpadea, alimentada por el antiguo circuito contra incendios.

Tras la pared sellada, algo se derrumba dentro de la casa.

Merrick toca la pared del túnel.

—¿Hacia dónde?

El aire llega desde la izquierda cargado de humo.

Desde la derecha viene olor a sal y una vibración mecánica.

—Derecha.

Avanzamos.

El agua sube del tobillo a media pantorrilla en quince metros.

Una bomba arranca en algún lugar más adelante.

El túnel se estrecha.

La respiración de Merrick se vuelve más ronca.

Me giro.

Está pálido bajo la luz de emergencia, con un hombro apoyado en la piedra.

—Tienes que parar.

—La marea opina lo contrario.

El agua me llega a las rodillas.

La luz del techo parpadea.
En la pared de enfrente, alguien ha pintado un número negro.
42
Entonces el túnel empieza a llenarse más rápido.

CAPÍTULO 16

MERRICK

Una costilla agrietada se tolera mejor cuando ahogarse es la alternativa.

No menos dolorosa.

Solo más baja en la lista de prioridades.

El túnel desciende en curva después del número Cuarenta y Dos. El agua le llega a Elise a los muslos y a mí a las rodillas por la diferencia de estatura. La corriente viene hacia nosotros desde el fondo, arrastrando tiras de algas y astillas de madera vieja.

—La marea no debería subir tan rápido —dice ella.

—Entrada controlada.

—¿Puedes cerrarla?

—¿Desde aquí?

—Sí.

—No.

—Qué tranquilizador.

Mantiene la mano izquierda vendada por encima del agua. El teléfono sin conexión y la grabadora de Maeve están guardados bajo la chaqueta de uniforme, contra el pecho.

La sigo porque tiene mejor equilibrio y porque cada intento de adelantarla me envía una línea fina de dolor por el costado derecho.

El techo del túnel desciende.

Elise se agacha.

Calculo mal la altura y me golpeo el hombro contra la piedra.

El movimiento me retuerce las costillas.

Se me nubla la visión en los bordes.

Elise se gira de inmediato.
—Quédate conmigo.
—Estoy a un metro detrás de ti.
—Sabes a qué me refiero.
Lo sé.
Eso no mejora la respuesta.
Llegamos a una verja oxidada que cruza el pasaje.
Sin panel electrónico.
Una cerradura de rueda queda por encima de la línea del agua.
Elise la agarra con la mano derecha.
No se mueve.
Pongo la mano izquierda sobre la suya.
—Juntos.
Ella mira el contacto.
Luego a mí.
—A la de tres.
Giramos.
La rueda se resiste hasta que el óxido cede.
La verja se abre quince centímetros.
Suficiente para Elise.
No para mí.
Ella se cuela por el hueco y luego hace fuerza desde el otro lado mientras yo ensancho la abertura.
Las costillas se me desplazan bajo la presión.
Se me escapa un sonido antes de poder evitarlo.
El rostro de Elise cambia.
—Estás peor.
—Lo sé.
—Dijiste que estaban magulladas.
—Tú dijiste posiblemente agrietadas.
—Estaba siendo optimista.
—¿Por qué?
Ella tira de la verja mientras paso.
—Mal juicio.
La respuesta es tan humana que casi sonrío.
El túnel asciende después de la verja.

El agua baja hasta los tobillos.

En lo alto, una trampilla de madera está asegurada con una cerradura magnética más nueva montada sobre bisagras antiguas.

Mi reloj aún tiene autenticación ejecutiva.

Lo presiono contra el panel.

Sin respuesta.

Elise examina el marco.

—Se cortó la energía cuando el sistema de incendios abrió el túnel.

—Entonces la cerradura electrónica debería liberarse.

—Debería.

Saca la llave de latón.

La llave no encaja.

Inspecciono el lado de las bisagras.

La cerradura es de fallo seguro, instalada contra todos los principios de seguridad de los planos originales.

Hardware de mi empresa.

Modificado por alguien que entendió exactamente lo que yo pretendía y lo invirtió.

Retiro la correa del reloj y deslizo el cierre metálico en la costura alrededor de la placa magnética.

Los dedos de la mano derecha no me mantienen el ángulo.

Elise lo nota.

—Dime qué hacer.

—Presión hacia dentro. Cinco centímetros por debajo del tornillo superior.

Usa el abrecartas de cerámica.

Le guío la muñeca con la mano izquierda.

—Más.

—¿Cuánto?

—Hasta que la placa se mueva.

—Eso suena a medida diseñada por hombres.

—Lo fue.

La placa se desplaza.

El imán se desactiva.

La trampilla se abre a la oscuridad y trae olor a aceite, cuerda y gasolina vieja.

Subimos a un cobertizo de botes.

No es una de las estructuras visibles desde el muelle principal. Este está construido en una cala bajo la casa del cuidador, oculto del canal abierto por las rocas.

Una pequeña lancha de mantenimiento descansa sobre una cuna seca.

Sin motor.

Sin tanque de combustible.

No es una ruta de escape.

Un cuarto de almacenamiento ocupa la parte trasera. Cierro la trampilla y activo el pestillo manual.

Elise encuentra una linterna y la enciende.

El resplandor amarillo revela estanterías, un banco de trabajo, mantas, comida enlatada y una vieja radio marina.

Se acerca a la radio.

Sin corriente.

—El compartimento de la batería está vacío —dice.

—Hay que curarte la mano otra vez.

—Tenemos que abrir los archivos de Maeve.

—La sangre te está traspasando el vendaje.

—Respiras como si cada costilla hubiera interpuesto una denuncia por su cuenta.

—Ambas cosas pueden atenderse.

—Primero los archivos.

Me siento en el banco de trabajo porque seguir de pie se ha vuelto ineficiente.

Elise saca el teléfono sin conexión del interior de la chaqueta. La envoltura impermeable resistió.

La carpeta copiada de Maeve contiene el vídeo, un registro de pagos y un archivo cifrado.

El mismo código de ocho caracteres abre la primera capa.

4F9C7B2A

Aparecen nombres.

Sociedades instrumentales.

Clínicas privadas.

Intermediarios de datos.

Pagos de cónyuges, abogados, corporaciones y al menos una campaña política.

Las entradas se entienden sin explicación porque las cantidades van asociadas a resultados.

DEVUELTO

REUBICADO

REINTERNADO

ARCHIVADO

Elise se desplaza por la pantalla.

—Las cuentas archivadas se detienen tras el pago final.

—¿No hay más datos de ubicación?

—Nada.

—Muerte o eliminación permanente de identidad.

—Ambas pueden darse.

Abre una carpeta titulada ANÁLISIS DE FUENTES.

Fotografías de investigadores privados.

Registros de propiedades.

Llamadas de emergencia.

Reclamaciones médicas.

Compras de ubicación.

El sistema se alimentaba de datos corrientes, recopilados hasta que una vida se volvía predecible.

La expresión de Elise cambia al ver el nombre de Natalie.

ARDEN, NATALIE

Abre el archivo.

Aparece la fotografía del supermercado.

Luego mapas.

Rutas.

Direcciones.

Un análisis generado dos días antes de la muerte de Natalie.

PROBABLE REUBICACIÓN DEL SUJETO EN LAS PRÓXIMAS 72 HORAS

FACILITADORA PRINCIPAL: ELISE ARDEN

CONFIANZA DE UBICACIÓN ACTUAL: 86%

Elise se sienta despacio en la caja junto al banco de trabajo.

—Ochenta y seis por ciento —dice.

El número parece ofenderla más que todo lo demás.

—¿El sistema identificó el apartamento equivocado?

—No.

Abre el mapa.

El marcador señala el edificio exacto de Natalie.

—¿Cómo consiguió Lenora esto? —pregunta.

—A través de un intermediario de datos conectado al proveedor de análisis de riesgos de Sentinel.

—Tu proveedor.

—Sí.

—¿Rook Risk recibió la alerta?

Podía responder solo lo que el archivo demuestra.

En cambio, recuerdo otro archivo.

Un informe que descubrí después de la muerte de Natalie, enterrado bajo un identificador de cliente y marcado como resuelto. Un informe que envié al departamento de cumplimiento interno. Un informe que desapareció antes de que la junta lo revisara.

—Hubo una denuncia —digo.

Elise me mira.

—¿Cuándo?

—Hace tres años.

—Natalie murió hace cuatro años.

—Me enteré del uso indebido del sistema después.

—¿Cuánto tiempo después?

—Once meses.

—¿Qué hiciste?

—Ordené una auditoría interna.

—¿Y?

—El proveedor negó el uso externo. Nuestros registros habían sido alterados. La auditoría no encontró ninguna brecha confirmada.

—Les creíste.

—Acepté el resultado.

—Esa no era mi pregunta.

—No.

La llama del farol oscila con una corriente de aire.

Me obligo a soltar el resto antes de que otra emergencia me permita reorganizarlo.

—Maeve creyó que habían enterrado la auditoría. Empezó a investigar sin decírmelo.

—¿Lo fue?

—No lo sé.

Elise vuelve a mirar el mapa de Natalie.

—Sigues diciendo que no lo sabes cuando lo honesto sería decir que dejaste de buscar.

No hay defensa posible.

—Dejé de buscar.

Las palabras cuestan menos de lo que deberían.

Su atención vuelve a la pantalla.

Hay una pestaña de registro debajo del análisis de riesgos.

ALERTA GENERADA: 23:52

ESCALADO A RECEPCIÓN DE ROOK RISK: 23:54

ESTADO DE REVISIÓN: CERRADO

AUTORIZACIÓN DE CIERRE: M. ROOK

Elise lee la última línea.

Luego la lee de nuevo.

El cobertizo queda en silencio, salvo por el agua batiendo contra la roca en el exterior.

—Dijiste que te enteraste de la alerta once meses después.

—Así fue.

—Tus credenciales la cerraron esa noche.

—No estaba en el sistema de recepción.

—¿Dónde estabas?

—Madrid.

—¿Puedes demostrarlo?

—Sí.

—¿Puedes demostrar que nadie usó tus credenciales?

—No.

Amplía el registro de autorización.

Mi certificado ejecutivo.

Mi código.

Mi nombre.

Conozco el sistema lo bastante bien para entender lo que implica.

La alerta no desapareció por accidente.

Alguien con mi autoridad la eliminó.

Elise coloca el teléfono entre nosotros.

—Dime por qué Maeve dijo que todavía no me habías contado lo suficiente.

Miro el archivo de Natalie.

Luego el hilo verde atado a mi muñeca.

Porque hay un hecho que aún no he dicho.

El informe de auditoría no solo fue alterado antes de llegar a la junta.

Cuando descubrí la conexión con Natalie, autoricé su eliminación del sistema activo para proteger una adquisición en curso y evitar la divulgación a los clientes.

Me dije que estaba preservando las pruebas en privado.

Me dije que una filtración pública destruiría la empresa antes de que identificara quién la había usado.

El archivo siguió oculto.

Lenora siguió libre.

Y la hermana de Elise siguió siendo una línea en un archivo del que nadie tuvo que rendir cuentas.

—Sé quién autorizó que enterraran el archivo tras la muerte de Natalie —digo.

Elise no parpadea.

—¿Quién?

La marea golpea las puertas ocultas bajo nosotros.

Respondo de todos modos.

—Yo.

CAPÍTULO 17

ELISE

—Lo hice.

La confesión de Merrick ocupa menos espacio que las pruebas.

El teléfono sin conexión descansa entre nosotros sobre el banco de trabajo del cobertizo, con el nombre de Natalie aún visible bajo su código de autorización. Fuera, la marea golpea la roca a intervalos lentos y pesados. Dentro, la llama del farol se inclina cada vez que el aire entra por las tablas deformadas.

Merrick no aparta la mirada.

Eso sería más fácil.

Está sentado con la espalda contra la pared, un antebrazo apoyado sobre las costillas. La tela gris oscuro, mojada, se le adhiere a los hombros y el pecho. El hilo verde de mi jersey sigue atado sobre su reloj, oscurecido por el agua de mar y el humo.

Su rostro ha palidecido bajo la barba incipiente que le cubre la mandíbula. El dolor endurece las líneas alrededor de su boca. No lo hace menos cauteloso.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Once meses después de la muerte de Natalie.

—El registro dice que tus credenciales cerraron la primera alerta esa noche.

—Estaba en Madrid. Mi pasaporte, los registros del hotel y los de viaje de Rook Risk lo confirmarán.

—Alguien usó tu certificado.

—Sí.

—¿Quién?

—Nunca lo probé.

—Investigaste.

—Ordené una auditoría interna después de encontrar la alerta.

—Y luego enterraste la auditoría.

—Sí.

La respuesta llega sin reservas.

Me presiono el pulgar contra el vendaje que envuelve la palma izquierda. El dolor viaja bajo las tiras adhesivas. Manejable. Concreto.

—Empieza desde el principio —digo.

Merrick respira demasiado superficialmente y corrige la siguiente inspiración.

—Una clienta protegida presentó una queja sobre el proveedor de análisis de riesgo de Sentinel. Creía que el proveedor había vendido predicciones de ubicación a la parte contraria. La queja estaba vinculada a un identificador anónimo. Cuando la rastreé, encontré el registro de Natalie en el mismo lote.

—Conocías su nombre entonces.

—Sí.

—¿Sabías que era mi hermana?

—No. No inicialmente.

—¿Cuándo lo supiste?

—Durante la auditoría. Tu nombre apareció como la facilitadora prevista.

Miro la pantalla.

FACILITADORA PRINCIPAL: ELISE ARDEN

Vio esas palabras hace tres años.

Encontró mi nombre, la muerte de mi hermana y un sistema que su empresa ayudó a crear.

Y esta semana entró en mi oficina y actuó como si fuera la primera vez que oía hablar de Natalie.

—¿Qué encontró la auditoría?

—Que el proveedor exportó datos fuera del entorno permitido. El destinatario estaba oculto detrás de un código de cliente abreviado. Los registros habían sido parcialmente reescritos.

—¿Qué código?

—GWH.

Greywake Wellness Holdings.

La empresa que lo contrató para construir Vow House.

—Viste eso antes de venir aquí.

—Vi las iniciales hace tres años.

—¿Y cuando Greywake Wellness Holdings te contrató?

—Seis meses antes.

Tenía las piezas en el orden equivocado, pero las tenía.

—¿Las conectaste?

—No.

—¿Esperas que crea eso?

—Espero que decidas después de ver los registros.

—¿Por qué la junta no los vio?

Su mirada se desplaza hacia el farol.

No me evita. Busca las palabras.

—Estábamos negociando una adquisición. Revelar una filtración de datos no controlada habría acabado con ella, habría provocado la fuga de clientes y posiblemente habría hundido la empresa.

—Posiblemente.

—Sí.

—Así que eliminaste la auditoría.

—La retiré de la revisión de cumplimiento activa y guardé una copia cifrada en una cámara acorazada de acceso ejecutivo.

—Esa es una forma elegante de decir que la ocultaste.

—La oculté.

—Y no informaste de nada.

—No.

—Ni a la policía. Ni a la familia de Natalie.

—No.

—Ni a mí.

—No te conocía.

—Sabías cómo encontrarme.

Eso da en el blanco.

Su mano dañada se cierra tanto como puede contra el muslo.

—Sí.

La palabra suena diferente ahora.

Ya no es cooperación.

Es aceptación del juicio.

Me pongo de pie y el cobertizo se desplaza un centímetro bajo mis pies. Fatiga, no movimiento. Me agarro al borde del banco de trabajo con la mano derecha.

Merrick hace ademán de levantarse.

—Quédate.

Se queda.

La obediencia no debería importar.

Así es.

Camino hacia las puertas ocultas junto a la línea del agua. Una rendija estrecha entre las tablas deja ver la cala al otro lado. El gris del amanecer empieza a devorar la oscuridad. La tormenta sigue mar adentro, pero la lluvia ha amainado.

Un canal se abre entre las rocas con la marea baja.

Quizá lo bastante ancho para un bote pequeño.

El esquife que tengo detrás no tiene motor.

Una salida sin lo que la haría útil.

—Natalie me llamó esa noche —digo.

Merrick no interrumpe.

—Dijo que estaba harta de ver en cada desconocido a alguien enviado por su marido. Le dije que la gente cansada comete errores.

Las palabras vuelven con mi propia voz, cortante y eficiente.

—La había mudado dos veces en diecinueve días. El tercer apartamento debía ser seguro. Ningún suministro a su nombre. Nada de correo. Ninguna línea de teléfono nueva.

Miro el vendaje de mi palma.

—El edificio tenía una escalera trasera con una puerta cortafuegos de cristal. Cuando llegué a la mañana siguiente, estaba reventada hacia dentro. Me corté la mano con lo que quedaba al intentar abrirla.

La mirada de Merrick baja hacia la vieja cicatriz bajo la herida nueva.

—¿Ya estaba muerta? —pregunta.

—Sí.

La respuesta se ha vuelto más fácil de pronunciar.

Eso no es lo mismo que más fácil de sobrellevar.

—La policía concluyó que su marido la había seguido —continúo —. Nunca probaron cómo. Murió antes del juicio.

—¿Cómo?

—Una paliza en prisión.

—¿Lo organizaste tú?

Me vuelvo.

La pregunta no contiene acusación, solo el rechazo a dar por hecho que mi moralidad sea más limpia que la suya.

—No.

Asiente una vez.

—Pero me sentí aliviada —digo.

Merrick baja la mirada.

—Yo también cuando la adquisición fracasó seis meses después.

Lo estudio.

—Ocultaste el informe por un trato que no se concretó.

—Sí.

—Eso no es un castigo.

—No.

—El arrepentimiento no es una consecuencia.

—Lo sé.

Recojo el teléfono sin conexión y se lo tiendo.

—Dame acceso a la bóveda.

Sus ojos vuelven a encontrar los míos.

—La bóveda ejecutiva está en la red privada de Rook Risk.

—Tu reloj lleva una semilla de autenticación.

—Sí.

—¿Puede generar una credencial sin conexión?

—Puede generar una clave de recuperación temporal.

—Hazlo.

No pregunta qué pretendo inspeccionar.

Se quita el reloj con la mano izquierda y teclea una secuencia en el interior del cierre. Los dedos lesionados le vuelven torpe el movimiento. El cierre se le escapa dos veces.

Podría ayudar.

Espero hasta que lo pida.

No lo hace.

Después del tercer intento, aparece una cadena de caracteres en la pantalla del reloj.

La transfiere al teléfono.

La bóveda encriptada se abre.

Los informes llenan la pantalla.

Auditoría interna.

Correspondencia con proveedores.

Comunicaciones con la junta directiva.

Su copia privada de la alerta de Natalie.

Reviso primero los registros de viaje.

Entrada al hotel de Madrid.

Sello de tiempo de las cámaras de seguridad.

Una transcripción de negociación que sitúa a Merrick en una sala de conferencias cuando se cerró la alerta original.

Él no pulsó el botón esa noche.

No siento alivio.

La distinción importa a efectos legales.

Emocionalmente, solo reordena el daño.

Abro el rastro de auditoría de once meses después.

Merrick ordenó la preservación.

Luego el departamento legal aconsejó la suspensión.

Luego su autorización eliminó el archivo de la revisión activa.

Su comentario contiene doce palabras.

PRESERVAR EN PRIVADO. SIN DIVULGACIÓN EXTERNA HASTA CONTENER EL IMPACTO EN CLIENTES.

Lo leo en voz alta.

—Priorizaste la empresa.

—Sí.

—Llamaste a las víctimas impacto en los clientes.

—Usé un lenguaje que la junta aceptaría.

—Usaste un lenguaje que las hacía más pequeñas.

—Sí.

No se defiende de ninguna acusación.

Eso sería admirable si la honestidad tras ser descubierto no fuera el listón más bajo.

Sigo bajando.

Maeve accedió al archivo hace seis meses.

Descargó tres adjuntos y dejó una nota encriptada bajo la auditoría.

El mismo código la abre.

Maeve aparece en pantalla en su apartamento, el pelo recogido en lo alto, las gafas de lectura caídas sobre la nariz. Tiene buen aspecto. Está molesta. Viva de un modo que no se ve en las grabaciones posteriores.

—Merrick, si encontraste esto después de que desaparecí, esperaste demasiado otra vez.

Cierra los ojos un segundo.

Maeve continúa.

—Dile a Elise lo que hiciste con la alerta de Natalie antes de que Lenora se lo cuente por ti. Todo. No conviertas tu culpa en su tarea de investigación.

Su mirada se desvía hacia algo junto a la cámara.

—Y Elise, si te lo contó voluntariamente, no lo perdones solo porque por fin dio el primer paso.

A pesar de todo, se me escapa un sonido.

Casi una risa.

Los labios de Maeve se curvan como si lo hubiera esperado.

—El registro de exportación original no está en la bóveda de Rook. Alguien lo trasladó a Greywake. Voy a recuperarlo.

La imagen se corta.

Merrick mira la pantalla en blanco.

—Lo sabía antes de venir —dice.

—Sabía lo suficiente.

—Y no me lo dijo.

—La habrías detenido.

—Sí.

La respuesta inmediata no contiene vergüenza.

Solo constatación.

—Ella también lo sabía —digo.

La radio marina del estante no tiene batería, pero la linterna de emergencia sí. Retiro la base y examino los terminales.

Tamaño diferente.

Mismo voltaje.

Merrick me observa.

—¿Qué estás haciendo?

—Llamar a Imani.

—Los conectores no coincidirán.

—No necesitan caerse bien.

Uso una tira de cinta plateada de reparación y dos trozos de alambre de cobre de la carcasa de la linterna. Mi mano izquierda no agarra bien, así que sujeto el alambre con los dientes mientras lo retuerzo con la derecha.

Merrick hace ademán de levantarse.

—Pide permiso —digo.

—¿Puedo ayudar?

—Sí.

Se coloca a mi lado.

La cercanía altera la temperatura de mi brazo.

Trabajamos sin hablar.

Su mano izquierda sostiene la batería. La mía asegura el contacto. Sus dedos derechos, los lesionados, guían la cinta en vez de tirar de ella.

La pantalla de la radio parpadea.

La estática llena el cobertizo.

Sintonizo primero el canal marino de emergencia.

Solo avisos meteorológicos.

Luego, la frecuencia que Imani indicó antes de partir.

Tres ráfagas.

Pausa.

Dos.

Pausa.

Tres.

Transmito el patrón.

La estática responde.

Luego la voz de una mujer irrumpe, débil y furiosa.

—¿Elise?
La señal muere antes de que pueda responder.

CAPÍTULO 18

MERRICK

La primera frase completa de Imani Shaw a través de la radio es:

—Dime exactamente cuántas piezas tengo que recoger.

Elise sostiene el micrófono con la mano derecha. La izquierda sigue vendada contra el pecho.

—Dos —dice.

Me siento en el banco de trabajo porque estar de pie ya no mejora nada.

La voz de Imani vuelve entre la estática.

—¿Piezas vivas?

—Sí.

—Bien. Tenía preparado otro discurso.

Elise me mira.

—Tiene varios.

—Me lo imaginaba.

La batería de la linterna alimenta la radio de forma intermitente. Cada transmisión atenúa la luz y calienta el cableado improvisado. Nos quedan minutos antes de que la conexión falle o Vow House localice la señal.

—¿Ubicación? —pregunta Imani.

—Embarcadero oculto bajo la antigua casa del cuidador. Cala norte.

Se oye débilmente un teclado de fondo.

—Tengo el mapa de la isla. No aparece ningún embarcadero.

—Está excavado en el acantilado.

—Cómo no. ¿Para qué tener un solo sótano ilegal si el océano puede esconder otro?

Elise le hace un resumen escueto.

Maeve viva hasta ayer.

Claire retenida bajo sedación.

Registros de graduadas.

Archivo.

Natalie.

No edulcora mi participación.

Imani guarda silencio.

La estática llena lo que no dice.

—Merrick —dice al fin.

—Sí.

—¿Estás escuchando?

—Sí.

—Aléjate más de ella.

A Elise se le tuerce la boca a su pesar.

—Estoy sentado a dos metros —digo.

—Que sean dos y medio.

—Tiene las costillas lesionadas —dice Elise.

—Puedo detestarlo desde una distancia médicamente apropiada.

La radio se corta tres segundos.

Cuando vuelve, el tono de Imani ha pasado de personal a operativo.

—Ayer registraron la oficina de Exit Line. Agentes federales y policía local. Se llevaron ordenadores, documentos y dos discos de respaldo.

—¿Los clientes? —pregunta Elise.

—Las identidades principales siguen limpias. La cámara acorazada separada aguantó. Tres rutas están quemadas, quizá cuatro.

—¿Por qué ahora?

—Una filtración anónima te vinculó con documentos falsificados, obstrucción y una mujer desaparecida llamada Maeve Rook.

Lenora empezó a desmantelar la vida de Elise antes de que llegáramos a la isla.

Imani continúa:

—Las consultas de prensa empezaron esta mañana. Alguien envió fotos tuyas entrando en Vow House con un nombre de casada falso.

Elise mira hacia las puertas ocultas.

—¿Qué opciones hay?

—Para que responda la Guardia Costera necesito pruebas que pueda autenticar y una ubicación. Tu transmisión es demasiado débil para enviar archivos.

—Tenemos ambas cosas.

—También tengo un barco privado esperando al sur de la línea de tormenta. Hay una ventana meteorológica sobre las ocho y media. Si podéis salir de esa cala o alcanzar aguas abiertas, pueden recogeros.

Miro el bote.

—No tiene motor —digo.

—¿Flota?

—Sí.

—Entonces la corriente puede llevaros más allá de las rocas.

—O estrellarnos contra ellas.

—Tu objeción queda registrada, Ken de Seguridad.

Elise tapa el micrófono un momento.

—¿Ken de Seguridad?

—Imani canaliza el miedo con insultos.

—Ya me di cuenta.

Vuelve a transmitir.

—¿Cuánto dura la ventana?

—Cuarenta minutos. Quizá menos. Después, la siguiente aproximación segura es mañana por la noche.

Una salida real.

A cuatro horas.

Sin cámaras decidiendo si la merecemos. Sin salas clínicas cerradas. Sin Lenora.

Elise se vuelve hacia la pantalla con los archivos de Maeve.

Sé lo que va a responder antes de que hable.

—No.

Imani no reacciona de inmediato.

—Elise.

—Maeve y Claire siguen dentro. Y hay más gente.

—Lo entiendo.

—No, entiendes el informe. Yo estoy encima de las habitaciones.

—Estás herida, aislada y te están incriminando.

—Sí.

—Normalmente es cuando les dices a otras mujeres que se vayan.

La frase le llega.

Elise cierra la mano alrededor del micrófono.

—Normalmente, irse no significa abandonar la única copia de las pruebas que pueden liberar a todas las demás.

—Envíalo después.

—Si Lenora sabe que escapamos, lo destruye y traslada a la gente.

—Y si mueres, la organización muere contigo.

—Ese es el problema.

Imani guarda silencio.

Elise mira las tablas que cubren la cala.

—Construí Exit Line para que cada decisión volviera a mí. Lo llamé seguridad. Significa que no puedes operar a pleno rendimiento mientras yo no esté.

—Puedo operar.

—No todo.

—No.

Reconocerlo le cuesta.

El rostro de Elise cambia.

No se quiebra.

Se reorganiza.

—Cuando esto termine —dice—, eso cambia.

—Cuando esto termine, te voy a obligar a asistir a un curso de liderazgo.

—Demasiado pronto.

—Bien. Tu juicio funciona.

La luz de la radio se atenúa.

Imani nos da un protocolo de carga y una ventana de contacto programada. El relé puede transportar datos comprimidos si lo colocamos cerca de la red central de Vow House. El móvil sin conexión contiene demasiado para la señal actual.

—A las ocho y media —dice Imani—. El barco seguirá esperando. No tienes que decidir ahora.

Elise me mira.

—Sí, tengo que hacerlo.

Suelta el interruptor de transmisión.

—Nos quedamos.

La radio muere.

Ninguno de los dos habla durante varios segundos.

La lluvia tamborilea en el techo, ya no lo azota. La marea ha comenzado a retirarse de las puertas ocultas, dejando una línea oscura a lo largo de las tablas.

Elise desmonta la conexión de la batería y devuelve la pila a la linterna.

—Deberías coger el barco —digo.

No levanta la vista.

—No.

—Puedo quedarme.

—No.

—Tienes una organización y clientes que dependen de ti.

—Maeve es tu hermana.

—Sí.

—Claire me pidió ayuda.

—No puedes usar bien la mano lesionada.

—Tú no puedes respirar con normalidad.

—Puedo seguir siendo útil.

—Yo también.

—Elise.

Se gira.

Me detengo antes de que la siguiente frase se convierta en una orden.

La comprensión se refleja en su rostro.

—Inténtalo de nuevo —dice.

—Quiero que te vayas porque tu seguridad me importa más allá de esta operación.

Sus ojos permanecen en los míos.

—Eso está mejor.

—También es ineficaz.

—Sí.

Vuelve a colocar la batería de la linterna en su lugar.

El banco de trabajo contiene sopa enlatada, galletas saladas y una tetera oxidada. Elise abre una lata con el abrecartas de cerámica, corta mal el metal y no dice nada cuando el borde se dobla.

Se lo quito después de pedírselo.

Comemos la sopa fría en tazas separadas.

La acción ordinaria resulta más íntima que el beso en la sala de terapia. Sin cámaras. Sin pantalla biométrica que convierta el apetito en datos. Sin audiencia que nos diga qué significan nuestros cuerpos.

Elise se sienta en una caja frente a mí. La chaqueta del personal cuelga abierta sobre su camiseta negra. El cabello húmedo se ha secado en mechones irregulares alrededor de su rostro. Sin el jersey, queda más a la vista: la línea definida de sus hombros, la marca blanca tenue cerca de una clavícula, el arañazo en su costado.

Se da cuenta de que mi mirada se desplaza hacia allí.

—¿Es la herida lo interesante? —pregunta.

—No.

—¿Qué lo es?

La respuesta honesta es todo.

Su cuerpo, desde luego.

El hecho de que lo habita como un territorio que nadie más puede definir.

El hecho de que se quedó después de que le di razones de sobra para irse.

—Tú —digo.

Baja la vista hacia la sopa.

—Eso sonó ensayado.

—No lo fue.

—Peor.

Dejo la taza a un lado.

—No espero perdón.

—Bien.

—No lo estoy pidiendo.

—Lo sé.

El espacio entre nosotros cambia sin que ninguno de los dos lo cruce.

Elise se pone de pie.

Camina hacia las puertas ocultas, revisa la junta y luego regresa.

El trayecto le da tiempo para reconsiderar.

Se detiene frente a mí de todos modos.

—Esto no significa que confíe en ti —dice.

—Lo entiendo.

—Esto no borra a Natalie.

—Nada podría.

—Esto no nos convierte en un matrimonio.

—No.

—Y si digo que pares...

—Paro.

Su mano derecha toca el hilo verde alrededor de mi muñeca.

El contacto es leve.

Mi pulso reacciona como si lo hubiera apretado.

—No sé qué hará el mañana con esto —dice ella.

—Yo tampoco.

—No hagas que suene romántico.

—No era mi intención.

—Lo haces sin querer.

Se inclina y me besa.

Ninguna cámara lo requiere.

Ningún sistema se desbloquea.

Su boca está más fría que la mía por la sopa, sus dedos cálidos donde se posan contra mi mandíbula. Permanezco quieto durante el primer segundo, dejando que la decisión sea enteramente suya.

Ella la toma.

El beso se intensifica.

Le toco la cintura con la mano izquierda, evitando el arañazo bajo la chaqueta. Cuando mis dedos se deslizan bajo la tela, me detengo.

—¿Puedo?

—Sí.

Su respuesta es inmediata.

Deslizo la mano sobre su piel desnuda.

Exhala contra mi boca y se acerca más, cuidadosa con mis costillas sin que el cuidado resulte evidente. Su rodilla derecha se desliza entre las mías. Mi cuerpo responde con dolorosa claridad.

Elise se aparta lo suficiente para mirarme.

—¿Tus costillas aguantan esto?

—Depende de tu definición.

—Merrick.

—Sí, con limitaciones.

—¿Qué limitaciones?

—Nada de presión en el lado derecho. Nada de giros bruscos.

—Muy seductor.

—Prefiero expectativas precisas.

—Eso sí me lo creo.

Se quita la chaqueta y la deja sobre el banco de trabajo, no en el suelo. El relé está cosido en el dobladillo. Incluso ahora, protege el equipo.

Luego se quita la camiseta negra por la cabeza usando solo la mano derecha.

Verla así debería inspirar un pensamiento elegante.

No es el caso.

Está la línea pálida bajo su clavícula. La fuerza compacta de su vientre. El vendaje alrededor de su palma izquierda apartado del cuerpo.

Y unos pechos que he intentado no imaginar desde la sala de terapia.

Fracaso en silencio.

Elise lo nota.

—¿Todavía operativo? —pregunta.

—Sí.

La palabra sale más ronca de lo previsto.

Se coloca entre mis rodillas y me toma la mano izquierda.

—Tócame.

Lo hago.

Despacio al principio, siguiendo los cambios en su respiración en lugar de asumirlos. Mi palma recorre su cintura, sus costillas, la curva de su pecho.

Cierra los ojos un momento.

Cuando le rozo el pezón con el pulgar, se inclina hacia el contacto y vuelve a besarme.

Su mano derecha me abre la camisa.

Se detiene cuando la tela se aparta de los moretones a lo largo de mis costillas. La piel se ha oscurecido del rojo al púrpura.

—Eso está peor de lo que dijiste.

—Las describí como posiblemente fisuradas.

—Te describiste como útil.

—Sigo siéndolo.

Su boca toca el lado ileso de mi pecho.

Se me olvida lo que iba a decir.

Me desabrocha los pantalones mientras me observa el rostro.

—¿Todavía sí? —pregunta.

—Sí.

Llevo la mano a su cinturilla.

—¿Puedo?

—Sí.

Le bajo los pantalones y la ropa interior a la vez, con cuidado de no rozar la mano vendada que apoya en mi hombro.

Permanece desnuda entre mis rodillas, respirando más rápido, sin intentar ocultarse de mi mirada.

Le toco la cara interna del muslo.

Separa más las piernas.

Permiso concedido con el gesto, confirmado cuando pregunto.

Mis dedos se deslizan entre sus piernas.

Ya está húmeda.

El descubrimiento me altera la respiración más que la lesión.

—Elise.

—No narres.

Casi se me escapa una risa.

Me agarra el hombro cuando le rodeo el clítoris. Sus caderas se mueven contra mi mano, controladas al principio, luego con menos interés en el control.

Le observo el rostro.

Abre los ojos.

—Estás analizando.

—Estoy prestando atención.

—Pues préstala más abajo.

Obedezco.

Se corre con la frente contra la mía, una mano aferrada a mi camisa y la otra protegida entre nuestros cuerpos. Sin desplomarse dramáticamente. Sus músculos se tensan alrededor de mis dedos, su boca se abre contra mi mejilla, y dice mi nombre como si le irritara necesitarlo.

Cuando la tensión abandona sus piernas, sigue de pie.

—¿Condón? —pregunta.

—En mi cartera.

—Por supuesto.

—Venía preparado para varios tipos de emergencia.

—¿Esto estaba en tu lista?

—No.

Lo saco.

Toma el paquete, lo abre con una mano —con más destreza que la que mostró con la lata de sopa— y me lo pone.

Luego mira el banco de trabajo y mis costillas.

—Tú te quedas sentado.

—Entiendo.

—Yo decido el ritmo.

—Sí.

Se sienta a horcajadas sobre mí, con cuidado.

Le sostengo las caderas sin dirigirlas.

Cuando desciende sobre mí, los dos nos detenemos.

La sensación es demasiado intensa para pensar en estrategias.

Su cuerpo se ajusta al mío. Su mano derecha me agarra la nuca. La izquierda descansa sobre mi pecho, el vendaje blanco contra la

piel.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí.

—¿Y tú?

—Sí.

Empieza a moverse.

Despacio por mis costillas.

Lo bastante despacio para que cada movimiento sea deliberado.

Le toco el pecho, luego el lugar entre nosotros. Me dice qué presión quiere. Escucho.

Eso debería ser lo normal.

Para mí, es como desmontar un lenguaje que he usado demasiado tiempo.

Su ritmo se vuelve menos cuidadoso. Apoyo el pie izquierdo en el suelo, recibiendo el movimiento sin intentar controlarlo.

—Elise.

Me besa antes de que pueda decir nada más.

Me corro con la boca contra la suya y las manos abiertas en su cintura.

Después, permanece en mi regazo hasta que se nos calma la respiración.

Ninguno habla de lo que significa.

Al final, se viste y se tumba sobre las mantas dobladas junto al banco de trabajo.

Yo me echo en el suelo junto a la puerta.

—No vas a dormir ahí otra vez —dice sin abrir los ojos.

—Estoy vigilando la entrada.

—Puedes vigilarla desde la manta.

Me muevo a su lado.

Sin tocarnos.

Cinco minutos después, su mano derecha encuentra la mía entre nosotros.

Duerme cuarenta y tres minutos.

Yo no.

El teléfono desconectado sigue en el banco de trabajo.

Vuelvo a abrir la auditoría de Natalie.

Un archivo adjunto recuperado aparece bajo mi registro de autorización, antes oculto por un índice corrupto.

Contiene una advertencia emitida hace seis meses.

Maeve la envió directamente a mi cuenta ejecutiva.

GWH ES GREYWAKE WELLNESS HOLDINGS. LA EXPORTACIÓN DE NATALIE FUE A LA MISMA RED. ABRE EL CASO.

El estado del mensaje dice:

REVISADO - M. ROOK

Recuerdo haber visto un aviso corrupto sin archivo adjunto.

Recuerdo haberlo cerrado para más tarde porque estaba a punto de entrar en una negociación.

El sistema dice que abrí la prueba.

Da igual si lo entendí entonces o me negué a hacerlo: el resultado es el mismo.

A mi lado, Elise duerme con la mano vendada cerca de mi pecho.

Cierro el archivo sin despertarla.

CAPÍTULO 19

ELISE

Regresamos a Vow House con verdad suficiente para destruirla, pero no para sacar a nadie con vida.

La ventana meteorológica llega a las ocho y veintitrés.

A través de las tablas del embarcadero oculto, observo cómo el mar se aplana más allá de la cala. En algún lugar al sur, el barco de Imani nos espera.

Merrick también lo observa.

Ninguno de los dos menciona marcharnos.

A las nueve, la ventana se cierra.

La decisión queda atrás.

Entramos en el túnel antiguo con marea baja y subimos por la escotilla de incendios hasta el cascarón quemado de la casa del cuidador. La lluvia ha extinguido la mayor parte del fuego. El techo de la cocina se ha derrumbado, pero la pared norte sigue en pie.

El personal de Vow House ha retirado los contenedores de combustible visibles.

Dejaron los dossieres.

Lenora todavía quiere que sigamos la ruta.

Nos separamos antes de llegar al edificio principal.

Merrick toma el sendero de servicio inferior para localizar a Tobin y el horario de traslado. Yo uso la ruta del jardín oeste porque Lenora espera que regrese por donde las cámaras me vean.

La banda en mi dedo se reconecta con el sistema principal cerca del invernadero.

Vibra tres veces.

Aparece un mensaje.

BIENVENIDA DE VUELTA, ELISE.

No la Sra. Rook.

No Elise Rook.

Mi nombre real.

Las puertas del jardín se desbloquean antes de que las alcance.

Lenora espera dentro del vestíbulo central.

Viste de crema otra vez. Pantalones claros, blusa de cuello alto, cabello rubio plateado liso pese al aire húmedo. Su compostura hace que el borde ennegrecido de mi chaqueta prestada del personal destaque aún más.

Dos empleados de seguridad tras ella.

La Dra. Venn espera cerca del pasillo clínico, con el antebrazo amoratado donde le di la patada.

Nadie se me acerca.

Lenora mira mi mano vendada.

—Te has hecho daño.

—Me encerraste en una habitación con la voz de mi hermana muerta.

—Te ofrecí la verdad.

—Me ofreciste duelo editado.

—¿La grabación mintió?

—No.

—Entonces discrepamos sobre el método.

—Discrepamos sobre la propiedad.

Su mirada se desplaza más allá de mí.

—¿Dónde está Merrick?

—Lo dejé.

La respuesta está diseñada para las cámaras.

También lleva verdad suficiente para acelerarme el pulso.

El anillo parpadea en ámbar.

Lenora lo nota.

—¿Por qué?

—Mintió.

—Sí.

Que me dé la razón tan fácilmente me irrita.

—Él cree que ocultar información protege a la gente —dice.

—Tú también.

—Yo ya no finjo lo contrario.

Los de seguridad permanecen cerca de la entrada, pero no me rodean.

Lenora hace un gesto hacia el ala clínica. —Camina conmigo.

—Preferiría saber si Claire está viva.

—Lo sabrás.

Entramos en un pasillo que no he visto antes.

Sin paredes de cedro. Paneles compuestos blancos, iluminación empotrada, puertas sin manijas exteriores. El aire huele a antiséptico y plástico calentado.

Mi anillo no muestra etiquetas de habitaciones.

La presencia de Lenora funciona como autorización.

—Vow House empezó con mujeres que no podían marcharse de forma segura —dice—. Maridos maltratadores. Familias influyentes. Policías que trataban la coerción como un asunto privado.

—Las escondiste.

—Las escuché.

—Al principio.

Me mira.

—Sí.

La respuesta no le avergüenza.

—¿Qué cambió?

—Una clienta volvió con su marido al cabo de seis meses. Dijo que lo había elegido.

Lenora se detiene junto a un panel de visualización.

—Tres días después, él la mató.

El panel se aclara.

Claire yace en una cama de hospital al otro lado. Su cabello rubio se extiende sobre la almohada. Sin brazalete. Lleva una vía en el brazo izquierdo. Un vendaje ancho le cubre la muñeca.

Tiene los ojos abiertos.

Se mueven hacia nosotras.

—Elise —dice a través del altavoz de la habitación.

Tiene la voz pastosa por la medicación.

Doy un paso hacia la puerta.

Sigue cerrada.

—¿Qué le diste? —pregunto.

—Un sedante después de que se volviera violenta.

Claire levanta una mano débilmente.

No se ven sujeciones.

Las barandillas de la cama están levantadas.

—¿Ella consintió?

—Graham autorizó la intervención médica.

—Él no es dueño de su consentimiento.

—Él conoce su historial.

—Él causó el moretón.

Lenora no lo niega.

—Graham vino a Vow House porque Claire planeaba exponer crímenes financieros que lo enviarían a prisión. Quería protección. Después cambió de opinión.

—Después de que la pusieras bajo vigilancia.

—Después de que se disculpara.

El desprecio en la voz de Lenora apunta a la elección de Claire, no al abuso de Graham.

Eso es lo que la define.

No confía en que la gente asustada desee el futuro adecuado.

—A esto lo llamas Recompromiso —digo.

—Un período sin presión externa.

—Quieres decir sin acceso a nadie que pueda contradecirte.

Claire vuelve el rostro hacia la pared.

Memorizo la habitación.

Segunda puerta detrás de la cama.

Panel de emergencia cerca del suelo.

No hay cámara visible, lo que significa que está integrada en las luces o en el cristal.

Lenora reanuda la marcha.

—Algunas Graduadas regresan con nuevas identidades —dice—. Algunas se reconcilian en condiciones supervisadas. Algunas

cooperan con investigaciones. La categoría no implica un único resultado.

—¿Y las Archivadas?

Se detiene ante otra puerta.

—Personas cuyo regreso causaría un daño inaceptable.

—Personas muertas.

—No siempre.

La distinción resulta más escalofriante que una confirmación.

—¿Maeve?

—Persistente.

—¿Viva?

—Lo estaba la última vez que la vi.

—¿Cuándo?

Lenora sonríe levemente.

—No estás en posición de hacer el interrogatorio de ingreso.

—¿En qué posición estoy?

—Reclutamiento.

La siguiente habitación no es clínica.

Es una oficina.

Dos estaciones de trabajo. Mapas en las paredes. Hileras de discos duros seguros. En una pantalla, las rutas de Exit Line forman una red que atraviesa Washington y Oregón.

No son rutas precisas.

Lo bastante cercanas para arruinar vidas.

Lenora cierra la puerta tras nosotras.

—Construiste algo necesario —dice—. Y luego te convertiste en su punto de fallo.

—Imani puede operar sin mí.

—¿Durante cuánto tiempo?

No digo nada.

Ella lee el silencio.

—Merrick cometió el mismo error. Cada anulación ejecutiva pasa por su criterio. Cada emergencia asume que la persona más competente merece el control.

—Y tu solución eres tú.

—Mi solución es una institución dispuesta a decidir.

—¿Quién la audita?

—Los resultados.

—Los muertos rara vez presentan quejas.

Aparece una línea junto a su boca.

—Merrick enterró la alerta que podría haber expuesto la filtración de la ubicación de Natalie.

—Lo sé.

—¿Sabes cuándo?

—Me lo dijo.

—¿Sabes lo que él sabía?

La pregunta apunta al archivo que él cerró mientras yo dormía.

Aún no lo sé.

Lenora toca la estación de trabajo más cercana.

Se abre una carpeta.

NATALIE ARDEN - REGISTROS DE AUTORIZACIÓN

—Tu marido te dejó creer que su culpa se limitaba a cobardía corporativa —dice.

—No es mi marido.

—No. Pero volviste con sus decisiones marcadas en el cuerpo.

Su mirada desciende brevemente a mi boca, luego a la chaqueta prestada.

La intimidad resulta visible de un modo que me molesta.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Acceso a Exit Line. Hoy no quiero nombres de clientes. Claves estructurales. Arquitectura de rutas. Lógica de contingencia.

—¿A cambio de?

—Maeve. Claire. El archivo completo de Natalie.

—Esperas que confíe en ti.

—No. Espero que reconozcas la alineación.

Cree que la libertad y el control son dos herramientas orientadas al mismo fin.

Lo aterrador es que hubo un tiempo en que habría entendido el argumento mejor de lo que lo entiendo ahora.

—Muéstrame a Maeve primero.

—Muéstrame una clave de acceso válida de Exit Line.

—No las llevo encima.

—Llevas encima todo lo que importa.

Me acerco a la estación de trabajo y finjo examinar la red.

El mapa contiene cuatro refugios falsos y una ruta de vehículos obsoleta.

Alguien accedió a infraestructura obsoleta, no a la bóveda actual.

Imani protegió el núcleo.

Dejo que el alivio se manifieste como concentración.

—¿Qué pasa si me niego?

Lenora coloca un pequeño reproductor de audio junto a mi mano derecha.

—Oyes a Merrick decidiendo que la muerte de tu hermana era un riesgo comercial aceptable.

El dispositivo tiene una etiqueta:

NATALIE ARDEN - GRABACIÓN DE AUTORIZACIÓN

No lo toco.

—Reprodúcelo.

—Cuando me des una clave.

Detrás del monitor apagado, un panel de acceso emite un débil pulso de red.

Suficiente para el relé de Imani.

Miro a Lenora.

Luego al falso mapa de Exit Line.

—De acuerdo —digo.

Su expresión no cambia.

La mía tampoco.

—Te mostraré cómo abrimos una ruta.

CAPÍTULO 20

MERRICK

Tobin espera dentro de la lavandería inferior con un cuchillo en la mano.

Lo sujeta mal para atacar, pero bien para cortar una atadura.

Su uniforme empapado de instalaciones ha sido sustituido por un mono gris de mantenimiento. Un moretón se extiende bajo su ojo izquierdo. Su figura delgada parece aún más angulosa bajo las luces fluorescentes.

Cuando entro, levanta la hoja.

Luego ve mi rostro.

—¿Dónde está Elise?

—Con Lenora.

—Entonces no deberías estar aquí.

—Necesito el horario de traslado.

—Necesitas sacarla de aquí.

—Ella eligió la infiltración.

Tobin me mira como si elegir fuera un lujo que la gente menciona cuando la puerta ya está cerrada.

—Lenora la eligió primero.

—Eso no anula la decisión de Elise.

Las palabras suenan correctas.

Todavía estoy aprendiendo a comportarme como si las creyera.

Tobin baja el cuchillo.

—Maeve se mueve antes de la marea alta final. Lunes, tres cincuenta.

—Nuestro archivo original indicaba las cuatro cuarenta y dos.

—Lo cambiaron después del incendio.

—¿Ubicación?

—Aislamiento médico bajo la ruta del cuidador. No el primer nivel inferior. El ala que da al mar.

El aire salado detrás del jardín oeste.

La entrada controlada en el túnel.

—¿Acceso?

—Banda clínica, llave de Lenora o código de emergencia ejecutivo.

—¿Mi reloj?

—Si no lo han revocado.

—Lo han hecho.

—Entonces consigue que lo restauren.

Lo dice como si yo todavía fuera dueño del sistema.

Ya no sé si alguna vez lo fui.

Hay una terminal de servicio detrás de las secadoras industriales. Tobin abre el panel de mantenimiento con la vieja herramienta de bypass.

—Tienes cuatro minutos antes de la sincronización.

Conecto mi reloj.

La terminal reconoce el certificado ejecutivo, pero deniega el control activo.

Los archivos de solo lectura siguen disponibles.

Busco los archivos de Natalie.

El resultado contiene la auditoría que Elise ya vio y un índice de mensajes recuperados.

Aparece la advertencia de Maeve de hace seis meses.

GWH ES GREYWAKE WELLNESS HOLDINGS. LA EXPORTACIÓN DE NATALIE FUE A LA MISMA RED. ABRE EL CASO.

Revisado con mis credenciales.

Recuerdo el día.

Una sala de conferencias de hotel en Boston. La familia de un ingeniero secuestrado, a la espera de una prueba de vida. Mi teléfono inundándose de notificaciones internas que redirigí a una carpeta de revisión.

Vi la línea de asunto de Maeve.

Natalie Arden / Greywake

Abrí la vista previa del mensaje.

El archivo adjunto no, me dije.

El sistema registra que el adjunto se mostró durante doce segundos.

Doce segundos bastan para leer el primer párrafo.

Lo cerré.

Volví a la familia al otro lado de la mesa.

Luego dejé pasar seis meses.

—Lo sabía —digo.

Tobin me mira de reojo.

—¿Qué?

—Suficiente.

La terminal muestra un segundo documento.

Hace tres meses, el asesor legal recomendó eliminar permanentemente la auditoría porque Maeve había empezado a contactar con antiguos clientes. Mi autorización aparece bajo la recomendación.

APROBADO.

Recuerdo haber firmado un lote de órdenes de retención.

No revisé cada caso.

Eso no es inocencia.

Es la forma de culpa reservada a quienes tienen subordinados.

La cadena completa está clara ahora.

Alguien usó mi credencial la noche en que murió Natalie.

Descubrí el uso indebido después y lo oculté.

Maeve lo vinculó directamente a Greywake.

Ignoré la advertencia.

Luego aprobé la destrucción de la auditoría restante sin leer el adjunto.

Elise cree que le conté toda la verdad en el cobertizo de botes.

Le conté la parte que había aceptado.

No la parte que los registros aún podían obligarme a ver.

Activo la cámara de la terminal.

Tobin sale del encuadre.

—¿Qué estás haciendo?

—Grabando una confesión.

—¿Para la policía?

—Para Elise.

Declaro las fechas.

Las decisiones.

Las advertencias.

Incluyo la amenaza que hice contra Exit Line antes de venir a Greywake.

Las palabras solo se vuelven más difíciles cuando son precisas.

—Creí que controlar la información me permitiría corregir el daño antes de que nadie más pagara por ello —digo—. En cambio, el control se convirtió en la razón por la que retrasé cada corrección.

Tobin observa el temporizador de sincronización.

—Un minuto.

Guardo la grabación en mi reloj.

No en el relé.

No a Imani.

Sigo controlando adónde va la verdad.

Ser consciente de ello debería impulsarme a transmitirla de inmediato.

En cambio, me digo que Elise necesita la información primero.

Aparece una transmisión de seguridad en directo en la esquina del terminal.

El despacho de Lenora.

Elise está junto a una estación de trabajo que muestra rutas de Exit Line.

Lenora coloca la grabación de Natalie entre las dos.

Elise dice algo, pero no hay audio.

Luego introduce una secuencia en el terminal.

Una clave estructural.

Mi cuerpo interpreta la imagen antes de que el resto de mí pueda objetar.

Le está dando acceso a Lenora.

No.

Está actuando.

La diferencia debería ser obvia después de todo lo que le he visto hacer.

Entonces Lenora toca la mano vendada de Elise.

Elise lo permite.

El gesto solo parece íntimo porque Lenora lo diseñó así.

Se abre un mensaje en mi terminal.

TU ESPOSA ESTÁ LISTA PARA DEJARTE.

Miro hacia la cámara sobre las secadoras.

—Lenora.

Tobin se acerca al terminal.

—No respondas.

Aparece otro mensaje.

ELLA ENTIENDE QUE LA SEGURIDAD REQUIERE A ALGUIEN DISPUESTO A DECIDIR.

Cierro la transmisión.

El temporizador de sincronización llega a cero.

El rastreo se detiene en toda la red de servicio.

Esta es la ventana de transferencia.

Puedo llegar al ala marina ahora.

Si espero a Elise, Lenora puede trasladar a Maeve.

Si voy solo, repito el mismo error con un disfraz lo bastante heroico para excusarlo.

Lo sé.

Aun así, le quito el cuchillo a Tobin.

—Muéstrame la ruta.

—No.

—Trasladan a Maeve en menos de tres días.

—Elise tiene la llave de incendios.

—Yo tengo un mapa ejecutivo.

—Desactualizado.

—Puedo llegar al ala.

—Apenas puedes girarte.

—Mis costillas no son relevantes.

—Dices lo mismo de todo lo que tenga que ver con tu cuerpo.

Tobin se interpone entre la puerta de servicio y yo.

Es más pequeño, no está entrenado y está visiblemente asustado.

Pero no se mueve.

—Maeve me dijo que no te dejara rescatarla primero —dice.

—No estoy pidiendo permiso.

—Ese es el problema.

La frase pertenece a Elise.

O a Maeve.

O a cada persona que se ha plantado frente a mí mientras yo explicaba por qué la urgencia me daba autoridad.

Le devuelvo el cuchillo.

Entonces la alarma del terminal cambia.

ACCESO NO AUTORIZADO A EXIT LINE DETECTADO

La ruta falsa en la pantalla de Lenora ha activado una respuesta de seguridad.

Elise plantó algo.

El relé.

Debería confiar en el plan.

Una imagen de cámara muestra a dos guardias entrando en el despacho de Lenora.

Elise permanece junto a la estación de trabajo.

Un guardia le agarra la mano herida.

Salgo de la lavandería.

Tobin me agarra la manga.

—No lo hagas.

Le aparto la mano sin brusquedad.

—No estoy decidiendo por ella.

—¿Qué estás haciendo?

—Crear una opción.

La distinción es tan fina que casi es mentira.

Sigo la ubicación de Elise por el corredor de servicio.

En el último cruce, mi anillo se reconecta a la red.

Las puertas se cierran a mi espalda.

Tres empleados de seguridad salen de la sala de observación.

La voz de Lenora llega por el altavoz de la pared.

—Siempre llegas en el momento en que el rescate puede causar más daño.

El primer guardia se mueve hacia mi lado lesionado.

Lo esquivo.

El segundo me golpea las costillas con una barra de contención.

El dolor borra el corredor.

Cuando recupero la visión, estoy de rodillas.

Me tienen el brazo derecho retorcido hacia atrás.

A través de la puerta de cristal que tengo delante, veo a Elise junto a Lenora.

Me mira.

Sin pánico.

Sin súplica.

Levanta la mano derecha hacia la cámara.

Tres dedos.

Luego dos.

Luego tres.

Confía en la señal.

Dejo de resistirme.

CAPÍTULO 21

ELISE

Merrick está de rodillas al otro lado del cristal, y lo más útil que puedo hacer es dejarlo ahí.

Un oficial de seguridad le sujeta el brazo derecho a la espalda. Otro permanece junto a sus costillas lesionadas con una barra de contención inclinada hacia abajo. Tiene sangre en la comisura de la boca, de cuando se golpeó contra el suelo o alguien lo golpeó a él.

Me mira.

No a Lenora.

No a los guardias.

A mí.

Le hago la señal 3-2-3.

Su resistencia cesa.

El cambio es tan inmediato que Lenora lo nota.

—Interesante —dice—. Te obedece.

—Confía en el plan.

—A menudo son lo mismo.

—No.

Me aparto del cristal.

La elección duele en un lugar físico ordinario bajo el esternón. Eso facilita la desconfianza. Los cuerpos confunden constantemente la proximidad con la obligación.

Merrick no necesita que le demuestre mi amor destruyendo el acceso que acabo de conseguir.

La clave estructural falsa que introduje ha abierto una ruta obsoleta de Exit Line y nada más. El sistema de Lenora cree que

está rastreando una red activa.

Imani verá la intrusión.

El relé ya está conectado detrás del panel de la estación de trabajo, lo bastante cerca del conmutador central para transmitir archivos comprimidos durante la próxima sincronización.

Lenora no lo sabe.

Todavía.

—¿Adónde lo llevarán? —pregunto.

—A Observación.

—¿No a Recompromiso?

—Es más útil consciente.

Sus palabras no ofrecen consuelo.

Vuelvo a la pantalla.

—Muéstrame cómo funcionan tus clasificaciones de Graduadas.

Lenora despide a los guardias con un gesto. Merrick desaparece de mi vista.

La puerta del despacho se bloquea.

En la estación de trabajo, abre una secuencia de perfiles.

La primera mujer entró en Vow House con la mandíbula rota y un marido abogado. Lenora la reubicó con una nueva identidad.

La segunda volvió con su cónyuge tras el Recompromiso.

La tercera figura como Archivada.

Sin certificado de defunción.

Sin nueva identidad.

Solo un pago offshore a una empresa de transporte y la imagen de un barco vacío.

—Empezaste salvándolas —digo.

—Todavía lo hago.

—Dejaste de creer que ellas podían definir qué era ser salvadas.

—Dejé de confundir la elección condicionada con la libertad.

—¿Qué hace que tu juicio no esté condicionado?

—La distancia.

—Estás dentro del mismo sistema.

—Yo construí el sistema.

Exactamente.

Abre otro archivo.

Un hombre que pegaba a su esposa, evitó el procesamiento y después murió en un accidente de escalada.

El informe del accidente contiene fotografías de las cámaras de vigilancia de Vow House.

Lenora recopiló pruebas del maltrato.

Después orquestó las consecuencias.

—¿Cuántas muertes? —pregunto.

—Las muertes no son la única salida permanente.

—¿Cuántas?

—Menos de las que permitió el sistema legal.

La respuesta no es un número porque los números exigen responsabilidades.

Me desplazo por la pantalla fingiendo fascinación en lugar de repugnancia.

Las ubicaciones de las Graduadas llenan un mapa de la isla.

Claire sigue en Recompromiso.

Otras tres sujetos activas ocupan salas médicas.

La Graduada 42 aparece bajo las coordenadas de la casa del cuidador.

Sin señal.

Ajusto el rango de fechas.

Se abre una orden de traslado.

GRADUADA 42 - AISLAMIENTO SEA WARD

TRASLADO: LUNES, 03:50

VENTANA DE ARCHIVO: LUNES, 04:42

Dos eventos separados.

Primero el traslado.

Archivo en marea alta.

Maeve está viva ahora, o se espera que lo esté hasta el traslado.

Memorizo la ruta de acceso médico.

Observación Inferior.

Corredor de bombeo oeste.

Sea Ward.

El viejo túnel que usamos se cruza con el corredor de bombas detrás de la puerta.

—¿Qué harías con Maeve? —pregunto.

—Entró voluntariamente y violó todos los acuerdos que firmó.

—Esa es una respuesta legal.

—Creía que la exposición por sí sola corregiría la institución.

—Y no estás de acuerdo.

—La exposición destruye sistemas frágiles antes de que existan sustitutos.

El argumento se parece a la justificación de Merrick para enterrar la auditoría.

Lenora percibe que lo reconozco.

—Te dijo que ocultó el archivo de Natalie para proteger Rook Risk.

—Sí.

—¿Te dijo que recibió la advertencia directa de Maeve hace seis meses?

Mi mano se queda inmóvil sobre el ratón.

—No.

—¿Te dijo que aprobó la eliminación permanente hace tres meses?

No.

La falta de respuesta es suficiente.

La voz de Lenora se suaviza.

—Él no miente inventando hechos. Miente terminando la frase antes de que empiece la responsabilidad.

Es exacto.

La exactitud no la hace segura.

Sigo desplazándome.

El relé detrás del panel se calienta levemente contra el interior de la muñeca, donde el cable toca el borde del escritorio.

Veinte por ciento transmitido.

Necesito más tiempo.

—¿En qué quieres que se convierta la Exit Line? —pregunto.

—Un brazo de admisión.

—¿Para la Vow House?

—Para algo más grande. Reubicación independiente, pruebas de conducta, intervención controlada, separación permanente cuando

sea necesario.

—Quieres que las mujeres acudan a mí para que tú puedas decidir si merecen irse.

—Quiero que las mujeres dejen de volver con hombres que las matarán.

—¿Y si eligen hacerlo?

—Impido el regreso.

Lo dice sin crueldad.

Esa es la parte más aterradora.

No hay placer en la dominación.

No hay odio hacia las mujeres.

Solo la certeza de que su resultado es superior a la elección de ellas.

El relé alcanza el treinta y ocho por ciento.

Abro el mapa de rutas obsoleto.

—Este nodo controla el transporte de emergencia —digo.

Lenora se coloca a mi lado.

Su hombro casi toca el mío.

—Muéstramelo.

Introduzco una segunda credencial falsa, una que redirige a un servidor señuelo que Imani puede aislar.

La estación de trabajo solicita confirmación biométrica.

Mi anillo.

Acerco la mano izquierda al lector.

El vendaje impide el contacto.

Lenora me toma la muñeca.

Mi cuerpo reacciona antes que el juicio.

El hombro se tensa.

El peso se desplaza.

Ella lo siente.

—No te haré daño —dice.

—Esa frase suele significar que alguien pretende ignorar la primera respuesta.

Me suelta.

Un punto a su favor.

Uno calculado.

Me quito el anillo y lo coloco en el escáner.

La ruta señuelo se abre.

El relé alcanza el cincuenta y siete por ciento.

Aparece una alerta en el segundo monitor de Lenora.

SUJETO EN OBSERVACIÓN: MERRICK ROOK

Su perfil muestra respuesta elevada al dolor, respiración restringida, sin resistencia actual.

Se abre una transmisión en vivo.

Está sentado en la misma habitación blanca donde Lenora lo interrogó nuestra primera noche. Una muñeca sujeta a la silla. El lado derecho rígido. El hilo verde sigue alrededor de la muñeca izquierda.

Gira el anillo de boda falso un cuarto de vuelta.

Verdad incompleta.

Nuestra señal establecida.

Sabe algo que no ha revelado.

Lenora sigue mi mirada.

—Tiene la costumbre de confesar cuando las pruebas se vuelven irrefutables.

—La mayoría de la gente lo hace.

—Tú no.

—Prefiero destruir las pruebas.

Aparece su sonrisa.

Cree que es una broma.

El relé alcanza el setenta y uno por ciento.

Una notificación parpadea en el anillo.

Tres, dos, tres.

No es de Merrick.

Es de Imani, a través del relé.

Conexión confirmada.

Cubro la banda con el pulgar.

Alguien más está escuchando.

Luego miro directamente a la cámara de observación.

La mano derecha se mueve sobre la estación de trabajo.

Dos dedos tocan el escritorio.

Luego cuatro.

Veinticuatro minutos hasta que la sincronización complete la carga.

Merrick observa la transmisión.

Su expresión no cambia.

Entiende.

Lenora cierra el video.

—Tu prueba —dice.

Coloca el reproductor de audio de Natalie a mi lado.

—Te di una ruta —digo.

—Una ruta retirada.

El aire abandona la habitación de forma más silenciosa.

Lo sabía.

—¿Creíste que no la verificaría?

—Creí que la verificación ocuparía tu sistema.

Lenora mira la estación de trabajo.

El relé alcanza el ochenta por ciento.

Su mano se mueve hacia el panel.

Abro otro archivo para distraerla.

El perfil médico de Maeve llena la pantalla.

Programa de sedación.

Notas de lesiones.

Una fotografía tomada esa mañana.

Maeve yace en una cama estrecha con un vendaje sobre una ceja.

Viva.

Tiene los ojos abiertos.

Sostiene algo contra la manta.

Una llave de latón para incendios.

No es la nuestra.

Una segunda.

Lenora ve mi reacción.

—Tu amiga es ingeniosa.

—No es mi amiga.

—¿No?

—Es familia del hombre al que retuviste.

—¿Y qué es él para ti?

La pregunta se acerca demasiado a la verdad.

Miro el reproductor de audio en vez de responder.

—Un asunto pendiente.

Lenora parece satisfecha.

Empuja el dispositivo hacia mí.

—Escucha.

Pulso reproducir.

Estática.

Luego la voz de Merrick.

No es la confesión del embarcadero.

Más antigua.

Más fría.

Una grabación de sala de juntas.

—Cierren la revisión activa —dice—. Retiren el material de Arden de la circulación de cumplimiento.

Un hombre pregunta:

—¿Y la notificación externa?

Merrick hace una pausa.

Suficiente para comprender la decisión.

—Ninguna hasta que contengamos la exposición del cliente.

La grabación continúa.

Otra voz menciona Greywake Wellness Holdings.

Merrick responde:

—Mantengan ese nombre fuera del paquete de la junta.

Mi pulsera vibra.

Subida completa.

Detengo la grabación.

Lenora me observa.

—Ahora —dice—, ¿entiendes por qué te trajo aquí?

Al otro lado de la pared, una cerradura cede.

Merrick ha encontrado una salida, o se la han dado.

Recojo el reproductor de audio.

—No —digo—. Pero entiendo por qué temía que escuchara esto antes de poder explicarlo.

La expresión de Lenora cambia.

Reconoce demasiado tarde que no vine a elegir entre ellos.
Vine a mover la evidencia.
La alarma de incendios suena en el ala este.
No es la mía.
Es la de Merrick.

CAPÍTULO 22

MERRICK

La sujeción de mi muñeca izquierda tiene holgura suficiente para ser útil solo si quien la lleva está dispuesto a dañarse la mano.

La mía ya está dañada.

Eso simplifica el cálculo.

La alarma de incendios late en la sala de observación a intervalos regulares. Luz roja. Oscuridad. Roja de nuevo.

La puerta sigue cerrada.

El humo no entra.

Esto no es una emergencia real. Es un protocolo del sistema diseñado para desplazar al personal mientras los sujetos bajo control permanecen aislados.

La sujeción es de polímero de grado médico, fijada al brazo de la silla. Mi muñeca derecha está libre porque el empleado decidió que mis costillas lesionadas hacían innecesaria una segunda sujeción.

Subestimó la costumbre.

La gente protege el lado que parece peligroso.

Mi mano derecha tiene la extensión limitada, no la fuerza.

Giro el anillo de boda falso un cuarto de vuelta.

El movimiento presiona la costura interna modificada contra la hebilla de la sujeción. El receptor que Maeve o Tobin instalaron en el anillo no es una herramienta de corte.

El borde de la carcasa abierta sí lo es.

Lo deslizo bajo la solapa de liberación.

El dolor me recorre las costillas cada vez que me inclino. El golpe en el pasillo agravó la lesión original. Respirar sigue siendo posible.

Respirar con eficiencia, no.

La alarma se detiene.

Pasos afuera.

Dos personas.

Una habla por radio.

—El sistema de supresión este se activó sin confirmación de calor.

—¿Activación manual?

—Fuente desconocida.

Elise.

O Imani actuando a través del relé.

En cualquier caso, la alarma logró exactamente una cosa: desviar la atención.

Presiono más fuerte.

La hebilla cede.

Me levanto demasiado rápido.

La habitación se inclina. Me apoyo en la silla hasta que el suelo vuelve a ser firme.

La cámara de observación me sigue.

La voz de Lenora llega desde el techo.

—Tienes una puerta cerrada y un cuerpo lesionado.

—Uno de esos es temporal.

—Tu certeza es agotadora.

—También lo es el confinamiento.

Coloco el reloj contra el panel de la puerta.

Autenticación ejecutiva rechazada.

La alerta de incendio ha pasado todo el acceso clínico a prioridad manual.

Inspecciono el marco.

Sin bisagras visibles.

Cerradura magnética en el lado opuesto.

Hay otra salida porque las salas de observación requieren acceso del personal sin cruzar la línea de visión del sujeto.

Una cámara no es solo un ojo.

Necesita una persona, un cable o una ruta de servicio detrás.

Me vuelvo hacia la pared ahumada.

La pantalla desde la que Elise me observó sobresale unos centímetros del panel circundante. El aire circula por su borde inferior.

Retiro el cierre metálico de la correa del reloj y lo deslizo en la junta.

Lenora dice:

—Romper la pared no hará que ella confíe en ti.

—No.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

—Porque quedarme sentado te daría la razón.

El panel cede bajo la presión.

Detrás hay un hueco de mantenimiento lo bastante ancho para cables y una persona de costado.

Tiro de la pantalla hacia fuera.

El dolor se agudiza en las costillas. La habitación se reduce a ruido blanco durante dos segundos.

Cuando se despeja, el panel cuelga abierto.

El hueco huele a polvo, cableado caliente y el leve rastro químico del vapor extintor.

Entro.

La pantalla se cierra a medias detrás de mí.

Una plataforma estrecha de acero discurre entre las salas de observación. Hay auriculares colgados de ganchos. Los monitores muestran sillas vacías, sesiones privadas y dos agentes de seguridad que avanzan hacia el ala oeste.

El pasillo que encontró Elise.

Lo sigo hacia el sur.

Su ubicación ya no aparece en el sistema porque se quitó el anillo durante la sesión de Condicionamiento de Pérdida y luego se lo volvió a poner bajo la supervisión de Lenora. El edificio sabe dónde está el anillo.

No necesariamente dónde está Elise.

Un monitor en el cruce muestra la oficina de Lenora.

Vacía.

Otro muestra el pasillo clínico.

Dos guardias registran habitaciones distintas.

Una tercera imagen muestra una suite de invitados desactivada en el nivel oeste inferior.

La puerta se abre.

Elise entra.

Cierra, revisa el techo, el espejo, el baño y el panel de servicio secundario en ese orden.

Luego mira directamente hacia la cámara oculta.

Tres dedos.

Dos.

Tres.

No es una señal de angustia.

Es ubicación.

El número del monitor indica W-17.

Bajo por las escaleras de mantenimiento.

Cada peldaño hace que mi costado derecho proteste.

La lesión se ha convertido en información más que en dolor: evitar la rotación, no extender el brazo derecho por encima del hombro, no permitir otro impacto directo.

Los cuerpos útiles no son indoloros.

Son comprendidos.

El canal de observación W-17 termina junto a un espejo oscuro.

Elise está al otro lado con el teléfono sin conexión enchufado al terminal de la habitación. La chaqueta del personal sigue sobre sus hombros. Tiene el pelo húmedo en un lado, y el vendaje de la mano izquierda se ha oscurecido donde se le reabrió el corte.

Se gira antes de que toque el pestillo.

Oyó mis pasos.

El panel se abre hacia dentro.

Su abrecartas de cerámica apunta a mi garganta.

Me detengo.

—¿Merrick?

—Sí.

Baja la hoja.

No del todo.

—¿Te han seguido?

—No.

—¿Estás seguro?

—Dos guardias se dirigieron al ala clínica. El pasillo de observación estará despejado unos cuatro minutos.

—¿Cómo saliste?

—Usé el aro de la sujeción y entré por el hueco de la cámara.

Su mirada baja a mi boca.

El corte ha vuelto a sangrar.

Luego a cómo me sujeto las costillas.

—¿Qué te hicieron?

—Confirmaron una lesión existente.

—Eso no es una respuesta.

—Un golpe con una barra de sujeción.

—Siéntate.

—Tenemos que movernos.

—Tenemos cuatro minutos. Siéntate un momento.

Me siento en el borde de la cama.

La suite está fuera de servicio. Colchón desnudo. Sin ropa de cama. Armario vacío. Espejo cubierto por una pantalla de mantenimiento que ella desconectó antes de que yo llegara.

Elise se arrodilla frente a mí.

—¿Puedo revisarte las costillas?

—Sí.

Abre mi camisa con cuidado.

Un moratón púrpura se extiende por el lado derecho de mi torso. Sus dedos se acercan pero no tocan.

—Dime dónde.

Guío su mano al punto donde más duele.

Presiona ligeramente.

El dolor es inmediato.

Agarro el colchón.

—Fisurada —dice.

—Ya estabas segura.

—Ahora estoy molesta.

—Parece ser tu estado clínico preferido.

—Evita que los pacientes se pongan sentimentales.

Sus manos bajan, buscando rigidez abdominal.

Observo su rostro.

Ha escuchado la grabación de autorización.

No toda. Lenora le habría mostrado la parte que más podía desestabilizar nuestra cooperación, reservándose una revelación posterior.

Aun así, Elise sabe lo suficiente.

—¿Terminó la carga? —pregunto.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Registros de pago principales, clasificaciones de Graduadas, índices de grabaciones, calendario de traslados de Sea Ward y parte del archivo de Natalie.

—¿Identidades de clientes?

—Redactadas donde fue posible. Imani tiene la capa cifrada en bruto, pero sin clave para los perfiles de supervivientes.

—Bien.

Levanta la vista de golpe.

—No necesito tu aprobación.

—No.

—Sonó a aprobación.

—Era alivio.

—No es lo mismo.

—Lo sé.

Se sienta sobre los talones.

—¿Qué descubriste después de que me fuera del embarcadero?

Lo correcto es darle el reloj.

La confesión está almacenada allí.

La advertencia directa de Maeve.

La orden de eliminación.

Los doce segundos en que el archivo adjunto apareció con mis credenciales.

En cambio, oigo pasos en el corredor exterior.

Todavía no están cerca.

Una razón para retrasar.

Una razón que acepto con demasiada facilidad.

—Que el traslado de Maeve es el lunes a las tres cincuenta —digo.

—Lo sé.

—El archivo sigue a las cuatro cuarenta y dos.

—Eso también lo sé.

—Elise...

—¿Qué descubriste sobre Natalie?

El pomo de fuera se mueve.

La puerta está desactivada, pero alguien la ha probado.

Elise se levanta.

—Necesitamos otra ruta.

Cruza al baño y abre el panel de mantenimiento bajo el lavabo.

Un conducto de servicio lleva a la suite contigua.

Me mira.

—Esta conversación continúa.

—Sí.

Pasamos por el hueco de la pared.

La suite adyacente también está vacía.

Esta habitación tiene ropa de cama.

Una cerradura que funciona.

No hay terminal activo.

Elise cierra el panel detrás de nosotros y luego echa la cortina de la entrada del baño.

Ese pequeño gesto de ocultación convierte la habitación en un espacio privado.

No hay cámaras, al menos ninguna que ella pueda detectar.

No hay señal de los anillos porque ambos están envueltos en la chaqueta del uniforme y guardados dentro del refrigerador desconectado.

El silencio la altera.

No la suaviza.

Le quita la máscara.

Por primera vez desde que la alcancé, parece cansada.

—Deberías haberte ido en el barco de Imani —digo.

—No lo hice.

—Lo sé.

—Sigues diciéndome lo que debería hacer cuando la decisión ya está tomada.

—Tienes razón.

—Deja de darme la razón como si eso lo arreglara todo.

La frase cae sin apenas sonido.

Se sienta en el suelo junto a la cama, con la espalda apoyada en el colchón.

Permanezco de pie hasta que su mirada baja hacia mis costillas.

Entonces me siento frente a ella.

—Escuché parte de la grabación —dice.

—Lo supuse.

—Ordenaste que el archivo de Arden fuera retirado de circulación. Les dijiste que dejaran a Greywake fuera de la documentación para la junta.

—Sí.

—¿Sabías que Greywake recibió la ubicación de Natalie?

—No cuando di la orden.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace seis meses, Maeve me envió una advertencia directa.

Su rostro no se mueve.

Continúo antes de que tenga que preguntar.

—Abrí la vista previa del mensaje. El sistema registra que el archivo adjunto se mostró durante doce segundos. Lo cerré para atender una negociación.

—Lo leíste.

—Leí lo suficiente para ver a Natalie y Greywake en el mismo informe.

—Y no hiciste nada.

—Lo derivé para revisión posterior.

—Eso es no hacer nada con una etiqueta.

—Sí.

—¿Y hace tres meses?

—Aprobé la eliminación permanente de la auditoría en una orden de retención masiva. No revisé el caso.

Mira mi reloj.

—¿Grabaste esto?

—Sí.

—¿Por qué no me lo has dado?

Ninguna respuesta sobrevive al contacto con la pregunta.

Quería contárselo en el orden correcto.

Quería darle contexto.

Quería que viera la diferencia entre saber y negarse a saber.

Todo variaciones de la misma decisión.

Controlar la información hasta poder controlar la respuesta.

—Iba a hacerlo —digo.

—¿Cuándo?

—Aquí.

—Llevamos aquí varios minutos.

—Sí.

La palabra cambia algo.

No la ruptura final.

Una fractura que aflora a la superficie.

Elise mira hacia el refrigerador a oscuras donde están escondidos nuestros anillos.

—Te di una señal —dice—. Dejaste de resistirte.

—Sí.

—Te dejé atado porque confié en que lo entenderías.

—Lo entendí.

—Dejé que me tocaras en el embarcadero.

Mis manos permanecen abiertas sobre las rodillas.

—Sí.

—Y dejaste que lo hiciera mientras esto seguía en tu bolsillo.

La acusación no va sobre el consentimiento sexual en sentido estricto. Ella eligió el sexo. Estableció las condiciones. Yo las seguí.

Se trata de la versión de mí que ella creyó estar eligiendo.

—Debería habértelo dicho antes —digo.

—¿Antes de qué parte?

Ninguna respuesta es aceptable.

Antes de que rechazara el barco.

Antes de que regresara a Vow House.

Antes de que se sentara en mi regazo.

Antes de que se durmiera con la mano en la mía.

—De todo.

Unos pasos atraviesan el pasillo frente a la suite sin detenerse.

Elise cierra los ojos un instante.

Cuando los abre, la ira no ha sustituido al deseo.

Eso sería más sencillo.

Ambos permanecen.

—Tenemos que sobrevivir a esta noche —dice.

—Sí.

—Necesitamos acceso al Sea Ward.

—Sí.

—Y necesito una hora en la que esto no se convierta en otra discusión que Lenora pueda usar.

Espero.

Se acerca más.

No lo bastante para tocarme.

—No sé lo que estoy haciendo —dice.

La confesión es callada, impropia de ella.

—¿Con la misión?

—Contigo.

Mi respuesta sale demasiado rápido. —No me debes ninguna decisión.

—Lo sé.

Su mano derecha busca mi camisa.

Se detiene antes de tocarla.

—¿Me deseas?

—Sí.

—¿Después de esta conversación?

—Sí.

—Eso probablemente sea un defecto de carácter.

—¿Mío o tuyo?

—De los dos.

Me besa.

El primer contacto es rabioso.

No descuidado.

Su boca se aprieta contra la mía con fuerza suficiente para reabrir el corte. Saboreo sangre. Se aparta de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

—No.

—La verdad.

—Sí. Sigue.

Entrecierra los ojos.

—Eso casi ha sido encantador.

—No era mi intención.

Me besa de nuevo, más despacio.

Le toco la cintura y espero.

Asiente contra mi boca.

Mi mano se desliza bajo la chaqueta de uniforme, sobre la camiseta negra, luego por debajo cuando levanta los brazos.

El vendaje de su mano izquierda se engancha en la tela.

Me detengo a liberarlo.

Me observa hacerlo.

Cada movimiento parece vigilado pese a la ausencia de cámaras.

Quizá eso nos ha hecho el secreto. Convertir lo privado en prueba.

Me quita la camisa de los hombros con cuidado de no rozar los moretones.

—Esto será limitado —dice.

—Sí.

—Nada de peso sobre las costillas.

—Sí.

—No me quedo por esto.

—Lo sé.

—No lo digas como si lo entendieras.

—Entiendo las palabras.

—Eso es honesto.

Su mano desciende por mi pecho.

Le atrapo la muñeca antes de que alcance la cinturilla.

Mira mis dedos rodeándola.

La suelto de inmediato.

—Lo siento.

—¿Qué?

—Te he detenido sin preguntar.

—Me has detenido para hablar.

—Sí.

—Pues habla.

Meto la mano en el bolsillo del pantalón y saco el reloj.

La confesión sigue dentro.

Lo dejo en el suelo junto a ella.

—La grabación completa está ahí.

Lo mira.

Sin tocarlo.

—Debería habértelo dado antes.

—Sí.

—Si lo escuchas ahora, esto se acaba.

Estudia mi rostro.

—Me das a elegir después de encarecer la elección.

—Sí.

La respuesta duele más que la negación.

Recoge el reloj.

Lo sostiene varios segundos.

Luego lo deja en la mesita de noche sin reproducir el archivo.

—Es mi error, y lo cometeré yo —dice.

No le digo que no es un error.

Sería otro intento de definirlo por ella.

Me besa de nuevo.

Nos desvestimos sin prisa porque la prisa convertiría el miedo en permiso.

Pregunta por mis costillas antes de colocarse sobre mí.

Yo pregunto antes de tocarla bajo la tela que queda.

Cada sí se pronuncia.

Cada cambio se confirma.

La intimidad es distinta de la del embarcadero. Menos exploratoria. Más expuesta.

Ella sabe que hay una verdad en la habitación que ha elegido no escuchar todavía.

Yo sé que la elección puede ser temporal.

Se coloca a horcajadas sobre mí, con la espalda apoyada en el cabecero, apartando su peso de mi lado herido. La toco despacio

hasta que su cuerpo se afloja bajo mi mano.

Apoya la frente contra la mía.

—No analices.

—No lo hago.

—Estás contando mi respiración.

—Cuento la respiración de todos.

—Romántico.

—No estaba…

Ella le silencia la frase con un beso.

Cuando va a coger el preservativo de mi cartera, su mano se detiene.

—¿Sigue siendo un sí?

—Sí.

—Por ti —dice—. No porque creas que necesito que me tranquilices.

—Por ti.

Me lo coloca.

Luego desciende lentamente, con una mano en mi hombro y la vendada contra la pared.

El primer movimiento me recorre de placer y de dolor en las costillas.

Ella nota el dolor.

—¿Paro?

—No.

—Merrick.

—Más despacio.

Ella controla el ritmo.

No guío sus caderas.

No mejoro el ángulo.

Dejo que ella decida en qué se convierte esto.

Su boca encuentra la mía cuando empieza a perder el ritmo. Mi mano se mueve entre nosotros solo después de que ella asiente. Se tensa a mi alrededor, deja caer la frente sobre mi hombro, pronuncia mi nombre una vez, sin acusación.

Yo la sigo momentos después.

Después, sigue sentada sobre mis muslos.

Su respiración se calma.

La mía tarda más.

Ninguno de los dos confunde la cercanía con una reconciliación.

Una notificación parpadea en la terminal desconectada de la habitación.

Ninguna red debería alcanzarla.

La pantalla se activa de todos modos.

El mensaje de Lenora llena la pantalla.

ELISE, PREGÚNTALE QUÉ ELIMINÓ A LAS 2:14 A.M.

El reloj de la mesita de noche empieza a reproducir algo por sí solo.

Mi confesión grabada inunda la habitación.

CAPÍTULO 23

ELISE

Lo peor de la confesión de Merrick no es lo que hizo.

Es la claridad con que lo entiende ahora.

Su voz grabada sale del reloj que está sobre la mesa mientras permanezco sentada a medio vestir sobre sus piernas.

—Recibí una advertencia directa de Maeve hace seis meses. El mensaje vinculaba los datos de localización exportados de Natalie Arden con Greywake Wellness Holdings.

Merrick extiende la mano hacia el reloj.

Lo detengo con una palabra.

—No.

Baja la mano.

El archivo continúa.

—Abrí el mensaje. Vi lo suficiente para entender que la conexión requería revisión inmediata. Lo pospuse porque estaba a punto de entrar en una negociación.

No hemos encontrado ninguna cámara en la habitación.

Lenora sigue escuchando.

O el reloj quedó comprometido desde el momento en que lo conectó a Vow House.

Eso importa después.

Ahora mismo, la confesión importa.

Me bajo del regazo de Merrick.

Mis piernas tiemblan por razones ordinarias que el momento vuelve sórdidas.

Me pongo la ropa interior y los pantalones. La camiseta negra me pasa por la cabeza con una sola mano y se engancha brevemente en el vendaje.

Merrick se viste sin hablar.

La grabación llega a la orden de eliminación.

—Hace tres meses, aprobé la eliminación permanente de la auditoría activa. El caso apareció en un lote de decisiones de retención. No lo abrí antes de firmar.

Su voz grabada hace una pausa.

—Ya había elegido no saber una vez. La segunda vez, la ignorancia ya no fue un accidente.

El archivo termina.

La pantalla del terminal muestra una hora.

2:14 A.M.

La autorización de cierre original la noche en que Natalie murió.

No la auditoría posterior de Merrick.

Lenora quiere que confunda las dos.

Rechazo la versión fácil de la traición.

—No cerraste la primera alerta.

—No.

—Puedes probar que estabas en Madrid.

—Sí.

—Pero después de enterarte, lo enterraste.

—Sí.

—Viste la advertencia de Maeve.

—Sí.

—Y aprobaste la eliminación después.

—Sí.

Cada respuesta cierra otra vía de escape.

Recojo la alianza falsa del refrigerador y me la pongo en el dedo porque ahora es más peligroso seguir sin ser localizada que dejar que me encuentren.

Merrick hace lo mismo.

El anillo le aprieta la mano.

Lo gira un cuarto de vuelta.

El gesto es automático.

Verdad incompleta.

Lo miro.

—Así que eso es lo que haces.

—¿Qué?

—El anillo.

Su mirada baja.

—Lo giro cuando estoy controlando parte de una respuesta.

—Lo sabías.

—Noté el hábito ayer.

—Y no me lo dijiste.

—Parecía menos importante que detenerlo.

Me río una vez.

El sonido suena fuera de lugar en la habitación.

—Sigues decidiendo qué verdades merezco conocer.

—Elise...

—No.

Se detiene.

Me pongo la chaqueta del personal y guardo el teléfono desconectado en el bolsillo interior.

El reloj permanece sobre la mesa.

—Tómalo —dice.

—Tengo la grabación.

—El reloj tiene los archivos sin procesar.

—Entonces envíaselos a Imani.

—Lo haré.

—Ahora.

—La habitación puede estar monitorizada.

—Todo está monitorizado.

—Necesito un canal seguro.

—Necesitas otro retraso.

Su rostro cambia.

No a la defensiva.

Reconocimiento.

Eso me enfurece más porque puede identificar el patrón mientras lo repite.

—Estuvimos juntos hace diez minutos —digo.

—Sí.

—Sabías que la grabación completa estaba ahí.

—Sí.

—Me diste el reloj después de que te toqué.

—Debí dártelo antes.

—Usaste la verdad como vía de escape.

—Intenté darte la opción de parar.

—Después de dejarme cruzar la habitación creyendo que ya sabía lo peor.

Se levanta despacio.

El dolor le punza en el costado derecho. La mano le va hacia la cama, pero se detiene antes de apoyarse.

—No creí que la información fuera a cambiar tu consentimiento a la intimidad física.

—No es eso lo que digo.

—Lo sé.

—¿De verdad?

La pregunta suena más fuerte ahora.

No lo bastante para alertar a los guardias.

Suficiente para que la habitación parezca más pequeña.

—Elegí el sexo —digo—. Te elegí a ti. Pero tomé esa decisión con la versión de los hechos que me permitiste tener.

—Sí.

—Y esta es la segunda vez.

—Sí.

—El embarcadero. Aquí.

—Sí.

—Deja de obligarme a sacarte cada confesión.

Se vuelve muy formal cuando está enfadado.

Se vuelve más callado cuando tiene miedo.

Ahora suena despojado de ambas cosas.

—Oculté información porque quería completar la misión antes de perder tu cooperación.

Ahí está.

La frase que debería haber dicho primero.

—Me usaste.

—Sí.

—No sexualmente.

—No.

—Operacionalmente.

—Sí.

—Y emocionalmente.

Tarda más en responder.

—Sí.

Lo miro.

Merrick Rook tiene treinta y ocho años. Tan alto que las habitaciones parecen organizarse a su alrededor. Tan fuerte que la gente asume que su contención es bondad y no cálculo.

Ahora mismo está con la camisa a medio abrochar, sangre seca en la boca, las costillas magulladas, y sin saber cómo retenerme sin controlar el orden en que me marcho.

La parte de mí que lo ama se hace visible justo en el momento equivocado.

Lo odio.

No a él.

El momento.

El hecho de que el afecto sobreviva a la evidencia.

Me quito el anillo.

La banda parpadea en rojo.

El cuerpo de Merrick se mueve hacia mí.

Un paso.

Luego se detiene.

—Me voy de esta habitación —digo.

—¿Adónde?

—Esa no es información que te corresponda.

—Lenora está registrando el ala oeste.

—Lo sé.

—Necesitas la llave de incendios y acceso al Sea Ward.

—Tengo ambas cosas.

—Necesitas otra persona para abrir la puerta inferior.

—Entonces encontraré una.

—Elise.

Su voz contiene mi nombre sin que sea una orden.

Eso es casi peor.

Dejo el anillo sobre la mesa junto al reloj.

—Sin rastreo —digo—. Sin matrimonio falso. Sin plan compartido.

—No podemos separarnos operacionalmente.

—Ya lo hicimos. Simplemente no lo habías admitido.

No bloquea el panel del baño.

No me agarra la muñeca.

No me dice que estoy demasiado herida o alterada para decidir.

La ausencia de esas acciones no basta para reparar nada.

Basta para dejarme ir sin que la ruptura sea más fea.

Abro el panel de mantenimiento.

—Elise.

Me vuelvo.

—¿Qué?

—Enviaré todo.

—Esa no es una promesa para mí.

—No.

Su voz se mantiene firme.

—Es una consecuencia.

Bien.

Así debe ser.

Entro en la pared.

El conducto de servicio es estrecho, oscuro y sin terminar. Mi mano izquierda palpita dentro del vendaje. Mis caderas todavía llevan el recuerdo de él.

Los cuerpos son archivistas traicioneros.

Almacenan el placer junto al daño y se niegan a etiquetarlos para nuestra conveniencia.

Me arrastro por la suite contigua y entro en el corredor de observación.

Sin alarma.

Sin personal.

Lenora ha despejado la ruta a propósito.

Quiere que vuelva con ella.

Lo haré.

No porque haya ganado.

Porque cree que el desamor vuelve a una mujer más fácil de reclutar.

En el primer cruce, me detengo junto al panel de red y saco la llave de incendios de latón.

La vieja cerradura gira.

Un mapa de servicio aparece detrás de la pared.

Sea Ward.

Corredor de bombeo oeste.

Ruta médica secundaria.

Lo fotografío.

Luego envío la imagen a través del relé activo de Imani.

Llega un mensaje.

ARCHIVOS RECIBIDOS. SAL DE AHÍ.

Escribo con una sola mano.

TODAVÍA NO.

Aparecen tres puntos.

Desaparecen.

Vuelven.

¿ESTÁ CONTIGO?

Miro hacia atrás, al corredor oscuro.

NO.

La respuesta de Imani tarda más.

BIEN POR TI. MALO PARA LA MISIÓN. ¿DÓNDE ESTÁ?

Casi escribo que no me importa.

Sería mentira, y estoy cansada de construir sobre mentiras.

ES SU DECISIÓN.

Continúo hacia el ala clínica.

Detrás de mí, se abre una puerta.

Merrick no me sigue.

CAPÍTULO 24

MERRICK

La puerta se cierra tras Elise a las 12:37 a.m.

Permanezco en la suite desactivada hasta las 12:39 porque seguirla de inmediato convertiría la mesura en teatro.

A las 12:40, envío la confesión a Imani.

No la grabación editada.

Todo.

La bóveda ejecutiva.

La alerta de Natalie.

La prueba del viaje a Madrid.

La advertencia de Maeve.

La autorización de eliminación.

La grabación de la junta.

Mi registro privado de las amenazas a la organización de Elise.

Los registros en bruto del reloj que muestran cuándo se abrió cada archivo.

No adjunto explicación alguna.

Las explicaciones se han convertido en los muebles que coloco frente a las salidas.

Imani responde cuarenta y tres segundos después.

Recibido.

Luego:

¿Autorizas la preservación independiente total, la revisión legal y la divulgación cuando sea necesario?

La respuesta correcta pone fin a mi control sobre los archivos.

Escribo:

Sí. Irrevocable.

Aparece otro mensaje.

¿Autorizas la transferencia de credenciales ejecutivas a un custodio independiente?

La empresa interpretará la transferencia como una rendición.

La junta congelará mi acceso, me suspenderá e iniciará una revisión de emergencia.

Puede que encuentren a Maeve antes de que pueda recuperar lo que pierda.

Esa frase es precisamente la razón por la que debo hacerlo.

Introduzco la semilla de recuperación del reloj.

Autorizado.

La interfaz ejecutiva desaparece.

Mi reloj se reinicia en modo invitado.

Sin acceso.

Sin capacidad de anular.

Sin posibilidad de modificar lo que envié.

Llega un mensaje final de Imani.

Ya no controlas las pruebas.

Me siento en el borde del colchón desnudo.

El alivio no es la respuesta correcta.

Llega de todos modos.

La puerta de la habitación se desbloquea.

No entra nadie del personal.

Lenora habla a través del terminal.

—El sacrificio no es más que control representado ante un público.

—No hay público.

—Elise se enterará.

—No lo envié por ella.

—Eso es lo que necesitas que crea.

El terminal muestra el vestíbulo central.

Dos equipos de seguridad se dirigen hacia los niveles inferiores.

La pulsera de Elise sigue sobre la mesa, junto a la mía.

Es invisible para el sistema.

Lenora continúa. —Te has vuelto inútil.

—No.

—Tus credenciales han desaparecido. Tu empresa te destituirá. Tu hermana sigue bajo mi cuidado. Elise se ha ido.

Cada afirmación es exacta.

Ninguna determina la siguiente decisión.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Ya rechazaste la oferta.

—Pregunto por qué abriste la puerta.

—Porque confundes la libertad de movimiento con la capacidad de actuar. Quería que experimentaras la diferencia.

El terminal se oscurece.

Me pongo bien la camisa.

El reloj recupera una función básica: la hora.

12:47.

El corredor de observación ofrece tres rutas.

Elise eligió la dirección clínica.

Yo elijo el embarcadero.

No porque ella me importe menos.

Porque tiene la llave de incendios, el mapa del Sea Ward y un plan que no compartió.

Porque confío en su competencia.

Porque las pruebas aún necesitan una ruta física para salir de la isla.

Cada paso hacia el embarcadero oculto pone a prueba la decisión.

Voces resuenan desde los corredores inferiores.

Un anuncio del personal ordena a los huéspedes que permanezcan en sus suites.

La alarma de incendios se ha convertido en un confinamiento de seguridad.

Me muevo por el nivel de servicio con el anillo en el bolsillo para reducir el rastreo preciso. Quitármelo activaría una alerta; apantallarlo retrasa las actualizaciones de ubicación sin delatar mi negativa.

Una solución parcial.

Elise aprobaría la distinción y criticaría la suposición.

En el cruce del invernadero, Tobin sale de detrás de un armario de riego.

Sostiene la vieja herramienta Rook en una mano y un rollo de cuerda en la otra.

—Estás solo —dice.

—Sí.

—¿Dónde está ella?

—Siguiendo la ruta del Sea Ward.

—¿La dejaste ir?

El modo de expresarlo casi merece una discusión.

Lo dejo pasar.

—Ella lo eligió.

Tobin mira mi muñeca vacía. —¿Tu reloj?

—Acceso ejecutivo transferido.

—¿A quién?

—A un custodio independiente.

—Lo entregaste.

—Sí.

Su expresión indica que busca la trampa.

—¿Por qué?

—Porque usé mi control sobre las pruebas para retrasar las consecuencias.

—¿Ella te lo pidió?

—No.

Esa respuesta parece satisfacerle más que las anteriores.

Llegamos al embarcadero oculto a la 1:26.

La marea se ha retirado lo suficiente para dejar al descubierto el canal exterior. El bote sin motor sigue en su soporte.

Tobin abre un armario que antes me pasó desapercibido.

Dentro hay dos cajas de pruebas selladas, un kit de bengalas y un motor fueraborda compacto con la línea de combustible cortada.

—Maeve guardó copias —dice.

—¿Lo sabías?

—Me dijo que no las moviera hasta que alguien llegara a la casa por el túnel.

Las cajas de pruebas contienen registros en papel, formularios de consentimiento médico, llaves físicas y seis discos envueltos en bolsas impermeables.

Suficiente para demostrar que los archivos digitales corresponden a una instalación real.

Pero no para identificar a todas las víctimas.

Eso es una ventaja.

Extendemos los materiales sobre el banco de trabajo.

Un sonido llega desde la escotilla del túnel.

Tobin levanta la herramienta.

Me coloco junto al marco a pesar de las costillas.

La escotilla se abre.

Claire sale gateando.

Lleva pantalones de hospital, una camiseta blanca, y va descalza. Aún tiene pegado un apósito de vía intravenosa en la cara interna del codo. El pelo rubio le cae enmarañado sobre el rostro. Tiene sangre en una rodilla.

Una mujer con ropa clínica gris la sigue, sujetándola por detrás.

La Dra. Mara Venn.

Tobin retrocede.

Yo no.

Claire me ve y empieza a temblar.

No es reconocimiento.

Frío y medicación.

—Cierra la escotilla —dice Venn.

Tobin obedece.

Claire se deja caer contra la pared.

—¿Dónde está Elise? —pregunta.

—Dentro de Vow House.

—Vino a buscarme.

—Sí.

Se le tensa la boca.

—Me fui antes de que pudiera hacerlo.

La Dra. Venn se quita la camisa blanca y se la pone a Claire sobre los hombros.

—La ayudaste a escapar —digo.

—Reduje la sedación después de que Elise se enfrentara a Lenora.

—Eso no responde a la pregunta.

—Abrí la puerta del área médica.

—¿Por qué?

Venn mira las pruebas sobre el banco de trabajo.

—Porque llevo dos años llamando tratamiento a lo que era coerción.

Tobin no dice nada.

Su rostro se ha cerrado de otra manera. Sabe que confesarse no repara la colaboración.

Venn lo entiende.

—Testificaré —dice.

—Bien.

—Quiero inmunidad.

—No.

Su mirada se afila.

—Ya no tienes autoridad para ofrecer nada.

—Nunca tuve autoridad para ofrecer inmunidad.

Eso la frena.

—Puedo documentar tu cooperación, preservar las pruebas y ponerte en contacto con un abogado. Los fiscales deciden el resto.

Claire mira hacia las puertas ocultas.

—¿Podemos irnos?

El intervalo de buen tiempo terminó hace horas.

La corriente sigue siendo peligrosa, pero navegable cerca de la marea baja.

El bote flotará.

El motor compacto puede repararse con piezas de la bomba del farol y un conector de combustible de repuesto del armario de pruebas.

Tobin ve que estoy calculando.

—No —dice.

Claire se estremece.

Él se corrige.

—El bote puede salir. Puede que no llegue al canal sur.

—¿Puedes reparar el motor? —pregunto.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Cuarenta minutos.

Claire se frota los brazos bajo la camisa de Venn.

—¿Y los demás?

—Elise los está buscando —digo.

—No lo sabes.

—No.

Miro a Claire.

—Puedes quedarte y ayudar, o irte con las pruebas. Tú decides.

Venn empieza a hablar.

Levanto una mano.

No para silenciarla.

Para impedir que responda por Claire.

Claire mira del túnel al bote.

—Irme —dice.

Venn asiente.

—Iré con ella.

Tobin trabaja en el motor.

Cargo las cajas de pruebas en el bote.

Una caja pesa demasiado para que Claire pueda moverla rápido si el bote falla.

Retiro la documentación de identificación de las víctimas y la guardo en el cobertizo. Los registros financieros y los formularios médicos van con ella.

A las 2:12, el motor arranca.

El ruido retumba demasiado en la cala oculta.

Venn ayuda a Claire a subir al bote.

Tobin les da un rumbo y las coordenadas que facilitó Imani.

Le entrego a Claire el kit de bengalas.

—Si el motor falla más allá de las rocas, usa una bengala. No las tres.

Ella lo toma.

—¿Vienes?

—No.

—¿Por tu hermana?
—Porque hay gente dentro.
Ella me estudia.
—¿Y Elise?
—Sí.
La respuesta no es estratégica.
El bote se adentra en el canal.
El motor titubea una vez, luego se recupera.
Tobin y yo observamos hasta que el bote rebasa la línea de rocas.
Mi reloj vibra.
Una notificación de la compañía.

ACCESO EJECUTIVO SUSPENDIDO

Llega una segunda.

INVESTIGACIÓN DE LA JUNTA INICIADA

Luego una tercera.

DECLARACIÓN PÚBLICA DE ROOK RISK PENDIENTE

Las pérdidas llegan envueltas en lenguaje institucional aséptico.
Tobin mira la pantalla.
—¿Estás bien?
—No.
Él espera.
Añado:
—Lo estaré.
El viejo monitor Sentinel sobre el banco de trabajo se activa.
Una señal biométrica permanece en el Sea Ward.

GRADUADA 42 - ACTIVA

Parpadea.
Luego desaparece.
El estado cambia.

ARCHIVADA.

CAPÍTULO 25

ELISE

La señal de Maeve desaparece a las 2:14 a.m.

Lo sé porque el viejo reloj del pasillo de Recompromiso marca las 2:07.

Siete minutos de retraso.

El panel moderno junto a él muestra la verdad.

Estoy detrás de una rejilla de mantenimiento con el teléfono sin conexión en la mano derecha y la llave de emergencia apretada con torpeza bajo el vendaje de la izquierda.

El mapa del Sea Ward dice que Maeve está debajo de mí.

El sistema dice que ya no existe.

No dejo que esas dos afirmaciones se conviertan en el mismo hecho.

El relé de Imani me da acceso limitado a los archivos que Merrick liberó.

Todo.

Envió todo.

Su confesión.

La bóveda ejecutiva.

Los registros sin procesar.

Su transferencia irreversible de autoridad.

La notificación llegó quince minutos después de que lo dejara.

No esperó a que yo lo presenciara.

No adjuntó una disculpa.

Eso importa.

No arregla nada.

Ambas afirmaciones pueden existir sin anularse mutuamente.

Abro el último registro médico de Maeve.

La línea biométrica se detiene abruptamente en lugar de descender.

Ningún evento cardíaco.

Ninguna pérdida gradual de temperatura.

Le quitaron el anillo.

«Archivada» es un cambio de clasificación, no una prueba de muerte.

Busco en el registro manual de eventos.

GRADUADA 42 - RETIRO DE BANDA AUTORIZADO

Autoridad: Dra. Lenora Saye.

Ubicación: punto de transferencia del Sea Ward.

Están trasladando a Maeve antes de tiempo.

La fecha límite del lunes ya no nos protege.

Un sonido entra por la ventilación.

Ruedas metálicas.

Dos miembros del personal hablando.

—La ruta del muelle está comprometida.

—Usa la entrada inferior.

—¿Archivar?

—Espera hasta que Saye confirme.

Viva.

Tomo el corredor de bombas del oeste en lugar de las escaleras médicas.

El pasaje se estrecha entre tuberías. La humedad cubre las paredes. Mis botas pierden tracción dos veces. Mi mano izquierda no puede soportar peso, de modo que cada corrección de equilibrio depende de mi hombro derecho y la pared más cercana.

En el cruce inferior, la llave de emergencia abre un armario mecánico.

Dentro hay un mapa de papel más antiguo que la Vow House.

El acantilado fue en su día una estación de escucha militar.

Tres cámaras a nivel del mar.

Una sala de bombas.

Un área de aislamiento médico añadida después.

Una segunda cala accesible solo con marea baja.

Una ruta que los planos digitales de Lenora no muestran porque es anterior a su sistema.

Fotografío el mapa y lo transmito a Imani.

Su respuesta aparece de inmediato.

CLAIRE FUERA DE LA ISLA. CON DRA. VENN. EVIDENCIA FÍSICA RECUPERADA.

Merrick.

Hizo eso en lugar de seguirme.

El reconocimiento se asienta en algún lugar por debajo de la ira.

Llega un segundo mensaje.

RENUNCIÓ AL CONTROL EJECUTIVO. LA JUNTA LO SUSPENDIÓ.

Escribo:

¿DÓNDE ESTÁ?

Imani responde:

COBERTIZO DE BOTES ÚLTIMO CONTACTO. SEÑAL DE MAEVE PERDIDA.

Envío el registro de retiro de banda.

NO MUERTA. TRASLADADA.

El altavoz del pasillo se activa.

—Elise.

La voz de Lenora suena más tenue aquí.

Las viejas tuberías la distorsionan.

—Has confundido acceso con escapatoria.

—No estoy escapando.

—No. Rara vez lo haces.

Un panel más adelante se ilumina.

Mi fotografía aparece junto a un aviso de arresto.

No es una orden activa.

Un paquete mediático preparado.

FUNDADORA DE RED DE REUBICACIÓN ILEGAL VINCULADA A DESAPARICIONES EN GREYWAKE

Siguen imágenes.

Yo entrando a la Vow House.

Propiedades de Exit Line.

Materiales de identidad falsa de Maeve.

El kit del invernadero.

Lenora organizó los objetos para contar una mentira completa.

—Colocaste mi equipo en la cala del Archivo —digo.

—Para preservar la verdad de tu participación.

—Quieres decir fabricarla.

—Le diste a Maeve la identidad que usó para entrar.

—Lo hice.

—Ocultaste mujeres maltratadas de los tribunales.

—Lo hice.

—Moviste dinero.

—Sí.

Las admisiones dejan menos margen para la manipulación que la negación.

Lenora hace una pausa.

—A las seis de la mañana, el paquete llega a medios, fuerzas del orden, donantes y cada cónyuge que busca a una de tus clientas.

—Entonces deberías mejorar el titular.

—Tu organización colapsará.

—Quizás.

—Tus clientas quedarán expuestas.

—No por los archivos que publicó Merrick.

La interlocutora guarda silencio un segundo.

No sabía que la transferencia estaba completa.

Bien.

Sigo avanzando.

El corredor de bombeo termina en un mirador enrejado sobre la cámara de entrada inferior.

Dos empleados empujan una camilla médica por el piso de abajo.

Una mujer yace bajo una manta gris.

Cabello rojo asomando por el borde.

Maeve.

Tiene el rostro vuelto hacia el otro lado.

Sin anillo.

Lenora vuelve a hablar.

—Merrick destruyó su empresa por ti.

—No. Publicó las pruebas porque era lo correcto.

—¿Eso crees?

—Creo que por fin hizo algo sin controlar si yo lo veía.

—Ya lo estás perdonando.

La acusación busca que el perdón suene a debilidad.

Casi lo consigue.

Bajo por la escalera de mantenimiento.

La mano herida protesta cuando me apoyo.

Me detengo dos peldaños por encima del suelo.

La camilla pasa a la cámara contigua.

Un guardia sigue en la puerta.

Grande.

Armado con una barra de contención, no con un arma de fuego.

El edificio sigue prefiriendo la violencia que puede disfrazar de tratamiento.

Retrocedo por la escalera antes de que se dé la vuelta.

El mapa antiguo muestra un conducto de observación que recorre la parte superior de la cámara.

Lo sigo.

Desde la segunda rejilla, distingo a Maeve.

Está consciente.

Apenas.

Abre y cierra los ojos sin fijar la mirada.

Un vendaje le cubre una ceja. Tiene las muñecas libres, pero caen inertes a los costados.

Una llave de incendios de latón reposa bajo una de sus manos.

La conservó.

Los dos empleados preparan una inyección.

Les fotografío los rostros.

Luego la etiqueta del medicamento.

Sedante.

No letal.

Uno dice:

—Saye ordenó que no se le administrara otra dosis hasta el traslado.

El otro responde:

—Entonces, ¿por qué quitarle la pulsera?

—Para que Rook crea que está muerta.

La crueldad de Lenora no es solo física.

Usa la ausencia como arma contra quienes están entrenados para imaginar lo peor.

Envío la fotografía a Imani y Merrick.

Merrick no responde.

El sistema bloquea la comunicación directa en este nivel.

Un temporizador en la pared indica:

ACCESO MAREA BAJA - 00:47

Cuarenta y siete minutos hasta que se cierre la cala inferior.

Esa es la ruta que usarán.

Necesito liberar a Maeve antes.

También necesito a los otros tres sujetos activos de Recompromiso.

La organización externa se está desmoronando.

El paquete de arresto se difundirá.

Cada minuto que dedico a proteger mi reputación le roba tiempo a un cuerpo en esa camilla.

La voz de Natalie irrumpe en mi memoria.

«Creo que me estás asustando más de lo necesario».

Aquella noche tenía razón.

Se equivocaba sobre el peligro.

Ambas verdades nos destruyeron.

Abro el control de emergencia de Exit Line en el teléfono sin conexión.

Solo queda un comando disponible.

Divulgación pública.

Expondría la estructura de la organización, destruiría el secreto y permitiría que auditores independientes verificaran que el mapa de Lenora contiene rutas falsas.

También me impediría controlar qué sobrevive.

El cursor se detiene sobre el comando.

La versión anterior de mí habría preservado primero la red.

Encontrar a Maeve.

Escapar.

Explicar después.

Merrick ya me ha mostrado adónde lleva ese camino.

Selecciono el protocolo de divulgación.

El teléfono pide confirmación.

ESTA ACCIÓN NO PUEDE REVERTIRSE.

Confirmo.

La junta protegida de Exit Line, el asesor legal y los representantes de supervivientes reciben el archivo de emergencia de forma simultánea.

La organización ya no depende de mi criterio personal.

Imani envía un mensaje.

YA ERA HORA.

Las luces del corredor se apagan.

Tobin ha cortado un circuito en alguna parte.

Debajo de mí, el guardia se dirige al panel de emergencia.

Maeve abre los ojos.

Esta vez mira directamente a la rejilla que tiene encima.

A mí.

Sus labios forman una palabra.

—Siete.

Miro el reloj de marea baja.

Cuarenta y siete minutos.

Siete minutos atrasado.

No tenemos cuarenta y siete.

Tenemos cuarenta.

CAPÍTULO 26

MERRICK

A las 5:42 p.m., Elise me encuentra en el cobertizo de botes intentando ponerme de pie sin usar la pared.

Observa el intento.

Espera hasta que fallo.

Luego dice:

—Eso fue vergonzoso para ambos.

Su voz es la primera prueba que tengo de que sigue físicamente intacta.

Entra con la chaqueta del personal, el teléfono sin conexión y dos mapas nuevos doblados bajo el brazo derecho. La mano izquierda sigue vendada. Tiene una mancha de suciedad en la mejilla. Un desgarrón le recorre la rodilla del pantalón.

Parece exhausta.

Concreta.

Viva.

No me muevo hacia ella.

—¿Maeve? —pregunto.

—Viva. Cámara de transferencia del Sea Ward. Sin anillo. Sedada, pero receptiva.

—Claire escapó.

—Lo sé.

—La Dra. Venn fue con ella. Se llevaron pruebas físicas.

—Eso también lo sé.

—Tobin está revisando los controles de la bomba antigua.

—Yo lo envié.

Hemos llegado a la etapa en la que la información se comparte más rápido de lo que el orgullo puede estorbar.

Eso es útil.

No significa que la ruptura se haya cerrado.

Elise coloca los mapas sobre el banco de trabajo.

—El acceso con marea baja es más corto de lo que muestra el sistema. Desfase de siete minutos en el reloj. La segunda cala se cierra a las seis veintidós, no a las seis veintinueve.

—Cuarenta minutos.

—Treinta y ocho ahora.

Señala el mapa militar antiguo.

—El Sea Ward está aquí. Maeve está en la cámara de transferencia. Otros tres sujetos activos de Recompromiso están en este corredor. Lenora puede aislarlos inundando el pasaje de la bomba o bloqueando la puerta superior.

—¿Energía?

—Tobin puede cortar los sistemas de respaldo durante unos cuatro minutos antes de que entre el generador de emergencia.

—Cuatro minutos bastan para abrir una puerta.

—Dos si no perdemos tiempo.

—Nos separamos.

—No.

La respuesta es inmediata.

La miro.

Cruza los brazos y hace una mueca cuando la mano vendada le roza el costado.

—No porque tenga miedo de separarme —dice—. Sino porque tu plan será ponerte entre Lenora y todos los demás mientras yo hago el trabajo útil.

—Es una estructura posible.

—Es mala.

—Crea tiempo.

—También asume que tu muerte es un recurso aceptable porque te sientes culpable.

Empiezo a responder.

Levanta un dedo.

—Nada de discursos sobre consecuencias.

Cierro la boca.

La corrección es merecida.

—¿Qué plan aceptas? —pregunto.

La pregunta le cambia la expresión.

No mucho.

Lo suficiente.

Me estudia como si buscara condiciones ocultas.

—Dilo otra vez.

—¿Qué plan aceptas?

—El plan en el que no lo cambias después de que me dé la vuelta.

—No lo haré.

—Ya has dicho versiones de eso antes.

—Sí.

Me quito el anillo de boda falso.

La costura alterada se engancha en el nudillo.

Lo coloco sobre el mapa frente a ella.

—Mi autoridad ejecutiva ya no existe, pero el anillo todavía lleva la firma de hardware de emergencia que Maeve instaló. Abrió la puerta inferior a distancia durante las pruebas.

—Nunca mencionaste el control remoto de puertas.

—No sabía que seguía activo hasta que el terminal de observación identificó la modificación.

—¿Cuándo?

—Antes de la sala de contención.

—Y me lo dices ahora.

—Sí.

Recoge el anillo.

La banda plateada parece más grande en su palma derecha.

—Si llevo esto, ¿a qué puedes acceder?

—A nada a través de él.

—¿Qué puedes rastrear?

—Nada. Mi reloj ahora solo tiene acceso de invitado.

—¿Qué te cuesta?

—El acceso a cualquier función de emergencia restante.

Me mira.

—Esa era la respuesta correcta.

Espero.

Desliza mi anillo en el bolsillo junto a la llave de incendios.

Luego extiende su mapa.

—Este es el plan.

Asigna funciones.

No hay roles basados en género, culpa o supuesta fortaleza.

Funciones.

Elise entra por la segunda cala usando la llave analógica de incendios y mi anillo para abrir la puerta del Pabellón Marino.

Tobin corta la energía de respaldo a las 6:01, lo que le da cuatro minutos en el corredor sin vigilancia.

Regreso al edificio principal y acepto la invitación de Lenora a una sesión final.

Todavía no hay invitación.

Elise está segura de que llegará.

—Te necesita visible —dice—. Cree que Maeve te importa más que las pruebas. Te usará para forzar una elección.

—¿Y tú?

—Cree que estoy decidiendo si reemplazarla.

—¿Lo estás?

La pregunta es un error.

Elise me mira.

—No.

—No quise decir...

—Sí quisiste.

—Quise decir si ella cree que aún puedes ser persuadida.

—Entonces pregunta eso.

—¿Lo cree?

—Sí. Porque cree que la traición hace que la gente ansíe certeza.

Acepto la corrección.

—¿Qué controla Imani? —pregunto.

—La publicación programada. Si ninguno de los dos da señales de vida antes de las seis y cuarto, las pruebas sin censurar llegan al

consejo y a las fuerzas del orden. Las identidades de las supervivientes permanecen encriptadas.

—¿Autoridades?

—La Guardia Costera tiene a Claire, a Venn y las pruebas físicas. No entrarán a la isla a ciegas durante la tormenta. La mejor estimación es de cuarenta y cinco a setenta minutos.

—Demasiado tarde para la marea baja.

—Sí.

—No habrá rescate por casualidad.

—No.

Suena más a regla que a esperanza.

Bien.

—¿Qué pasa después de que llegues a Maeve?

—Libero a los tres sujetos de Recompromiso por la puerta de servicio y los envío con Tobin hacia el cobertizo de botes.

—¿Y tú?

—Voy a la sala de control.

—No.

El rostro de Elise cambia.

Corrijo la palabra.

—No creo que puedas sobrevivir a eso sola.

—Puede que no.

—¿Qué apoyo necesitas?

La pregunta cuesta menos esta vez.

Eso puede significar que estoy aprendiendo o solo que me quedo sin alternativas.

—Elise.

Espera.

—Puedo acceder a la puerta trasera original de Sentinel desde la terminal de Lenora si me da acceso físico.

—No lo hará.

—Lo hará si cree que estoy entregando las pruebas o tus rutas.

—Te registrará.

—La puerta trasera está memorizada.

—¿Qué controla?

—Prioridad de puertas, liberación de emergencia, copias locales y supresión de incendios. No el nuevo sistema de comportamiento.

—¿Suficiente para evitar que lo borre todo?

—Posiblemente.

Le disgusta la palabra.

No puedo sustituirla con honestidad.

—Entonces tu función es mantenerla hablando hasta que llegue al nivel de control —dice—. No improvises un intercambio de rehenes.

—De acuerdo.

—No te ofrezcas tú por Maeve.

—De acuerdo.

—No decidas que necesito que me rescaten porque mi señal desaparezca.

Miro el mapa.

La condición más difícil.

—De acuerdo.

—Dilo completo.

—Seguiré tu plan aunque tema que seguirlo te cueste la vida.

El cobertizo de botes permanece en silencio después de que lo digo.

Elise baja la mirada.

Su pulgar derecho se desliza por el borde del mapa.

—El perdón ha comenzado —dice.

No me muevo.

—No ha terminado.

—Lo entiendo.

—Probablemente no.

—No.

Eso provoca el más leve cambio en su boca.

No es una sonrisa.

Indicio de que algún día podría haber una.

Rodea el banco de trabajo.

Permanezco sentado porque levantarme convertiría el momento en otra cosa y porque mis costillas prefieren la honestidad.

Elise se detiene frente a mí.

—Publicaste los archivos sin saber si volvería.
—Sí.
—Renunciaste a la empresa.
—Renuncié al control. La empresa sobrevivirá sin mí.
—Le enviaste a Imani la amenaza contra Exit Line.
—Sí.
—No intentaste quitarle importancia.
—No.
Toca el hilo verde que aún llevo atado a la muñeca.
El color se ha apagado por el hollín y el agua.
—Pretendía que esto fuera solo una actuación.
—Lo sé.
—Se convirtió en algo más.
—Sí.
—No le pongas nombre.
—No lo haré.
Se inclina.
El beso es breve.
Sin sexo.
Sin pretender que el contacto sirva de despedida.
Su boca permanece sobre la mía lo justo para dificultar la partida, pero no lo bastante para que quedarse sea posible.
Cuando se aparta, su frente toca la mía.
—Sigues el plan —dice.
—Sí.
—Aunque lo odies.
—Sí.
—Aunque yo elija distinto a ti.
—Sí.
Se endereza.
El monitor del embarcadero se activa.
Lenora aparece en pantalla, dentro de la capilla de cristal.
Tras ella, la luz de la tormenta tiñe el océano de blanco.
—Merrick —dice.
Luego mira hacia otra cámara, como si Elise estuviera al otro lado de la pantalla.

—Elise.

Sobre la mesa, frente a Lenora, están el anillo que Maeve se quitó, el expediente completo de Natalie y una pistola.

—Venid solos —dice—. Decidid qué hermana merece vivir.

La pantalla se oscurece.

Elise comprueba la hora.

17:54.

Siete minutos para que Tobin corte la luz.

Coge la llave de incendios.

Me levanto con cuidado.

Ninguno de los dos dice adiós.

CAPÍTULO 27

ELISE

A las 5:58 p.m., la segunda cala parece menos una entrada que un vertedero de la isla.

El sendero termina sobre un corte estrecho en la roca negra. Las olas entran de costado, golpean el acantilado y retroceden arrastrando ramas, espuma y pedazos de cedro quemado de la casa del cuidador.

El viejo mapa militar dice que hay una puerta debajo de mí.

El océano dice que el mapa es optimista.

Bajo de todos modos.

Mi mano derecha agarra la escalera oxidada. La izquierda, lesionada, permanece pegada al cuerpo, el vendaje protegido bajo la chaqueta del personal. El anillo modificado de Merrick está en el mismo bolsillo que la llave de incendios de latón.

Dos formas de acceso.

Una construida para vigilar a la gente.

Una construida para sacarlos cuando falla la electricidad.

La escalera termina en una repisa de piedra húmeda a dos metros sobre el agua. Una puerta de acero se incrusta en el acantilado, casi invisible bajo depósitos de sal y algas oscuras.

Sin panel electrónico.

Solo un ojo de cerradura.

Inserto la llave de incendios.

El cilindro se resiste.

—Por supuesto —le digo a nadie.

El mar arroja agua contra mis botas.

Giro con más fuerza.

La llave cede con un sonido de hueso al quebrarse.

La puerta se abre hacia dentro.

No todas las salidas se abren hacia fuera.

Maeve conocía la frase antes de desaparecer. Quizá se refería a esta puerta desde el principio.

Entro y la cierro contra la siguiente ola.

La oscuridad se apodera de la cala.

El teléfono sin conexión me da luz suficiente para ver un pasaje de hormigón que desciende. Pintura amarilla vieja marca las paredes a la altura de los hombros. Cables nuevos discurren por encima, negros y limpios contra soportes corroídos.

Vow House se superpuso a otra institución.

El mismo hábito que Lenora.

Usar la estructura vieja.

Renombrar el propósito.

A las 6:01, todas las luces nuevas del túnel mueren.

Tobin ha cortado el sistema de respaldo.

Cuatro minutos.

Las bombillas de emergencia viejas permanecen apagadas hasta que giro la llave de incendios en una caja de la pared.

Una por una, las lámparas verdes cobran vida a lo largo del pasaje.

Circuito analógico.

Energía separada.

El color me recuerda a los letreros de salida de emergencia y a los pasillos de moteles baratos de las reubicaciones. Luz diseñada para mostrar el camino sin fingir que el edificio es seguro.

Me muevo.

El agua me cubre los tobillos. La corriente tira hacia la cala a mi espalda, lo que significa que el sistema de bombeo del interior aún está drenando.

Por ahora.

La primera cámara contiene ropa.

No batas médicas.

Vidas.

Cuarenta o más contenedores transparentes reposan en estantes de acero. Bolsos. Carteras. Relojes. Zapatos. Alianzas selladas en bolsas de pruebas.

Cada caja lleva un número de Graduado.

Sin nombres.

En el centro de la habitación, una bolsa de lona gris descansa sobre una mesa.

Franja azul dentro del asa.

Exit Line.

Me detengo.

La bolsa del invernadero debería seguir allí a menos que Lenora la haya movido.

Esta contiene documentos de identidad copiados, fajos de billetes con mis huellas dactilares sacadas de los archivos de la casa del cuidador, y una fotografía de Maeve junto a la puerta de mi oficina.

Se ha añadido una etiqueta impermeable.

PROPIEDAD RECUPERADA DEL SITIO DE ARCHIVO

Lenora pretende que los investigadores encuentren mi equipo donde desaparecieron personas.

La historia falsa ya está armada.

Fotografío la bolsa en su sitio, incluyendo los números de estante, las marcas de la habitación y la hora en mi teléfono.

Luego la dejo.

La prueba movida por el acusado se convierte en argumento.

La prueba documentada dentro de una instalación controlada se convierte en una pregunta que Lenora debe responder.

El siguiente corredor se divide.

Mapa digital: Sea Ward a la izquierda.

Mapa militar viejo: cámaras de admisión a la derecha.

La última palabra de Maeve fue siete.

Reviso el reloj analógico sobre la bifurcación.

6:00.

Mi teléfono marca las 6:07.

Los relojes viejos del edificio siguen siete minutos atrasados.

Un letrero de marea baja junto al pasaje izquierdo dice:

ACCESO CIERRA 18:22

Esa hora pertenece al sistema moderno.

El reloj de la cámara les dice al personal que tienen siete minutos más de los que el océano permite.

La ruta marcada como segura hasta las 6:22 se inundará a las 6:15.

Maeve no solo me advirtió sobre los relojes.

Me dijo qué mapa mentía.

Tomo el pasaje derecho.

El corredor se estrecha hasta que mis hombros casi tocan ambas paredes. En la séptima lámpara de emergencia verde, la pintura detrás es más nueva que el hormigón circundante.

Retiro la cubierta de la lámpara.

Dentro hay una palanca empotrada.

Tiro de ella.

Parte de la pared cede hacia dentro.

Un pasaje de mantenimiento se abre hacia el sonido de maquinaria y voces humanas.

La llave de incendios le enseñó a Maeve a buscar sistemas viejos.

El número siete me enseñó dónde.

Entro.

A las 6:04, la energía nueva regresa.

Los cables de arriba zumban.

Un mensaje parpadea en mi teléfono.

TOBIN: RESPALDO RESTAURADO. DOS PUERTAS ABIERTAS. TERCERA FALLÓ.

El anillo me vibra en el bolsillo.

Un lector cercano ha detectado su firma de hardware.

Lo saco.

La pantalla interna muestra:

ACCESO SEA WARD - PARCIAL

Lo presiono contra la primera puerta.

La cerradura se abre.

Más allá, un pasillo corto termina en una ventana de observación.

Tres personas sentadas en una sala clínica.

Una mujer de mediana edad con ropa de hospital y cabello negro muy corto. Un hombre más joven con pantalones de chándal grises y un vendaje en el antebrazo. Una mujer con el pelo largo y oscuro trenzado sobre un hombro, observando la puerta con una expresión demasiado alerta para estar sedada.

Los tres sujetos activos de Recompromiso.

La mujer de la trenza me ve a través del cristal.

Levanto la llave de incendios.

Señala la pared junto a su cama.

Liberación manual.

Meto la llave en la caja de código y giro.

La cerradura se desactiva.

La mujer llega primero a la puerta.

—¿Quién eres?

—Elise.

Un destello de reconocimiento cruza su rostro.

—La mujer de Exit.

—Esa descripción necesita mejorar.

—Lenora dijo que eras la responsable de las desapariciones.

—Dice muchas cosas en habitaciones que cierra con llave.

El hombre se acerca más despacio. Su piel tiene el tono gris de la medicación y el agotamiento.

—¿Hay una salida?

—Sí. Sigan las luces verdes hasta la segunda cala. Un hombre llamado Tobin los esperará en el cruce de las bombas.

—¿El personal?

—Algunos pueden ayudar. No den nada por sentado.

La mujer mayor mira más allá de mí.

—¿Mi marido?

—No lo sé.

La respuesta le duele sin ser mentira.

Les doy la sección fotografiada del mapa de ruta y la regla simple que resiste el pánico mejor que cualquier discurso.

—Luces verdes. A la derecha en cada bifurcación hasta que huelan el océano.

La mujer de la trenza toma la delantera.

La competencia se reconoce enseguida.

Se van.

Continúo hacia Maeve.

El ruido de las bombas se intensifica, luego cesa.

El agua se mueve bajo el suelo.

La puerta final de Sea Ward se alza frente a una cámara circular excavada en el acantilado. Acero nuevo. Cristal grueso. Cerradura magnética. Sin anulación mecánica visible.

Detrás, Maeve está sentada en el suelo, apoyada contra una cama.

Le han cortado el pelo rojo de forma irregular hasta los hombros. Un vendaje le cubre una ceja. Tiene el rostro más delgado que en las fotografías del podcast que vi antes de que esto empezara, pero sus ojos siguen inconfundiblemente vivos.

Ámbar-marrón como los de Merrick.

Menos controlados.

Se levanta cuando me ve.

Le flaquean las rodillas.

Se agarra a la barandilla de la cama y se acerca.

—¿Elise?

Su voz llega a través de una rejilla junto al cristal.

—Sí.

—¿Te lo dijo?

—Al final.

—Típico de él.

Incluso drogada, consigue expresar decepción con eficiencia.

Saco el anillo modificado y lo presiono contra el lector.

El panel se ilumina.

FIRMA DE HARDWARE ACEPTADA

Aparece una segunda línea.

SE REQUIERE CONFIRMACIÓN EN VIVO DEL USUARIO EMPAREJADO

Maeve lo lee desde el otro lado.

—Merrick.

—Está en la capilla.

—¿Con Lenora?

—Sí.

—¿Ese es el plan?

—Ahora sí.

Maeve mira el reloj sobre su puerta.

Marca las 6:00.

Mi teléfono marca las 6:08.

El agua empieza a entrar por un desagüe cerca de la pared del fondo.

—El túnel de transferencia se inunda primero.

—¿Cuánto tiempo?

—Menos de lo que dice el cartel.

—Lo sé.

Conecto el teléfono offline al panel de la puerta.

Sin red.

Solo una solicitud local esperando confirmación del perfil biométrico emparejado original.

El anillo lleva la mitad del hardware.

Merrick debe aportar la mitad viva.

Envío la solicitud a través del relé.

PUERTA SEA WARD REQUIERE AUTENTICACIÓN EN VIVO DE M. ROOK.

El mensaje sale.

Sin confirmación.

Maeve apoya una mano contra el cristal.

Tiene los dedos largos como su hermano, aunque los suyos se cierran del todo.

—Bajará.

—No.

—Siempre lo hace.

—Acordó seguir el plan.

Maeve mira el agua que avanza por el suelo.

—El acuerdo y el miedo son pruebas diferentes.

—Sí.

El panel de la puerta cambia.

USUARIO ACTIVO DETECTADO - TERMINAL DE LA CAPILLA

Merrick accedió al sistema de Lenora.

Aparece una imagen de cámara en la esquina superior.

La capilla de cristal.

Lenora permanece junto a una mesa blanca. La pulsera de Maeve, el expediente de Natalie y una pistola reposan frente a ella.

Merrick entra solo.

Las puertas se cierran tras él.

La mano de Maeve se aprieta con más fuerza contra el cristal.

En el panel entre nosotras, comienza una cuenta atrás.

VENTANA DE CONFIRMACIÓN BIOMÉTRICA: 01:00

CAPÍTULO 28

MERRICK

Lenora apunta el arma hacia el suelo.

Esto no es contención.

Es puesta en escena.

Permanece en el centro de la capilla de cristal, con el océano a su espalda y todas las cámaras internas apuntando a la mesa que nos separa. La luz de la tormenta atraviesa los paneles, tiñendo de gris su blusa color crema y devolviéndole después el blanco.

El anillo de Maeve descansa junto al archivo de Natalie.

La pistola reposa bajo la mano derecha de Lenora.

En el terminal de la capilla brilla un indicador de transmisión en directo.

Vow House está grabando su sesión final.

—¿Dónde está Elise? —pregunta Lenora.

—Siguiendo su plan.

—¿No el tuyo?

—No.

La respuesta le interesa.

Esperaba que el dolor la modificara.

Las costillas me obligan a respirar de forma superficial. El corte de la boca se me ha abierto de nuevo. El hilo verde que rodea la muñeca está casi negro por el agua y el hollín.

Permanezco de pie porque la silla más cercana dejaría el arma fuera de mi campo visual.

Lenora advierte dónde elijo colocarme.

—Todavía crees que la habitación puede resolverse.

—Puede entenderse.

—Esa es una forma más modesta de la misma arrogancia.

El terminal junto a ella parpadea.

PUERTA SEA WARD - SE REQUIERE BIOMÉTRICO EN DIRECTO

Elise ha llegado hasta Maeve.

La ventana de confirmación empieza a contar desde sesenta segundos.

Lenora gira la pantalla y la aparta de mi vista.

—Viniste sin tu acceso ejecutivo —dice.

—Sí.

—Lo entregaste para impresionarla.

—No.

—¿Para castigarte a ti mismo?

—No.

—¿Entonces por qué?

—Porque las pruebas relativas a las víctimas no deberían permanecer bajo la autoridad de quien contribuyó a enterrarlas con sus decisiones.

La expresión de Lenora se tensa.

—Has aprendido su lenguaje.

—Debería haberlo aprendido antes.

—La confesión no es transformación.

—No.

—La pérdida no es reparación.

—No.

—Asientes con mucha elegancia cuando asentir no cuesta nada.

El temporizador de la puerta llega a cuarenta y ocho segundos.

Doy un paso hacia el terminal.

Lenora levanta el arma.

—Quédate donde estás.

Me detengo.

El cañón apunta a mi pecho ahora.

Mi costado derecho tiene varias razones para no recibir un disparo ahí.

—La habitación de Maeve se está inundando —digo.

—Ella entró voluntariamente.

—Retiró su cooperación.

—Robó material confidencial.

—Documentó crímenes.

—Expuso a personas que confiaron en esta institución.

—Algunas de ellas están muertas por eso.

El rostro de Lenora no cambia.

Eso dice la verdad más claramente que una respuesta.

El temporizador llega a treinta y nueve segundos.

—Empezaste con pruebas contra maltratadores —digo—. Luego las pruebas se convirtieron en permiso.

—¿Permiso para qué?

—Para decidir el destino de todos los demás.

Su mirada se mueve hacia las cámaras.

Quiere un argumento digno de la grabación.

Le doy hechos, en cambio.

—Mi empresa diseñó la base de seguridad de Vow House. Aprobé sistemas biométricos que después se usaron para vigilancia coercitiva.

Una pequeña luz roja aparece en el terminal.

El relé ha detectado audio.

Imani está recibiendo la transmisión.

Lenora oye el cambio en mi voz.

—¿Qué estás haciendo?

—Creando un registro fuera de tu control.

Continúo.

—Descubrí una brecha de seguridad relacionada con Natalie Arden y oculté la auditoría para proteger a Rook Risk. Hace seis meses, Maeve me advirtió de que Greywake Wellness Holdings había recibido los datos de ubicación exportados. Vi lo suficiente para entender la advertencia y no actué.

El temporizador llega a veintiocho segundos.

Lenora cruza hacia el terminal.

El arma sigue apuntándome.

Continúo antes de que pueda silenciar la transmisión.

—Hace tres meses, aprobé la eliminación de la auditoría activa sin revisar el caso. Esta semana, amenacé a la organización de Elise Arden para forzar su cooperación.

—¿Crees que la autodestrucción pública te hace honesto?

—No. Pone los hechos a disposición de todos.

—¿Y qué pasa con las mujeres cuyos nombres están en esos archivos?

—Elise las protegió.

—¿Confías en lo que ha censurado?

—Sí.

La respuesta llega sin cálculo.

Lenora oye la diferencia.

El temporizador marca diecisiete segundos.

Toca el terminal.

La solicitud de apertura desaparece de la pantalla visible.

El sistema subyacente sigue activo.

La primera arquitectura de emergencia de Sentinel se diseñó para preservar una función de seguridad vital incluso cuando los administradores intentaban deshabilitarla.

Lenora reconstruyó la superficie.

No eliminó todos los cimientos.

Muevo la mano izquierda hacia el terminal.

El arma se alza.

—He dicho que te quedes quieto.

—Entonces confirma la puerta tú misma.

—Maeve no se va.

—No es tuya para retenerla.

—Es mi prueba.

—Es mi hermana.

—¿Y Elise?

La pregunta es la trampa que preparó.

Dos mujeres.

Una elección.

Un hombre obligado a decidir quién recibe protección.

Miro directamente a la cámara.

—Ninguna de las dos me pertenece para usarlas como moneda de cambio.

El temporizador marca ocho segundos.

Coloco la palma izquierda contra el panel de vidrio de emergencia junto al terminal.

Lenora dispara.

El impacto convierte el hombro en presión blanca.

El cuerpo golpea el borde de la mesa.

El disparo se pierde bajo la tormenta y la alarma de la capilla.

Permanezco erguido porque caer alejaría la mano del lector.

El panel lee la palma.

Pulso.

Temperatura.

Flujo sanguíneo.

Confirmación biométrica en vivo.

USUARIO EMPAREJADO VERIFICADO

La puerta inferior se abre.

Lenora se acerca al terminal.

Uso la secuencia de puerta trasera memorizada con la mano derecha.

Los dedos lesionados yerran el primer comando.

Lo introduzco otra vez.

Prioridad de puertas.

Liberación de emergencia.

Preservación de pruebas local.

El sistema solicita una credencial ejecutiva que ya no poseo.

Elijo la capa de seguridad vital en su lugar.

Firma de hardware original.

La mano izquierda permanece contra el escáner.

La sangre de la herida de bala desciende por el brazo.

Las puertas de la capilla se bloquean.

Todas las señales de las cámaras internas se redirigen a través del relé.

El rostro de Lenora aparece en las pantallas de pared a nuestro alrededor, multiplicado por el sistema que usó para vigilar a todos los

demás.

—¿Qué has hecho? —pregunta.

—Eliminar tu audiencia privada.

El indicador de transmisión cambia.

RÉPLICA EXTERNA ACTIVA

Imani tiene la transmisión en vivo.

Lenora me apunta con el arma de nuevo.

El movimiento es menos controlado.

—Apágalo.

—No.

—Te dispararé otra vez.

—Eso quedará en el registro.

Mira hacia las cámaras.

Por primera vez, ser observada la limita.

Aparece la confirmación de la puerta del Sea Ward.

PUERTA INFERIOR ABIERTA

El alivio me debilita las rodillas más que la pérdida de sangre.

Me apoyo en el borde del terminal para mantenerme en pie.

Lenora lo ve.

—Tu cuerpo está fallando.

—Sí.

—Y aún crees que Elise volverá por ti.

La pregunta toca el hábito que prometí no seguir.

Quiero que Elise esté aquí.

Eso no significa que deba estarlo.

—Ella tomará su propia decisión.

La boca de Lenora se tensa.

Abre un menú de control protegido.

SANEAMIENTO TÉRMICO

El sistema se añadió después de mi auditoría. Una purga mediante calor, aislamiento contra incendios y supresión de sala de servidores para destruir material biológico y digital.

Pulsa INICIAR.

Una alarma suena bajo el suelo de la capilla.

PURGA DE ARCHIVO INFERIOR - CINCO MINUTOS

Intento cancelarla mediante la puerta trasera.

Acceso denegado.

Lenora ha colocado el nuevo sistema fuera de la capa original de seguridad vital.

El arma sigue en su mano.

—Liberaste la puerta —dice—. Ahora elige. Detén la purga o mantén las puertas abiertas para Elise.

El sistema presenta dos controles.

Cerrar las puertas inferiores restaura la energía al circuito de cancelación de purga.

Mantenerlas abiertas preserva la ruta de evacuación.

Otra elección falsa integrada en la arquitectura.

Dejo las puertas abiertas.

Después envío el mapa de incendios local, la cuenta regresiva de purga y la ubicación de la sala de control al anillo de Elise.

Lenora ve salir los datos.

Camina hacia mí.

No me aparto.

Si vuelve a disparar, la transmisión lo registrará.

Si abandona la capilla, el sistema registrará adónde va.

Si permanece aquí, Elise tendrá tiempo.

Lenora golpea la herida de bala con la pistola.

Mi brazo izquierdo deja de sostenerme.

Caigo sobre una rodilla.

El terminal de la capilla sigue transmitiendo.

—El amor te hizo predecible —dice ella.

—No.

El sistema inferior anuncia:

COMPUERTA ABIERTA.

Miro a la cámara.

—Elise —digo—, la decisión sigue siendo tuya.

Lenora se vuelve hacia la puerta lateral que conduce al nivel de control.

El temporizador de la purga llega a los cuatro minutos.

Me deja en la capilla.

No la sigo.

CAPÍTULO 29

ELISE

La puerta se abre cuando quedan catorce segundos en la ventana de confirmación.

Maeve se aparta de la cama antes de que los paneles de acero se separen por completo.

Entro en la habitación y la sujeto con el brazo derecho.

Pesa menos de lo esperado.

No frágil.

Agotada.

Su cabello rojo huele a antiséptico y agua salada. El moretón de la mejilla se ha vuelto amarillo en los bordes. Su cuerpo tiembla bajo la ropa gris del hospital.

—¿Dónde está él? —pregunta.

—Siguiendo el plan.

Un disparo nos llega por el canal de audio de la puerta.

Maeve cierra los ojos.

—Eso no suena a plan.

—No.

El panel muestra los datos biométricos de Merrick en tiempo real.

Pulso elevado.

Presión arterial en descenso.

Vivo.

Aparece un segundo mensaje.

PURGA DE ARCHIVO INFERIOR - 04:31

Merrick eligió las puertas abiertas.

No bajó.

Envió información en su lugar.

La diferencia no es pequeña.

Paso el brazo de Maeve por encima de mis hombros.

—¿Puedes caminar?

—Sí.

—La verdad.

—Mal.

—Mejor.

Los otros tres sujetos de Recompromiso llegan al cruce detrás de mí. Tobin viene detrás con un rollo de cuerda y una bolsa de emergencia. Tiene el rostro delgado manchado de mugre, el moretón bajo el ojo más oscuro que antes.

Ve a Maeve.

Algo en su postura se relaja.

—Conservaste la llave —dice.

Maeve saca de debajo de la manta la segunda llave contra incendios, de latón.

—Dijiste que abría los controles de supresión antiguos.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué el edificio intenta cocinarnos?

—Sistema nuevo sobre hardware antiguo.

El temporizador de purga llega a cuatro minutos.

Le paso a Maeve a Tobin.

—Segunda cala. Luces verdes. La ventana segura termina a las seis y cuarto.

—Son las seis y doce —dice.

—Entonces muévanse.

Maeve me agarra de la manga.

—Vienes con nosotros.

—Necesito el archivo maestro.

—Te dije que no me rescataras sin liberarlos.

—Te escuché.

—Entonces vete.

—La carga pública basta para iniciar una investigación. No para proteger a cada superviviente de la versión de Lenora.

La mirada de Maeve se afila a pesar de la medicación.

—La frase de contraseña —dice.

—¿Qué?

—El archivo maestro usa una suma de verificación verbal. Lenora me la hacía repetir en cada entrevista.

—¿Qué frase?

Maeve mira hacia el espejo oscuro del Sea Ward.

—Ella dice: «La verdad está más segura en manos de quienes están dispuestos a actuar».

—Típico de ella.

—Cambié una palabra en las grabaciones.

Las dos versiones de la pista codificada.

Una frase repetida de forma diferente.

—¿Qué cambiaste?

—«Más segura» por «útil».

—¿Por qué?

—Porque el sistema detecta la inconsistencia y almacena el audio original por separado.

Se quita la llave contra incendios de la mano y me la da.

—Di ambas versiones. Eso abre la capa protegida.

Los tres sujetos esperan cerca del corredor.

La mujer de la trenza me mira.

—Podemos llevarla.

Tobin reajusta el peso de Maeve con cuidado.

Le entrego el mapa antiguo.

—El cobertizo. Claire escapó por ahí.

Mira hacia el corredor de control.

—¿Y Lenora?

—Mía.

Maeve me agarra de la chaqueta.

—No.

—Tampoco tuya.

Espero hasta que me suelta.

Luego corro.

Mal.

El brazo izquierdo no me responde bien, y el desgarrón de la rodilla del pantalón se engancha en la tela húmeda. La alarma de purga pasa de constante a pulsante.

La ruta que envió Merrick asciende por debajo de la capilla.

El vapor empieza a entrar en el corredor del archivo.

No tanto como para quemar. Todavía.

Suficiente para advertir.

El sistema antiguo interpreta el calor como contaminación y cierra las puertas cortafuegos internas. El nuevo pretende atrapar lo que quede.

Introduzco una llave contra incendios en el primer panel de supresión.

El segundo en el control de al lado.

Dos circuitos manuales.

Maeve tenía la mitad que faltaba.

Giro ambos.

Las luces verdes del pasillo se vuelven rojas.

Una válvula mecánica se abre dentro de las paredes.

Agua de mar fría entra en las viejas tuberías de supresión.

No aspersores.

Una línea de inundación construida para el almacén de municiones décadas antes de que Lenora comprara la isla.

La purga térmica continúa, pero las tuberías empiezan a enfriar el hormigón alrededor de las salas de servidores.

Tiempo.

No cancelación.

La puerta de la sala de control está al final de una escalera corta.

Mi anillo desbloquea el primer sello magnético.

La llave de incendios libera el segundo.

Dentro, Vow House se hace visible como una serie de puertas, cámaras, bombas y perfiles humanos.

El terminal maestro pide confirmación verbal.

Conecto el teléfono desconectado al puerto de relevo.

Luego hablo.

—La verdad está más segura en manos de quienes están dispuestos a actuar.

El sistema lo rechaza.

Digo la versión alterada.

—La verdad es útil en manos de quienes están dispuestos a actuar.

La capa de audio oculta de Maeve se abre.

Aparecen cuarenta y una carpetas de Graduadas.

No solo resultados.

Retiradas de consentimiento originales.

Pagos.

Sesiones sin editar.

Órdenes.

La voz de Lenora autorizando accidentes falsos, retornos forzados, medicación, chantaje y manipulación de identidad.

La purga alcanza los dos minutos.

Selecciono difusión pública.

El sistema advierte que se incluirán las identidades de las víctimas.

No.

Lenora diseñó la elección a propósito.

Exponer a todas o preservar su secreto.

Uso el protocolo de redacción que Imani instaló a través del relevo de Exit Line. Los nombres se separan de las acciones institucionales. Los rostros se difuminan. Las direcciones se encriptan. Las rutas de pago, las órdenes del personal y las autorizaciones de Lenora permanecen visibles.

La barra de progreso comienza.

Veinte por ciento.

La puerta de la sala de control se abre detrás de mí.

Lenora entra con el arma en la mano.

Sin prisa ahora.

Ha recuperado la compostura porque la ira no le sirvió en la capilla.

Una pequeña mancha de sangre tiñe el puño de su blusa color crema.

De Merrick.

—Lo dejaste —dice.

—Me pidió que siguiera el plan.

—Está sangrando solo.

—Tomó una decisión.

—Y la aceptaste porque servía a la misión.

—Sí.

Esperaba negación.

La respuesta la desconcierta.

—El amor debería haber cambiado tus prioridades.

—El amor cambió cómo pregunto.

La carga alcanza el treinta y ocho por ciento.

Lenora cierra la puerta.

El cierre magnético se activa.

—Liberaste tu organización —dice—. Él liberó su empresa. Los dos llamáis crecimiento a la destrucción porque responsabilidad suena menos romántico.

—Lo llamamos consecuencia.

—¿Crees que las juntas directivas y los fiscales protegerán a esas mujeres?

—No.

—Entonces, ¿por qué darles las pruebas?

—Porque guardarlas en privado nos convertía en el mismo tipo de institución en que te convertiste tú.

Su dedo descansa a lo largo del guardamonte.

—Detén la carga.

—No.

—Todavía puedo salvar a Merrick.

—Le disparaste.

—La herida es tratable si se atiende.

—No lo sabes.

—Sé exactamente dónde entró la bala.

La carga alcanza el cincuenta y cuatro por ciento.

La imagen de una cámara muestra la capilla de cristal.

Merrick sigue con una rodilla en el suelo junto al terminal. Su hombro izquierdo está oscurecido por la sangre. Tiene la cabeza gacha, pero su mano derecha presiona un trozo doblado de su camisa contra la herida.

Se está curando él mismo.
No espera pasivamente.
Lenora toca un control en la pared.
La imagen de la capilla se apaga.
—Elige —dice—. La carga o el hombre.
Otra puerta falsa.
Miro el cierre magnético detrás de ella.
El arma.
El panel de emergencia montado a su izquierda.
La llave de incendios en mi mano herida.
—Construiste esta sala sobre el sistema de Merrick —digo.
—Lo mejoré.
—Invertiste los cierres de seguridad.
—Impedí la fuga no autorizada.
—Y conservaste el desbloqueo magnético.
Mira hacia el panel antes de controlar la reacción.
Suficiente.
Avanzo hacia el terminal.
Lenora levanta el arma.
—Detente.
Me detengo.
La subida alcanza el sesenta y siete por ciento.
—Crees que no dispararé porque las cámaras están en directo —dice ella.
—No. Creo que ya lo hiciste.
Su expresión cambia.
Lanzo el anillo modificado hacia el panel de emergencia.
Impacta contra el lector.
La firma de hardware activa la respuesta original de Sentinel.

SUJETO EJECUTIVO BAJO COACCIÓN

El cierre magnético se libera.
No la puerta detrás de Lenora.
La mampara de observación junto a ella.
Un pesado panel de cristal se desliza entre nosotras.
Lenora dispara.

La bala impacta en la mampara en movimiento y fractura la capa exterior sin atravesarla.

Me agacho detrás del terminal.

El panel completa su recorrido, sellando a Lenora dentro del estrecho corredor de observación entre cristal y acero.

El arma sigue con ella.

La consola de control no.

Golpea el cristal.

—Ábrelo.

La subida alcanza el setenta y nueve por ciento.

—Diseñaste este resultado —dice ella—. Usaste el sistema contra mí.

—Usé la puerta.

Apunta el arma hacia la sección fracturada.

El cristal resiste impactos, no disparos repetidos.

Me arrastro hasta el panel de supresión antiguo.

La llave de incendios gira otro cuarto de vuelta.

El agua cae sobre el corredor de observación.

Agua de mar fría se vierte por las rejillas de mantenimiento, empapando a Lenora y forzando el arma hacia abajo.

Dispara una vez más.

El disparo se incrusta en el techo.

El arma se le resbala de la mano y pasa por debajo de la mampara de cristal a través de un hueco de drenaje.

Se detiene en mi lado.

No la recojo.

La pateo bajo la consola fija.

La subida alcanza el noventa y uno por ciento.

La purga térmica falla.

TEMPERATURA POR DEBAJO DEL UMBRAL DE SANEAMIENTO

El agua fría se extiende por el suelo de la sala de control.

Lenora está de pie al otro lado del cristal, el cabello rubio plateado pegado a la cara, la ropa color crema grisácea por el agua de mar. Por primera vez, aparenta su edad.

No débil.

Humana.

Eso hace que lo que hizo resulte menos abstracto.

—Lo perderás todo —dice ella.

—Ya lo liberé.

—Serás procesada.

—Posiblemente.

—Tus clientes te odiarán.

—Algunas lo harán.

—Merrick decidirá que protegerte vale otra mentira.

—Entonces me iré.

La respuesta sale sin vacilación.

El amor no exige que la puerta desaparezca.

La subida se completa.

Todas las pantallas muestran:

LIBERACIÓN EXTERNA CONFIRMADA

Una voz llega por el canal de emergencia.

Imani.

—Elise, la Guardia Costera ha llegado al muelle principal. Los investigadores locales y federales vienen con ellos. Las pruebas de Claire han sido autenticadas.

Llegada causal.

Primero las pruebas.

Segundo la ubicación.

Personas dispuestas a actuar tras recibir ambas.

—Equipo médico a la capilla —digo—. Herida de bala, hombro izquierdo. Posibles costillas fracturadas.

Lenora mira hacia el altavoz.

Su institución ya no es la única que escucha.

La puerta de la sala de control se abre a mi espalda.

Tobin está allí con un oficial de la Guardia Costera y dos investigadores con ropa de tormenta.

Señala a Lenora.

—Ella controla los registros. Ella ordenó las transferencias.

Sin inmunidad.

Testimonio.

El oficial asegura el arma bajo la consola y luego abre la mampara de observación con el desbloqueo mecánico.

Lenora no se resiste.

Me mira mientras le ponen las esposas.

—Crees que elegiste la libertad.

—Elegí la responsabilidad.

—No es lo mismo.

—No.

Miro hacia la transmisión de la capilla, que ha vuelto.

El personal médico rodea a Merrick.

Está consciente.

Apenas.

Salgo de la sala de control sin pedir permiso.

Cuando llego a la capilla, ya está en una camilla.

Tiene el rostro pálido. El cabello oscuro húmedo contra la frente. Oxígeno bajo la nariz. El corte en la boca se ha secado.

Su mano derecha descansa abierta a su lado.

La tomo.

Sus dedos se cierran con torpeza alrededor de los míos.

—Volviste —dice.

Las palabras apenas se oyen.

—Terminé el plan.

Un amago de sonrisa cansada le asoma a los labios.

—Volviste.

Cree que la repetición cambiará la respuesta.

Quizás sea así.

—Volví porque fue decisión mía.

Cierra los ojos un instante.

Cuando los abre, sigue escuchando.

—El perdón viene después —digo.

—Entendido.

—No, no entiendes.

—Todavía no.

La camilla empieza a avanzar hacia el pasillo.

Camino a su lado hasta que se abren las puertas de la capilla.

Esta vez, nadie las cierra a nuestra espalda.

CAPÍTULO 30

MERRICK

La habitación del hospital tiene una puerta, dos ventanas y ninguna cerradura bajo mi control.

Aun así, compruebo.

Las ventanas se abren unos ocho centímetros. El baño tiene una puerta maciza. El pasillo sigue visible desde la entrada principal porque un agente federal ha colocado una silla fuera y se ha negado a cerrar la puerta.

Tengo el hombro izquierdo vendado desde la clavícula hasta la parte superior del brazo. La bala atravesó tejido blando sin alcanzar la arteria principal, el hueso ni el pulmón.

Colocación afortunada.

El médico usó esa expresión.

Elise lo llamaría expectativas erróneas que sobreviven al contacto con el azar.

Tengo dos costillas fracturadas.

La mano derecha sigue como estaba antes de Greywake.

Algunas lesiones no se vuelven simbólicas solo porque lleguen otras nuevas.

Son las 9:11 de la mañana, el día después de la evacuación de la isla.

Me han interrogado dos veces.

El primer interrogatorio fue sobre Vow House.

El segundo, sobre Rook Risk.

Mi abogada me aconsejó guardar silencio hasta que revisara los archivos que hice públicos.

Me negué.

Me dijo que rechazar la estrategia de mi representante legal no era lo mismo que crecimiento personal.

Tiene razón.

Solo respondí a preguntas respaldadas por documentación archivada.

Ninguna teoría.

Ningún intento de mejorar mi papel.

Ninguna petición de clemencia.

El televisor sobre la cama muestra la isla Greywake desde un helicóptero de informativos.

La casa del vigilante está calcinada.

Embarcaciones de la Guardia Costera rodean el muelle principal.

Las ventanas de Vow House reflejan la luz matutina como si el edificio no llevara años observando a la gente a través de ellas.

Un reportero describe la investigación como una presunta red de secuestro y chantaje.

Presunta sigue siendo útil hasta que las pruebas se convierten en veredicto.

La puerta se abre.

Maeve entra en una silla de ruedas que impulsa con los pies porque tiene un brazo ocupado por una vía intravenosa.

Una enfermera la sigue.

Maeve dice:

—Vengo a ver a mi hermano.

La enfermera me mira, luego al agente federal de fuera, y después a Maeve.

—Diez minutos.

—Quince.

—Diez.

Maeve espera a que la enfermera se vaya.

Luego acerca la silla junto a la cama y me examina.

Tiene el pelo rojo lavado pero sin arreglar. Le cae a distintas alturas alrededor de la cara. Un vendaje blanco cubre el corte sobre la ceja. Los moretones aún le marcan la mejilla.

Vuelve a aparentar veintinueve años en lugar de parecer un expediente etiquetado como Cuarenta y Dos.

—Tienes un aspecto horrible —dice.

—Tú pareces viva.

—Me ha costado lo mío.

No sé si reírme.

Ella decide por mí poniendo los ojos en blanco.

—Si te disculpas con un discurso, me largo.

—Lo siento.

—Eso ha sido casi demasiado corto.

—No respondí a tu llamada.

—No.

—Ignoré la advertencia que me enviaste.

—Sí.

—Intenté controlar la investigación después de que desaparecieras.

—Amenazaste a Elise, por lo visto.

—Sí.

La expresión de Maeve se endurece.

—¿Te lo dijo ella?

—El dossier de pruebas de Imani incluía tu mensaje y su confesión —dice—. También una cantidad creativa de términos legales que no entendí.

Espero.

Maeve mira hacia la puerta abierta.

—No te apuntas tantos por admitir cosas después de que una isla empiece a arder.

—Lo sé.

—Deja de decir que lo sabes.

Cierro la boca.

Su mirada vuelve a mi hombro vendado.

—Necesitaba que confiaras en que yo entendía el riesgo.

—No confié.

—Nunca lo haces.

—No.

Ella espera el resto.

Me resisto a dárselo.

Ninguna explicación de que su investigación era peligrosa.

Ninguna justificación con las llamadas que he recibido de familias cuando alguien no vuelve.

Ningún argumento sobre lo cerca que estuvo de morir.

Esos hechos no transfieren la titularidad de su decisión.

—Debería haberte preguntado qué apoyo querías —digo.

Los ojos de Maeve se llenan de lágrimas.

Parpadea con fuerza suficiente para que la emoción parezca irritación.

—Sí.

La palabra sale en voz baja.

—¿Qué apoyo quieres ahora?

—Quiero recuperar mi apartamento.

—Está retenido como prueba.

—Lo sé.

—Puedo gestionar...

Arquea las cejas.

Me detengo.

—Lo siento.

—Eso fue rápido. Quizá la bala ayudó.

—Espero que no.

—Quiero espacio —dice—. Quiero que mi trabajo se maneje con el consentimiento de las supervivientes. Quiero que cada grabación se revise antes de publicarse. Quiero que estés disponible cuando te llame y que no reorganices mi cocina cuando no.

—De acuerdo.

—Y no quiero vivir contigo.

—No lo había sugerido.

—Estabas a punto de diseñar un cuarto de invitados en tu cabeza.

Así era.

Maeve conoce la arquitectura de mi control porque ha vivido dentro de ella más tiempo que nadie.

—No lo haré —digo.

Toca el hilo verde alrededor de mi muñeca derecha.

El personal del hospital lo quitó del lado del reloj antes de la cirugía y lo volvió a atar donde la vía no estorbara.

—¿Elise?

—No lo sé.

—Eso significa que no te ha visitado.

—Me llevó hasta el equipo médico.

—Esa no era la pregunta.

—No.

Maeve me estudia con una expresión que reconozco de la infancia: afecto agotado por la previsibilidad.

—Te quiere —dice.

—Eso no la obliga a quedarse.

—Buena respuesta.

—No es una respuesta. Es un hecho.

—Sigue siendo buena.

La enfermera regresa a los diez minutos.

Maeve se deja llevar en la silla de ruedas después de hacerme prometer que no llamaré a nadie para mejorarla.

A las 11:26, mi abogada llega con los papeles de renuncia.

La junta de Rook Risk me suspendió anoche. Tres directores dimitieron. Dos ejecutivos están bajo investigación. La empresa ha nombrado un director ejecutivo interino y un supervisor de cumplimiento independiente.

Mi derecho a voto está congelado a la espera de los procedimientos penales y civiles.

La renuncia aún no es obligatoria.

La firmo de todos modos.

También firmo documentos de transferencia que colocan las patentes originales de seguridad vital de Sentinel en un fideicomiso de beneficio público controlado por supervivientes.

Mi abogada lee el segundo documento dos veces.

—Esto tiene un valor considerable.

—Sí.

—Podría negociar.

—No.

—Puede preservar activos mientras coopera.

—Estoy preservando la parte que debería sobrevivir.

Mira hacia la puerta abierta.

—¿Esto es por Elise Arden?

—No.

Es verdad.

Elise me enseñó el lenguaje.

La decisión sigue siendo mía.

A la 1:03 p.m., la abogada de Tobin envía un aviso de cooperación.

Tobin entregó registros de mantenimiento, la ubicación de la propiedad de Lenora fuera de la isla y pruebas relacionadas con su esposo.

Su esposo está vivo.

Lo han puesto bajo custodia protectora y será investigado por el accidente mortal.

Protección y responsabilidad.

Ninguna anulada.

La Dra. Venn prestó declaración completa.

Claire identificó los delitos financieros de Graham y solicitó asesoría legal independiente.

Lenora está hospitalizada bajo vigilancia tras una hipotermia leve; después será trasladada a custodia federal.

A las 3:40, Imani Shaw entra sin llamar.

Lleva el abrigo color óxido del día que nos fuimos, aunque una manga está rasgada cerca del codo. Sus largas trenzas están recogidas. Trae una bolsa de papel.

—Amenazaste a mi organización —dice.

—Sí.

—Comprometiste cuatro rutas.

—Sí.

—Pusiste a Elise en una isla con una terapeuta de parejas convertida en arma.

—Sí.

Imani deja la bolsa sobre mi regazo.

Sopa.

Seguramente porque la comida del hospital la ofendió en lo personal.

—No te voy a perdonar hoy.

—No lo esperaba.

—Bien. Las expectativas salen caras.

Se dirige hacia la puerta.

—¿Elise está a salvo? —pregunto.

Imani se vuelve.

—Está trabajando.

—Esa no era la pregunta.

Un atisbo de aprobación aparece y desaparece.

—Está a salvo. También está enfadada, agotada, bajo investigación y reorganizando una institución que por fin admite que no debería depender de su insomnio.

—¿Vendrá?

—Eso depende de ella.

—Lo sé.

Imani me señala.

—No arruines lo primero aceptable que has dicho.

Ella se va.

Elise llega a las 7:18 p. m.

Sin anuncio del personal.

Sin aviso.

Se detiene en el umbral con pantalones negros limpios, un suéter gris y un vendaje nuevo en la palma izquierda. Le han recortado las puntas dañadas del cabello castaño rojizo, pero sigue desigual en un lado.

Los ojos gris verdosos encuentran primero las ventanas.

Luego al agente federal.

Luego a mí.

No lleva bolso.

Eso significa que la visita tiene una duración definida o que no ha planificado cómo marcharse.

No puedo determinar cuál.

—Firmaste el fideicomiso de patentes —dice.

—Sí.

—Imani me lo dijo.

—No le pedí que lo hiciera.

—Lo sé.

Entra y deja la puerta abierta.

La silla junto a la cama está frente a mí.

Elise la gira ligeramente para poder ver el pasillo, luego se sienta.

—¿Cómo está Maeve?

—Enfadada.

—Bien.

—Pidió espacio.

—Mejor.

Estudio su vendaje.

—¿Cómo está tu mano?

—Cuatro puntos. Por lo visto, las tiras no se consideraron un éxito artístico.

—No tenía el equipo adecuado.

—Lo hiciste bien.

Las palabras crean calidez y cautela a la vez.

Ninguno de los dos habla durante varios segundos.

Los sonidos del hospital entran por la puerta abierta. Ruedas. Un timbre de llamada. Alguien que ríe en el puesto de enfermería del fondo.

La vida ordinaria que continúa junto a las consecuencias.

—Te quiero —dice Elise.

Sin preparación.

Sin amortiguar el peso de la frase.

No respondo de inmediato porque la respuesta equivocada podría convertir el amor en una petición.

Ella nota el retraso.

—No lo negocies.

—Yo también te quiero.

Su rostro cambia.

Solo alrededor de la boca.

—Eso no significa que volvamos a la versión de nosotros del embarcadero —dice.

—No.

—No significa que me convierta en tu rehabilitación.

—No.

—No significa que obtengas acceso a los sistemas de Exit Line, mi ubicación, mis finanzas o mi trabajo porque estemos juntos.

—Entendido.

—Preguntas antes de entrar en un espacio protegido. Digital o físico.

—Sí.

—Mantengo mi propio dinero.

—Sí.

—Mi propia oficina.

—Sí.

—Un lugar donde pueda dormir que no dependa de tu permiso ni de tu propiedad.

—Sí.

—Si crees que estoy en peligro, me dices lo que sabes. No elabores un plan y lo llames protección.

—Sí.

—Si vuelves a mentir por omisión, me voy.

La última condición llega sin suavidad.

Así debe ser.

—Te diré cuando tenga miedo de que la verdad te haga irte —digo.

Elise me estudia.

—Eso no es lo mismo que prometer que nunca fallarás.

—No.

—Es mejor.

Miro hacia la puerta abierta.

—¿Me estás pidiendo que te espere?

—No.

—Bien.

—Te estoy preguntando si quieres intentar esto mientras yo enfrento las investigaciones y tú reconstruyes Exit Line.

—Sí quiero.

—Puede que decidas que las consecuencias son demasiadas.

—Esa será mi decisión.

—Sí.

Se pone de pie.

Durante un segundo, creo que la visita ha terminado.

Luego se acerca a la cama.

Mi mano derecha descansa sobre la manta. El hombro izquierdo no puede moverse sin dolor.

Giro la palma derecha hacia arriba.

Abierta.

Elise coloca su mano en ella.

Los nuevos puntos cruzan la vieja cicatriz.

Mis dedos dañados se cierran alrededor de los suyos hasta donde pueden.

No es un agarre perfecto.

Suficiente para sostener sin atrapar.

La puerta del hospital permanece abierta.

Ninguno de los dos le pide a nadie que la cierre.

EPÍLOGO

ELISE

Diez meses después, me caso con Merrick en un juzgado con tres salidas.

Las compruebo todas antes de firmar la licencia.

La primera da al vestíbulo principal.

La segunda pasa por la oficina del secretario.

La tercera tiene un cartel en letras verdes sobre la barra antipánico: SOLO EMERGENCIAS.

Merrick nota que estoy mirando.

No dice nada.

Quizá sea el gesto más romántico del que es capaz.

La sala de ceremonias es más pequeña de lo que sugerían las fotos de la página web. Paredes beige. Doce sillas de madera. Una lámina enmarcada con un paisaje, ligeramente torcida, detrás del juez.

No hay flores salvo el eléboro blanco que Maeve trajo en un vaso de papel porque en la floristería se negaron a venderle un solo tallo sin arreglo.

—Parecía solitario —explica.

—Es venenoso —digo.

—Solo si te lo comes.

Imani le quita el vaso.

—Nadie se va a comer la flor de la boda.

El pelo de Maeve ha crecido lo suficiente para llegarle a la mandíbula. Se negó a que le arreglaran las puntas desiguales

después de Greywake hasta que decidió que pertenecían al pasado y no a las pruebas.

Hoy lleva un traje azul oscuro y pendientes de plata con forma de pequeños micrófonos.

Su serie de podcast, Las habitaciones detrás de los espejos, emitió su último episodio el mes pasado.

Todos los supervivientes incluidos en la serie aprobaron su material.

Seis se negaron.

Sus historias siguen selladas.

Ese hecho importa más que las cifras de descargas que Maeve finge no consultar cada mañana.

Imani permanece a su lado con un vestido rojo óxido, los brazos cruzados, la expresión lista para objetar si al juez se le ocurre usar alguna fórmula que no le guste.

La asesora legal de Exit Line ocupa la última silla.

No hay más familia que las personas que eligieron el trabajo y después nos eligieron a nosotros.

Merrick está a mi derecha.

Su pelo oscuro ha crecido un poco desde el hospital, lo suficiente para que las canas en las sienes parezcan menos deliberadas. La herida de bala dejó una cicatriz fina que le cruza el hombro izquierdo. Las costillas fisuradas sanaron. Su mano derecha sigue imperfecta.

Ya no la oculta en las fotos.

Su traje es gris carbón, sencillo, y no es del sastre que usaba cuando dirigía Rook Risk. Vendió casi toda esa ropa durante la revisión de restitución porque le recordaba salas donde la gente confundía el dinero con la autoridad.

Se quedó con un abrigo.

Yo me quedé con el pañuelo que usó para vendarme la mano.

Ninguno de los dos objetos está aquí.

El juez nos mira por encima de unas gafas estrechas.

—Entienden que esta licencia crea un matrimonio legal.

—Sí —digo.

—Sí —dice Merrick.

El juez revisa el papeleo.

—¿Sin cambios de nombre?

—No —digo.

—No —confirma Merrick.

—¿Sin copropiedad de los negocios actuales?

—Correcto.

El juez mira a nuestra abogada.

Ella asiente.

Nuestro acuerdo prenupcial es más largo que el guion de la ceremonia.

Imani lo llamó el primer documento de boda que había respetado en su vida.

El juez comienza.

Escucho las palabras, no la sala.

Elección.

Colaboración.

Responsabilidad legal.

Ninguna afirmación sobre dos personas que se convierten en una.

Bien.

Escribimos nuestros propios votos, pero los mantuvimos breves.

Merrick va primero.

—Elise, no puedo prometerte que nunca tendré miedo por ti.

Su voz se mantiene firme, pero su pulgar izquierdo presiona una vez el lateral de su dedo.

No se esconde.

Se ancla.

—Prometo que el miedo no se convertirá en autoridad. Te diré lo que sé, lo que creo y lo que quiero. Te preguntaré qué eliges. Respetaré la respuesta aunque no sea la mía.

Maeve baja la mirada.

Imani no.

Lo observa como si los votos fueran testimonio jurado.

Razonable.

Merrick continúa.

—Seguiré aprendiendo la diferencia entre que me necesiten y que me inviten. Y cuando falle, no dejaré que descubras el fallo sola.

Ninguna garantía de perfección.

Un método de rendición de cuentas.

El mío es más simple.

—Merrick, no puedo prometerte que quedarme siempre será fácil.

Sus ojos no se apartan de los míos.

—Prometo que seguirá siendo una elección. Te diré cuándo necesito ayuda antes de que el aislamiento se convierta en otra habitación cerrada. No confundiré la independencia con el silencio. Te dejaré amarme sin exigir que el amor se demuestre mediante el control.

Mi voz cambia en la última frase.

Solo ligeramente.

Él lo oye.

—Te elijo mientras la puerta está abierta —digo.

El juez deja que el silencio se prolongue.

Luego pide los anillos.

Son de plata lisa.

Sin sensores.

Sin transmisores.

Sin rastreo de ubicación.

El joyero le mostró a Merrick un modelo con identificación médica de emergencia y recibió una explicación de cuatro minutos sobre por qué no lo compraríamos.

Los anillos se quitan sin herramientas.

Elegido.

Extraíble.

El mío tiene una palabra grabada en el interior.

PREGUNTA

El suyo dice:

ESCUCHA

Maeve se los entrega al juez después de fingir que había olvidado cuál era de quién.

—Qué graciosa eres —le dice Merrick.

—Sobreviví a un retiro matrimonial ilegal. Déjame disfrutarlo.

El juez nos declara casados.

Merrick no me besa de inmediato.

Espera.

Le tomo el rostro con ambas manos y lo acerco hacia mí.

El beso no es cauteloso porque ya no necesita demostrar nada a los presentes.

Es familiar.

Cálido.

Su mano derecha descansa en mi cintura. La izquierda permanece abierta sobre mi espalda, conteniendo el instinto de estrecharme más porque hay gente mirando.

Imani carraspea cuando considera que ya ha pasado demasiado tiempo.

Nos separamos.

Maeve se seca un ojo y culpa a la flor venenosa.

Fuera del juzgado, ha empezado a llover.

Seattle no ajusta el clima por simbolismo.

Nos hacemos fotos bajo el voladizo de piedra. Sin poses de película. Sin que me lleve en brazos escaleras abajo. Merrick está de pie a mi lado, con el hombro rozando el mío.

En una foto, estoy mirando el cartel de salida más cercano.

En otra, él me mira a mí mirando.

Maeve dice que la segunda es mejor.

Volvemos a la nueva oficina de Exit Line antes de cenar porque Imani programó una reunión de la junta a las cuatro y se negó a cambiarla por una boda.

La organización ya no ocupa una suite sin identificar accesible solo a través de tres empresas fantasma.

La nueva oficina tiene una entrada pública de servicios legales y un ala segura de atención a supervivientes con supervisión independiente.

Imani es directora ejecutiva.

Yo soy fundadora y consultora de estrategia operativa.

Cada reubicación requiere dos aprobaciones, salvo que se documente una emergencia vital y se revise después.

Ninguna ruta existe solo en mi cabeza.

La junta de supervivientes puede destituirme.

No lo han hecho.

Eso importa porque pueden hacerlo.

Las investigaciones de Greywake siguen activas.

Lenora se declaró inocente.

Cuatro miembros del personal aceptaron acuerdos de colaboración. La Dra. Venn perdió su licencia y espera sentencia tras prestar declaración.

Tobin recibió cargos reducidos a cambio de los registros de mantenimiento, su testimonio y ayuda para localizar las propiedades de detención fuera de la isla. Su marido está a salvo, representado por un abogado, y se enfrenta a juicio por el accidente mortal.

Tobin le envía a Maeve una postal al mes.

Nunca desde el mismo sitio.

Rook Risk sobrevivió en versión reducida tras pagar indemnizaciones y perder varios contratos con el gobierno.

Merrick no la dirige.

Trabaja como consultor tres días a la semana para Sentinel Trust, controlado por supervivientes, donde cada nuevo sistema de seguridad incluye un interruptor físico de apagado controlado por la persona protegida.

No por la empresa.

No por el cónyuge.

No por el administrador.

Por el usuario.

Sigue bajo supervisión profesional y continúa siendo testigo en los casos penales.

Las consecuencias no han terminado porque hayamos encontrado un futuro feliz.

Conviven con nosotros dentro de él.

A las cinco y media salimos de la oficina y volvemos a casa andando bajo la lluvia.

Nuestra casa es un adosado de ladrillo reformado, a dos manzanas del agua.

Dos dormitorios.

Dos despachos.

Redes cifradas independientes.

Cocina compartida.

Merrick sigue reorganizando los cuchillos.

Ahora pregunta antes.

Yo sigo revisando la cámara exterior antes de entrar.

Ahora le aviso cuando veo algo, en vez de investigar sola durante tres horas.

La puerta principal se abre con una llave normal.

Sin biometría.

Sin control remoto.

Dentro, Maeve e Imani ya han llegado con comida, champán y una discusión sobre si la tarta de boda cuenta como cena.

La casa se llena de ruido.

Maeve pone música.

Imani corrige el volumen.

Merrick abre el champán con la mano lesionada y rechaza ayuda hasta que el corcho se resiste tras dos intentos.

Me mira.

—¿Me ayudas?

—Sí.

Lo abrimos juntos.

La cena se alarga hasta pasadas las nueve.

Nadie habla de niños.

Nadie pregunta cuándo seremos una familia más convencional.

Ya lo somos.

Cuando Maeve e Imani se marchan, me quedo de pie junto a la puerta con los zapatos en una mano.

La lluvia resbala por el cristal.

Merrick recoge los platos en la cocina sin reorganizar nada de lo que dejé allí.

La nueva alianza de plata descansa en mi dedo.

Ligera.

Silenciosa.

Me la quito.

Merrick levanta la vista.

No hay miedo en su rostro.

Solo atención.

Examino el grabado interior y me la vuelvo a poner.

—¿Probando? —pregunta.

—Sí.

—¿Resultado?

—Se quita.

—Ese era uno de los requisitos.

—Lo sé.

Se acerca, pero se detiene antes de invadir mi espacio.

—¿Quieres que eche la llave?

Miro el cerrojo.

La calle, fuera.

El pasillo oscuro a nuestra espalda.

Hace diez meses, una puerta sin cerrar era una vía de acceso para quien quisiera llegar hasta mí.

Una cerrada, un mecanismo que otro podría controlar.

Esta noche, es solo una puerta.

—Déjala abierta por ahora —digo.

Merrick asiente.

Sin discutir sobre índices de delincuencia, ni el tiempo, ni lo tarde que es.

Extiende la mano derecha.

Los dedos no se abren del todo.

No hace falta.

Pongo mi mano en la suya.

En mi palma está la cicatriz antigua y la línea más reciente que la atraviesa. Ninguna de las dos desapareció tras curarse.

Caminamos hacia la cocina.

La puerta sigue abierta a nuestra espalda.

No porque lo hayamos olvidado.

Porque elegimos quedarnos.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer The Marriage Exit.

Esta historia habita en el espacio entre la seguridad y el control, el secreto y la verdad, marcharse y elegir quedarse. Gracias por acompañar a Elise y Merrick en el arduo camino de la responsabilidad, el consentimiento, la confianza y la reparación.

Los libros independientes llegan a nuevos lectores gracias a las recomendaciones. Una reseña breve y sincera ayuda a otros lectores a descubrir la historia, y siempre se agradece.

SOBRE LA AUTORA

Scarlett R. M. escribe suspense romántico para adultos protagonizado por mujeres competentes, hombres moralmente complejos, instituciones peligrosas y amores que deben ganarse el derecho a sobrevivir. Sus historias combinan intensidad emocional, intriga trepidante, escenas románticas explícitas y consensuadas, y desenlaces forjados por las decisiones de sus personajes, no por rescates.

OTROS TÍTULOS DE SCARLETT R. M.

El voto de protección

La cláusula de venganza

UNA NOTA PARA LOS LECTORES

Gracias por acompañar a Elise, Merrick, Maeve, Imani y a las personas que sobrevivieron a Greywake.

The Marriage Exit es una novela autoconclusiva con un final romántico satisfactorio.